



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Psicología

INFLUENCIA DE LA VIOLENCIA GENERADA POR LA TELEVISIÓN, EN NIÑOS DE 12 AÑOS O MENORES

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADA EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A

DOLORES ELENA CASTRO ARGÁEZ



Facultad
de Psicología

DIRECTOR DE TESIS: MTRO. JOSÉ HUERTA IBARRA

REVISOR: MTRA. PIEDAD ALADRO LUBEL

México, D.F. abril 2010



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIAS:

A Eucario Pérez Vieytez

A mis padres

A mis tías, tíos y a mis hermanos

*A mi hija Alina Pérez Castro,
lo mejor que me ha dado la vida*

*Un especial agradecimiento a mis sinodales
por sus valiosas aportaciones*

*Mtro. José Huerta Ibarra
Mtro. Piedad Aladro Lubel
Lic. Rubén Miranda Salceda
Lic. José Luis Ávila Calderón
Mtro. Jesús Carlos Guzmán*

INDICE:

1. INTRODUCCIÓN	4
I. Objetivos	7
II. Planteamiento del Problema	9
III. Tesis	13
IV. Estrategia o Procedimiento	13
2. MARCO TEÓRICO	17
a. Relación entre la violencia observada en la televisión y los trastornos en la conducta del menor	33
b. Relación entre los programas de televisión diseñados para niños y las conductas agresivas de los menores	49
c. Relación entre homicidios y agresiones observados en la televisión por los menores de edad, sobre la formación de sus valores y actitudes.	75
d. Perspectiva Teórica	94
3. PROPUESTA	96
4. CONCLUSIONES	103
5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	127

1. INTRODUCCIÓN

Una característica de los programas y comerciales de la televisión es que sistemáticamente presentan productos y acciones en los que personajes y héroes, convertidos en modelos para los menores de edad por las empresas televisoras con base en las necesidades mercantiles de sus propietarios, pasan a ser ideales a alcanzar por los menores, lo que conductualmente se traduce en el afán de imitarlos y tratar de llegar a ser como ellos (López y Cerda, 2001).

Investigaciones realizadas en América Latina y en Estados Unidos (Pérez, Rodríguez, Navas y Polyecsko, 1999), demuestran diversos grados de efectos negativos de la educación proporcionada por la televisión, sobre el desarrollo de los menores de edad, fundamentalmente porque altera valores de la familia y de la escuela con lo cual se reduce la influencia de los padres y de los maestros y es la televisión la que orienta la formación de actitudes y valores en los niños.

De hecho, un trabajo de la UNESCO (Groebel, 1999), demuestra que en los programas para menores de edad se tiende a usar la violencia con mayor frecuencia que en los programas para adultos, y que esto es claramente observable en los dibujos animados al estilo de Tom y Jerry o el Coyote y el Correcaminos, y en las películas el héroe lucha contra monstruos o contra “villanos” a los que infaliblemente derrota mediante la violencia. Falcón (2005) hace notar que en programas infantiles tan populares en toda América Latina como “El Chavo del 8” se observan un número importante de acciones violentas usadas como recurso para hacer reír a los pequeños.

En México y Latinoamérica los índices de violencia han aumentado año con año durante la última década según los reportes gubernamentales de estadísticas de criminalidad en las principales ciudades de la República Mexicana. Trejo (1990) considera que la población mexicana ha aprendido a disfrutar con la violencia y que ello se demuestra con el éxito económico alcanzado por una gran cantidad de medios de comunicación masiva, electrónicos y escritos, que se dedican totalmente a los hechos violentos que ocurren en las ciudades.

Ante hechos de esta naturaleza, la presente tesis se justifica porque, además de que en México y en Latinoamérica los índices de violencia y las conductas disociales están en constante incremento (Trejo, 1998) esta situación tiende a mantenerse por sí misma ya que incide sobre los menores de edad quienes sufren la deformación de sus valores y llegan a adultos con una percepción de la vida basada en la educación inadecuada que les proporcionó en su infancia la televisión y muy probablemente tenderán a mantener, y a incrementar, esta situación de la criminalidad.

En consecuencia, es necesario hacer conciencia en la sociedad, a partir de los datos fundamentados en investigaciones. Debe difundirse el peligro que representa la violencia promovida por la televisión para el desarrollo y calidad de vida de las futuras generaciones,

En última instancia, se trata de promover una respuesta de la sociedad que obligue a las televisoras a modificar el contenido violento de los programas que transmiten para que disminuyan las expresiones de la violencia. Hasta hoy, la televisión ha hecho una apología de las actitudes humanas violentas y con ellas ha logrado captar la atención de grandes núcleos de población, núcleos entre los que se incluye, de manera significativa, a los menores de edad, los cuales convierten en sus ídolos y modelos a imitar, a aquellos personajes que hacen mayor gala de poder y violencia y demuestran el mayor desprecio por la vida humana, aunque la disfracen de un exacerbado patriotismo o una extraña forma de hacer justicia.

Se considera que es desde el campo de las ciencias humanas, de la salud y de la educación de donde pueden nacer las iniciativas debidamente fundamentadas para que la sociedad adquiera conciencia y se inicie el camino hacia la solución de este problema.

El objetivo de este trabajo es revisar un conjunto de investigaciones realizadas para determinar si las escenas que conforman los programas

destinados a la población infantil está cargada de violencia y, si es así, si se presenta en forma tal que pueda constituir un elemento para que los menores de 12 años estructuren de manera atípica su sistema de valores y con ello adquieran comportamientos violentos en la infancia, y si tal tipo de comportamiento persiste en la edad adulta. Los temas que se investigan documentalmente se refieren a la violencia como probable fuente de trastornos de conductas que afectan a la sociedad; la violencia en programas infantiles y su influencia sobre conductas agresivas, y la violencia y su relación con la formación de valores y actitudes y el desarrollo moral de los menores de edad. Al final se trata de dimensionar la gravedad psicológica y social del problema y apuntar las direcciones en que puede resolverse.

Palabras clave: Violencia, televisión, menores de edad

En este trabajo de tesis se presenta, a partir de una investigación de tipo documental, la situación que viven los niños de la mayor parte del mundo, en relación al tiempo que pasan ante la televisión y las razones por las cuales ocurre este fenómeno.

En primer término busca en la literatura especializada y analiza la relación que puede existir entre la violencia observada en la televisión y algunos trastornos específicos de la conducta en el menor, en especial, si tales trastornos pueden atribuirse, con razonable probabilidad, a los programas televisivos violentos.

En seguida se analiza si existe una relación entre los programas de televisión diseñados para menores de edad y las conductas agresivas de los menores, de tal manera que pudieran ser éstas, consecuencia de aquellos.

Posteriormente se analiza en las investigaciones realizadas sobre violencia en la televisión, si la observación de homicidios y agresiones de todo tipo, que se ofrecen en los programas de dibujos animados y series para menores de edad, afectan la formación de su sistema de valores y actitudes.

Finalmente, en las conclusiones se define la importancia social y psicológica del problema, la situación del menor, y las vías de solución que se vislumbran para la solución del problema.

Preguntas de investigación.

1. La televisión, ¿es generadora de conductas disociales entre los menores de 12 años?
2. ¿Ver caricaturas en las cuales se proyecta agresión provoca que aumente la frecuencia de episodios de conducta violenta en el niño?
3. La vivencia de asesinatos en programas de televisión ¿modifica los valores en los niños?

I. OBJETIVOS

General:

Revisar un conjunto significativo de investigaciones para definir, a partir de un estudio exploratorio y descriptivo, la relación entre la violencia que difunde la televisión comercial y el aprendizaje de conductas violentas y agresivas en niños menores de 12 años.

Específicos.

- A. Determinar, a partir de los estudios realizados, si existe una relación, razonablemente establecida, entre la violencia presentada por la televisión y los trastornos de conducta que afectan a la sociedad – llamadas por algunos autores conductas “disociales” o “sociopatías” - desarrolladas por menores de 12 años de edad.

- B. Detectar si hay investigaciones que relacionen, a diferentes niveles, la agresión y la violencia presentadas en las series infantiles y caricaturas, con incrementos de conductas agresivas en los niños que las miran sistemáticamente.
- C. Definir, con base en los estudios revisados, si la observación en programas de televisión de homicidios intencionales y actos de violencia en sus diferentes modalidades, por los menores de 12 años, altera el proceso de formación de valores y actitudes de los menores de edad.

II. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Se dice que los niños reciben educación principalmente de tres diferentes instancias: la escuela, los padres o tutores y los medios de comunicación masiva, conocidos en la literatura mundial por el anglicismo de “mass media”.

La escuela proporciona educación con el objetivo manifiesto de promover el desarrollo integral del niño en las áreas cognitiva, afectiva y social; los padres proporcionan educación adecuada orientada al crecimiento, desarrollo y sobrevivencia del menor – naturalmente, esto sería en el caso ideal, ya que en la realidad, muchos padres proporcionan a sus hijos educación inadecuada, intencional o no intencionalmente-. La televisión nunca ha pretendido que su objetivo sea educar, pero el hecho es que educa, sólo que lo hace de manera inadecuada, aunque no intencional.

La educación es “adecuada” cuando apoya al desarrollo del individuo, es decir y de acuerdo con el concepto de la psicología humanista, “a la realización plena de las potencialidades de cada individuo” (Fromm, 1985). En consecuencia, la educación es “inadecuada” cuando atenta contra este desarrollo del individuo, cuando impide de cualquier modo el pleno despliegue de sus potencialidades o le impide crecer y alcanzar su plenitud. Cualquiera de estos dos tipos de educación puede proporcionarse a los menores –y, por supuesto, también a los adultos- de manera “intencional” o accidental o “no intencional”.

Es intencional cuando la acción de educar tiene un objetivo preciso y quien o quienes educan están conscientes del acto que están realizando y, en contraste, es “no intencional” o accidental, cuando se enseña algo a otra persona sin tener esa enseñanza como objetivo y sin tener conciencia alguna del acto de enseñar. Un ejemplo de enseñanza intencional y adecuada es la de los padres que hacen lo que está a su alcance para dotar a sus hijos de un

repertorio de sobrevivencia y de un conjunto de valores que la sociedad en que se desenvuelven considera como positivos. Un ejemplo de enseñanza inadecuada y no intencional, serían esos mismos padres riñendo violentamente ante sus hijos

La escuela, concebida como el lugar espacio – temporal en el cual una generación entrega a la siguiente todo lo que ha logrado saber para evolucionar positivamente (Vigotsky, 1995) es por definición, un centro de la enseñanza “adecuada e intencional”. La televisión comercial parece ser exactamente lo contrario.

Efectivamente, los medios de comunicación masiva, cuyo objetivo central es captar el interés del público para poder ofrecerle productos con alta probabilidad de que los compre, de ninguna manera pretenden educar, pero lo hacen. El problema radica en que esa enseñanza que involuntariamente imparten, de acuerdo a los resultados de un conjunto importante de investigaciones, es perjudicial para el sano desarrollo psicológico de los menores de edad ya que hace de la violencia, en todas sus expresiones, el eje sobre el cual opera todo su poder con el fin de despertar y sostener el interés de los televidentes. Logra así una enseñanza “inadecuada y no intencional” (Huerta y Escurra, 2005). Y es tan universal su fórmula que funciona lo mismo en los programas sólo para adultos que en los infantiles.

Sin embargo, parece ser que en los menores de edad, el efecto de la televisión es más claro y efectivo porque el niño recibe la información a través de imágenes y sonidos que por su calidad y diseño acaparan su atención como ningún profesor ha podido jamás lograrlo y menos con tanta intensidad y durante tanto tiempo como logra hacerlo el televisor. En lo que se refiere a captar la atención del niño, ésta es acaparada lo mismo por los llamados “comerciales” que por los programas de dibujos animado, las series infantiles,

las películas, los noticieros y todo tipo de programas para adultos, incluyendo las telenovelas (Sartori,1997).

El problema es que una vez acaparada la atención del menor, se le puede proporcionar cualquier cosa. Y esa “cualquier cosa” es siempre algo que permita a los patrocinadores vender sus productos. Muy pronto se descubrió que es fácil lograr que los niños se identifiquen intensamente con algún personaje cuyas aventuras se pueden presentar diariamente y el niño quedará absorto mientras dure el programa. Gracias a esta variable, han surgido infinidad de héroes y otros tipos de personajes que se convierten en modelos para los menores de edad y que gracias a este fenómeno se erige toda una industria anexa al programa que provee de juguetes y accesorios a los niños fanáticos de tal o cual personaje tipo las Tortugas Ninja, los Power Ranger y hasta de las “Chicas Súper Poderosas” (López y Cerda, 2001).

En si el comercializar a partir de un personaje de televisión pudiera ser un problema económico, más que psicológico, pero lo que ocurre, según algunos estudios realizados en América Latina (Pérez, Rodríguez, Navas y Polyecsco, 1999), es que los menores toman como modelos a los súper héroes de la televisión, es decir, en el ideal a alcanzar, y esto se traduce en un afán de imitarlos conductualmente, no sólo al vestirse como ellos o usar alguna arma o aditamento que los caracteriza, sino en repetir sus hazañas,

Pérez, Rodríguez y col., (1999), afirman que encontraron que los niños “fanatizados” por superhéroes de la pantalla tienden a sustituir los valores familiares por los valores del superhéroe y sus actitudes familiares tienden a normarse por el sentido de justicia o injusticia que se maneja en el programa televisivo.

Lo anterior es especialmente grave porque Falcón (2005) encontró que la programación infantil no difiere, respecto a la violencia, de la destinada a los adultos y por tanto la base para mantener la atención y el interés de los niños en los programas infantiles, sea mediante actores o con dibujos animados, es

el uso de la violencia y de la agresión en todas sus modalidades y formas de expresión.

En México y en Latinoamérica los índices de violencia y las conductas disociales, es decir, la delincuencia, la prostitución, la drogadicción, el alcoholismo y la violencia intrafamiliar, están en constante incremento (Trejo, 1998) y esta situación tiende a mantenerse por sí misma e incrementarse ya que la niñez actual sufre la deformación de sus valores a través de la televisión y, estadísticamente, una parte de esa población infantil, en número cada vez mayor, al llegar a la adolescencia y la juventud tendrá una percepción de la vida basada en la educación inadecuada que le proporcionó la televisión.

La verdadera dimensión del problema puede apreciarse cuando se toma en cuenta el hecho de que la televisión ha adquirido actualmente el papel de “niñera” en la mayoría de los hogares de América Latina, es decir, es un instrumento que entretiene a los menores de edad mientras los padres – y en especial, la madre – salen a trabajar y cuando, cansados de la jornada laboral, regresan a casa. Trejo. (1998) calcula que los niños latinoamericanos pasan entre siete y diez horas diarias ante la televisión (8.5 horas, en promedio).

En cuanto a la aseveración de que esto ocurre “en la mayoría de los hogares latinoamericanos” se explica de manera sencilla por el hecho, probado, de que cerca del 90% de la población latinoamericana tiene ingresos familiares que los ubican en la “pobreza extrema, pobreza o clase media baja”. Sin embargo, el estudio de la UNESCO (Groebel, 1999) deja en claro que en los Estados Unidos de Norteamérica, en donde el nivel de vida es superior a América Latina, la situación de la niñez, respecto a las horas y a la calidad de los programas de la televisión que ven, no difiere significativamente de la de niños latinoamericanos.

III. TESIS

La violencia proyectada en los programas de televisión, en especial en aquellos a los que tienen acceso los menores de edad provoca trastornos en la conducta y valores del menor

IV. ESTRATEGIA o PROCEDIMIENTO

Como el interés de esta tesis es hacer una revisión de las investigaciones que se han realizado con relación a la violencia presentada en la televisión en programas a los que tienen acceso los menores de edad, y puesto que como consecuencia de ello es necesario llegar a conclusiones, este proyecto se realizará mediante una investigación documental.

La investigación documental es aquella en la que se realiza recopilación de datos a través de consulta de documentos como fuente de información.

Baena G. (1991) señala que, *“... las técnicas de investigación documental equivalen a la memoria de la humanidad, registrada en cada uno de los objetos sobre los que ha dejado huella el ser humano”*. Agrega que: *“La información es un cauce fundamental para la transmisión del conocimiento. A través de ella el hombre tiene la posibilidad de ampliar su formación, dotándolo de valiosos instrumentos que le permiten crear sus propias opiniones y conformar su modo de actuación”*.

Según Alfonso (1994), la investigación documental es un procedimiento científico, un proceso sistemático de indagación, recolección, organización, análisis e interpretación de información o datos en torno a un determinado tema. Al igual que otros tipos de investigación, éste es conducente a la construcción de conocimientos.

Morales (2000) consigna que *“la investigación documental tiene la particularidad de utilizar como una fuente primaria de insumos, mas no la única y exclusiva, el documento escrito en sus diferentes formas: documentos impresos, electrónicos y audiovisuales”*. Sin embargo, según Kaufman y Rodríguez (2001), los textos monográficos no necesariamente deben realizarse sobre la base de sólo consultas bibliográficas; se puede recurrir a otras fuentes como, por ejemplo, el testimonio de los protagonistas de los hechos, de testigos calificados, o de especialistas en el tema.

Las fuentes impresas incluyen: libros, enciclopedias, revistas, periódicos, diccionarios, monografías, tesis y otros documentos. Las electrónicas, por su parte, son fuentes de mucha utilidad, entre estas se encuentran: correos electrónicos, discos compactos, bases de datos, revistas y periódicos en línea y sitios de Internet. Finalmente, se encuentran los documentos audiovisuales, entre los cuales cabe mencionar: mapas, fotografías, ilustraciones, videos, programas de radio y de televisión, canciones, y otros tipos de grabaciones.

En las principales fuentes consultadas se tomaron en cuenta una serie de criterios que se mencionan en esas fuentes. Una síntesis de autores y criterios que utilizan en sus trabajos sobre la influencia presentadas a los menores de edad a través de los programas de televisión, se resume en el siguiente cuadro:

AUTORES Y CRITERIOS QUE CONSIDERAN EN LOS ESTUDIOS DE LA INFLUENCIA DE LA VIOLENCIA TELEVISIVA SOBRE LA CONDUCTA INFANTIL

AUTORES	Groebe J. (1)	Eron L., y col. (2)	Johnson y otros (3)	Wilson B. (4)	San Martín J. (5)	Grisolia J. (6)	Clemente M. (7)	Donnerstein E. (8)	Rowell L. (9)	Urta J. (10)	Blanco A. (11)	Bandura, A. (12)
CRITERIOS												
La violencia emitida por televisión contribuye a la aparición de serie de efectos antisociales.	X	X	X	X	X	X		X	X		X	X
Aprendizaje de actitudes y conductas agresivas	X	X	X	X	X	X		X	X		X	X
Insensibilidad ante la violencia				X			X	X	X			X
Temor a ser víctima de la violencia				X				X				
Violencia real o fantasía											X	X
No toda manifestación de violencia en la TV tiene el mismo riesgo de perjudicar a los espectadores				X				X				X
Presentar la violencia mediante un agresor atractivo	X			X	X		X	X	X		X	
Presentar actos violentos con una víctima atractiva	X				X		X	X				
Justificar la Violencia	X			X	X		X	X	X		X	
Identificación con el personaje violento							X		X			
Presentar acciones violentas sin justificación	X				X		X	X				
Violencia con armas convencionales	X			X	X			X		X		
Presentación de la violencia con lujo de detalles y durante mucho tiempo	X				X			X		X		
Presentación de escenas de violencia realista	X				X	X		X	X		X	X
Premiar por el uso de la violencia	X			X	X		X	X	X	X	X	
Fascinación por el acto violento							X		X		X	
Violencia sin consecuencias	X				X		X	X		X	X	
Presentar las consecuencias dolorosas o perjudiciales por la violencia	X			X	X			X			X	
Presentar escenas violentas con humor	X			X	X	X		X			X	
Amenazas creíbles								X			X	
Violencia embellecida	X			X	X		X	X				
Violencia saneada	X				X		X	X		X		
Horas ante el televisor		X	X	X	X		X	X	X		X	
Número de programas violentos vistos	X	X	X		X	X	X	X	X		X	
Contexto socio-cultural	X		X		X	X			X		X	X

Imitación/ Reproducción				X	X		X		X	X	X	X
Horario nocturno							X					
Prejuicios raciales						X						
Falta de significado de la vida						X						
Tipo del acto violento				X				X				
Motivo del acto violento				X				X				
Forma de resolver problemas							X		X		X	X
Niños/niñas											X	X
Edad de los niños											X	
Comunicación familiar											X	X

- (1) Groebel J., (1999).
(2) Eron L., Huesmann L., Lefkowitz M. y Walder L., (1972).
(3) Johnson y otros, (2000).
(4) Wilson, B.J. y otros, (1997).
(5) San Martín J., Grisolia J., y Grisolia S., (2005).
(6) Grisolia J., (2005).
(7) Clemente M., (2005).
(8) Donnerstein E., (2005).
(9) Rowell L., (2005).
(10) Urra J., (2005).
(11) Blanco A., (2000).
(12) Bandura A. y Walters J., (1986).

2. MARCO TEÓRICO

Las televisoras operan con una falta de ética constante y sistemática que es consecuencia de sus esfuerzos por lograr su objetivo fundamental que es obtener el máximo de ganancias a partir del logro de una audiencia cada vez mayor. Por esta razón, transmiten programas en los que dominan la violencia, el sexo y el morbo en todas sus manifestaciones ya que, históricamente, el uso de estos elementos les proporciona los mayores volúmenes de televidentes.

La lucha por lograr los más altos índices de audiencia en los horarios ocurre de manera más intensa precisamente en aquellos momentos en que están en el hogar todos los miembros de la familia, los adultos y los niños. Es entonces cuando los programas cargados con los más altos niveles de violencia entran a los hogares y casi de manera irremediable, llegan a los ojos de los menores de edad.

En una industria como la de los medios de comunicación masiva, que basa la toma de decisiones en las estadísticas, no se ignora que los menores de edad ven los programas saturados de morbo y violencia, pero, como su objetivo es, como se mencionó, obtener el máximo de ganancias, no toman en cuenta, en absoluto, el daño que puedan causar en el desarrollo de un número significativo de menores de edad.

Cuando se ha impugnado a los magnates de la industria de la televisión esta situación eluden toda responsabilidad sobre el efecto que pudiera tener en los menores bajo el argumento de que esta responsabilidad es de los padres, los cuales, dicen, son quienes tienen la capacidad de permitir o prohibir que sus hijos vean ciertos programas de televisión (CNTV, 1999)

Más allá de lo discutible de este razonamiento, está el hecho de que la violencia ha aumentado a la par que la popularidad de ciertos programas y personajes de la televisión, como veremos en el cuerpo de este trabajo. Lo que es evidente es que a los magnates de la televisión comercial de ningún modo les

importa o les preocupa, el daño social que ocasionan, porque la televisión no esta destinada a educar, pero, como dijimos, educa, sólo que lo hace de manera inadecuada y, por supuesto, de manera no intencional. (*La Jornada*, 25/06/2000, *artehistoria*, 2000).

La población infantil de los países desarrollados en general y de México en particular esta expuesta a percibir, durante aproximadamente un tercio de sus horas de vigilia, todo aquello que la televisión transmite y que se caracteriza por el uso indiscriminado de la violencia en todas sus expresiones. Esto, según Falcón (2005) tiene consecuencias significativas sobre la conducta de los menores de edad porque una de las variables de aprendizaje de los infantes es su alta predisposición a aprender por imitación.

Donas (2001) y González (2005) encontraron datos convincentes que indican que los niños y jóvenes que son expuestos desde temprana edad a programas de televisión en los que se presentan escenas violentas - que van desde la tortura psicológica hasta el homicidio – se vuelven altamente inmunes al horror y en la mayoría de los casos acaban aceptando la violencia, en su modalidad de agresión, como el mecanismo válido y óptimo para resolver los problemas de la vida en general.

Esta aceptación de la violencia y la conducta agresiva como medios para resolver los problemas o para obtener lo que se desea, se traduce en un incremento de la agresividad infantil que perdura a lo largo de su vida, pero que hace crisis en la adolescencia y la juventud, *Medina (2000)*, *Villasmil (1999)*, *Ramos (2002)*. Además, con demasiada frecuencia parece que lleva a la criminalidad en la adultez, como lo indican los estudios de *Aran y col. (2001)*, *Bettetini (2005)*, *Camps (2003)*, *Falcón (2005)* y Ministerio de Educación y Ciencia, España, (s/f).

Varias investigaciones realizadas tanto en Estados Unidos de Norteamérica como en América Latina y México, proporcionan indicios suficientes para concluir,

de manera provisional, que existe una relación entre la violencia que presenta la televisión comercial y una frecuencia cada vez más alta de conductas antisociales, llamadas por algunos autores “conductas disociales” (DSM-IV), “trastornos de la conducta social” (Cañavera E., 2000) o “sociopatías”, por otros autores (Molina B, 2002).

Además, en contra de lo que podría esperarse, las series infantiles de televisión y los dibujos animados y las series en las que hay héroes con súper habilidades o súper poderes, presentan escenas de excesiva violencia, inexplicable e innecesaria en productos destinados a menores de edad (Falcón, 2005).

En el apartado anterior nos referimos a la violencia que presentan los programas de televisión que se transmiten en las horas de mayor audiencia y que tienen altos índices de violencia. Parecería, sin embargo, que las empresas de televisión comercial se preocupan por la población infantil y dedican a ella una parte de su programación. Esto es verdad, hay programas y series especialmente dedicadas a los niños que son altamente exitosas e influyentes en la conducta de los menores.

En general, puede hablarse de dos grandes tipos de materiales televisivos destinados a los menores de edad: los dibujos animados y las series filmadas. Los dibujos animados derivan de los cuentos llevados a la pantalla cinematográfica especialmente por Walt Disney y que en la televisión llevaron historias cortas de unos diez minutos de duración con algunos famosos personajes dibujados, como el ratón Mickey, el pato Donald, Tribilín, Pluto, Rico McPato, etc., que fueron imitados y de los cuales surgieron personajes dibujados y hoy conocidos internacionalmente, como Bugs Bunny, Pato Lucas, Elmer, Porky, el Pájaro Loco, el Correcaminos y la pareja de Tom y Jerry.

Estos corto-metrajés de dibujos animados evolucionaron y de escenas inocentes fueron adquiriendo las mismas características que los programas para

adultos de tal modo que la violencia y la agresión se convirtieron en su principal característica. Es probable que las “caricaturas” de Tom y Jerry sean el más claro ejemplo de la violencia llevada a sus extremos para entretener a las mentes infantiles. De hecho llegan a la crueldad. Otros cortos-metrajados del Coyote y el Correcaminos, Bugs Bunny. Pato Lucas y Elmer manejan también de manera exagerada la violencia (CNTV, 1999).

Las generaciones más modernas de dibujos animados provenientes de Japón y también de Estados Unidos de Norteamérica ya son claramente enfocadas no sólo a la violencia, al asesinato, a los súper poderes, al dominio de unos sobre otros, sino aún al morbo.

De los comics y de algunas series animadas pioneras derivaron las series de héroes y súper héroes desde Batman y Superman, hasta la Tortugas Ninja y los Power Rangers y otros personajes por el estilo. Su característica esencial es la presentación de escenas violentas, donde la crueldad de los “buenos” y los “malos” es igual y se justifica, en la pantalla, por quienes logran el triunfo final, lo que puede ser predicho fácilmente hasta por los niños.

La mayoría de los héroes que, como modelos a imitar entrega la televisión comercial a los menores de edad son monstruos o guerreros dotados de poderes ilusorios o, en el peor de los casos, vehículos mecánicos que se convierten en guerreros “transformers” que, no importa cual sea su naturaleza o personalidad, siempre viven en conflicto, e inevitablemente demuestran al niño que en el mundo sobrevive el más fuerte a costa del más débil. Es decir, para resolver las injusticias y evitar el ser dominado debe uno ser un súper hombre con poderes que sólo existen en la fantasía (Trejo, 1998).

Algunos de estos personajes poseen grandes armas, muy novedosas y llamativas que son especialmente atractivas por su capacidad de destruir (*Ministerio de Educación y Ciencia, España, s/f*). Algunos estudios demuestran que, para los niños, estos personajes son héroes precisamente porque ostentan

poder, lo que provoca que deseen ser como ellos para pelear, atacar y ser invencibles (*Bustos, 2000*).

Los dibujos animados, los programas y series infantiles, a pesar de ser productos destinados a los menores de edad siguen los mismos patrones de la televisión comercial para adultos por lo cual domina en ellos la violencia y la agresión en todas sus modalidades y formas de expresión de tal manera que parece fundamentada la hipótesis de que existe una relación entre la programación infantil y la promoción de las conductas agresivas de los menores (*Medina, 2000*).

Una cantidad significativa de programas televisivos inducen a pensar a los niños que las escenas que les presentan son imágenes de la realidad. Por ejemplo, las películas, los noticieros, las series de televisión para adultos, los dibujos animados y las series infantiles, fabrican héroes que mediante la violencia, incluyendo el asesinato a sangre fría, solucionan toda clase de conflictos. Estos héroes capturan la imaginación de los niños como lo demuestra la gran cantidad de ellos que lucen felices cuando sus padres les compran trajes de Batman, del Hombre Araña, de Superman, o, si son más recientes, de Harry Potter o del niño-héroe de El Señor de los Anillos.

Estos héroes tienen una personalidad poderosa y atractiva, por lo que ejercen gran influencia sobre el público infantil. Son además, personajes que unen a su uso de la violencia, el éxito con el sexo opuesto (hay bastantes heroínas en las series para menores de edad) y, por supuesto, el éxito económico, pues viven en grandes residencias o palacios, o castillos, o fortalezas, y cuentan con grandes equipos, vehículos que lo mismo corren a gran velocidad que vuelan o se sumergen como submarinos. Los hay también con poderes especiales como los 4 Fantásticos. (*Falcón, 2005*).

Estos ídolos que vuelan y hacen todo lo que es humanamente imposible hacer suelen ser los que ejercen mayor atracción sobre los menores (*Groebe,*

1999) Según algunas investigaciones parece ser que la admiración, identificación y deseo de imitación de estos ídolos con poderes verdaderamente fantásticos tiene como resultado trastornar, con mayor o menor gravedad, según la naturaleza del niño, el proceso de formación de valores que la familia y la escuela tratan de inculcar. Una consecuencia inmediata es una desorientación en las actitudes y valores del menor, lo cual puede obstaculizar el desarrollo óptimo. Otra consecuencia, más grave, puede ser que trate de imitar a cualquiera de estos héroes de fantasía y pierda la noción de la realidad. (Falcón, 2005).

Pérez, Rodríguez, Navas y Polyecsko, (1999). Consideran que el fenómeno de los héroes como Superman, Batman, el Hombre Araña y los Cuatro Fantásticos, por ejemplo, es tan significativo que muchos adultos de la actualidad, que los tuvieron como ídolos en la infancia, son los que llenan la salas cinematográficas en donde se exhiben películas con éstos personajes, según se ha comprobado. De hecho, las películas se diseñaron para adultos, no para niños.

En la televisión comercial predominan los programas en los que la violencia es aceptada como mecanismo supremo y válido para la solución de problemas y, lo más relevante es que su uso no tiene consecuencias negativas de ninguna clase sean cuales sean los actos cometidos. Esto, según González (2005), Trejo (1998) y Falcón (2005), puede provocar que los niños interpreten que comportarse de manera violenta es moralmente lícito y que la violencia es una alternativa socialmente aceptada para solucionar problemas o para obtener lo que se desea.

Además, los resultados de las investigaciones plantean que al observar escenas de morbo y violencia, los niños no tienen la madurez cognitiva, emocional y afectiva suficientemente para interpretarlas y asimilarlas adecuadamente, por lo cual se deforma su concepción de la realidad y, en consecuencia, su conducta, sus actitudes y sus valores, en especial los relacionados con la convivencia, solidaridad y colaboración con sus semejantes (Levine, 1997).

Este tipo de programas que traspasan la frontera entre lo real y lo imaginario, además de distorsionar la realidad, provocan frustración y evitan que el ser humano realice el despliegue de sus potencialidades. (León, 2000). Además, propicia una importante contradicción, porque lo que aprenden los niños en la escuela lo destruyen cognitivamente y afectivamente los medios de comunicación. (Sartori 1997), (Huerta y Ezcurra, 2005).

Los padres se esfuerzan por enseñar a sus hijos cuál es el mejor camino para llegar a las metas que requieren para alcanzar el desarrollo óptimo; pero la televisión desvirtúa y destruye ese esfuerzo al convencer al menor de que hay maneras y caminos supuestamente fáciles para conseguir lo que se desea, sin tener que hacer el esfuerzo. (Huerta y Ezcurra, 2005)

Esas insistentes y espectaculares propuestas de la televisión no existen en la vida real, porque los superhéroes o los seres con súper poderes sólo tienen la existencia virtual que les da la televisión. Sin embargo, para los niños es difícil discriminar entre lo que es real y lo que es imaginario, y ello tiene como consecuencia la deformación de los valores y actitudes que la familia y la escuela tratan de enseñarles. (Bustos, 2000)

Algunos consideran que hasta el momento la televisión sólo ha servido para mal educar, distorsionar la realidad y para provocar que la violencia sea una característica del modo de vivir de las sociedades. (Sartori, 1997). Sin embargo, es también un hecho que la televisión puede, si se lo propone, educar adecuadamente, como se ha demostrado en los canales de la televisión no abierta como son el National Geographic, el Animal Planet, el Discovery Channel y el History Channel, entre otros. Canales que, además, capturan rápidamente la atención de los niños y los jóvenes.

La tesis que sostiene que una porción significativa de la violencia ciudadana tiene su génesis en la violencia presentada en la televisión a los niños en edad preescolar y escolar está respaldada por estudios e investigaciones realizadas en

Estados Unidos, Canadá, países de Europa y de América Latina y en la República Mexicana.

Aunque la evidencia presentada por estos estudios es altamente significativa, debe tenerse en cuenta que en ocasiones las causas de ciertos fenómenos psicosociales pueden radicar en variables insospechadas. Eso es algo que consideraremos al llegar a conclusiones. La violencia, debe quedar claro, no es generada exclusivamente por la televisión, puesto que existe desde antes de que existiera la televisión, probablemente, desde que el hombre es “sapiens”. Algunas de sus causas son relativamente bien conocidas y otras, poco conocidas y aún, ignoradas.

Un hecho que ilustra lo sorprendente que pueden ser algunas causas de la violencia, lo constituyen las variaciones en los índices de criminalidad que, por definición, es una manifestación indiscutible de la violencia. Ilustran esto Levitt y Dubner (2007) quienes encontraron que los índices de criminalidad en los Estados Unidos de América alcanzaron su máximo nivel en la navidad de 1989 y que, a partir de esa fecha, inexplicablemente comenzaron a descender más allá de lo esperado y lo imaginado por los especialistas y por los propios ciudadanos.

La década de los 90's se caracterizó, en E.U.A. por un descenso de la criminalidad no sólo constante, sino que además *“lo hizo tan rápido y de un modo tan repentino que sorprendió a todo el mundo”*, escriben Levitt y Dubner (idem). El crimen descendió al nivel de los años 40's. ¿Qué es lo que provocó este fenómeno? Los investigadores se esforzaron en busca de explicaciones.

Levitt y Dubner (2007) señalan que los expertos quedaron desconcertados ante los hechos. Citan que el criminólogo J. Alan Fox, el más acreditado en los Estados Unidos de América, había predicho que la criminalidad continuaría aumentando en los 90's hasta llegar al punto de que se verían *“baños de sangre en las calles”*. Como esto no ocurrió y por el contrario, como estamos viendo,

descendió la criminalidad, intentó, sin éxito, dar explicaciones para el fracaso de sus predicciones, tal y como lo consignan Levitt y Dubner (2007).

Para explicar la disminución de la criminalidad se propusieron ocho explicaciones, de acuerdo con el artículo de Levitt y Dubner (idem). Estas ocho explicaciones fueron las mencionadas con mayor frecuencia por los diez periódicos de mayor difusión en Estados Unidos. Se consignan aquí en orden de mayor a menor frecuencia de menciones:

1. Estrategias policiales innovadoras;
2. Mayor confianza en las cárceles;
3. Cambios en el mercado de las drogas prohibidas;
4. Envejecimiento de la población;
5. Fortaleza de la economía;
6. Aumento del número de efectivos policiales;
7. Otras (Pena de muerte, leyes de ocultación de armas, etc.).
8. Todas las otras posibles (mayor imposición de la pena de muerte, leyes más severas, control legal de las armas, etc.)

Levitt y Dubner (idem) analizaron cada una de estas posibles explicaciones de la baja en la criminalidad y encontraron que ninguna de ellas era consistente para explicarla. Su método de investigación se basó en el análisis de datos estadísticos oficiales.

Encontraron que no hay explicación, hecha por los especialistas de la criminalidad, que resista el análisis de los hechos y que por lo tanto pueda considerarse como válida. Esto lo manifiestan claramente en el título del capítulo que en su libro trata de estos hechos: “*¿A dónde han ido todos los criminales?*”

Levitt y Dubner (2007) son economistas, por ello realizaron una serie de investigaciones en estadísticas existentes en varias instancias. Su metodología

consistió en buscar datos estadísticos que primero coincidieran y fueran consistentes con el fenómeno de baja de la criminalidad.

Como resultado de esa búsqueda encontraron, de manera que para ellos y para los expertos resultó altamente sorprendente, que la única posible relación causa – efecto que explica el descenso en la criminalidad en los Estados Unidos es la aprobación de leyes que permiten el aborto.

Encontraron que a principios de 1973 se aprobó la primera ley que permitía el aborto. Al año siguiente, cerca de 750 mil mujeres abortaron y siete años después, en 1980, cuando muchos Estados de la Unión Americana permitieron legalmente el aborto, el número de ellos llegó al millón seiscientos mil.

Esto significa, de acuerdo con Levitt y Dubner (2007), un aborto por cada 2.5 nacimientos. Además, consignan que, debido a la demanda, los costos para abortar se redujeron de 500 a 100 dólares, lo que permitió que un mayor número de mujeres, especialmente de niveles socioeconómicos débiles, pudieran acceder al aborto legal. Al llegar a los 90's, es decir, 17 años después, los índices de delincuencia comenzaron a declinar.

Estos autores especulan que:

“... la multitud de factores que llevó a millones de mujeres estadounidenses a abortar también parecía predecir que, si aquellos hijos hubieran llegado a nacer, habrían llevado vidas infelices y muy probablemente se habrían convertido en criminales”

Su “desconcertante” conclusión - así la califican ellos - parece comprobarse por el hecho de que en otros países, Australia y Canadá, según citan, se encuentra la misma relación entre el aumento de abortos y la disminución en los índices de criminalidad.

Como ellos mismos consignan en el apéndice de la segunda edición de su obra, después de la publicación de su libro, hubo especialistas que revisaron los análisis de los datos usados para llegar a esta conclusión y, aunque encontraron inexactitudes y probables sesgos, no pudieron descalificar la conclusión de Levitt y Dubner (2007).

Independientemente de que estos datos indiquen realmente una relación causa – efecto o sean una notable coincidencia, que es posible, independientemente de que esta explicación tenga muchas aristas que vale la pena considerar, Levitt y Dubner (idem) nos ponen en alerta acerca de la dificultad para encontrar explicaciones válidas y consistentes a fenómenos psicosociales y cómo los expertos pueden incurrir con facilidad en errores ante hechos que parecen evidentes.

Pueden existir explicaciones alternativas, e inesperadas a fenómenos que parecen tener una causa obvia. En el caso de la violencia de los programas de televisión y su efecto nocivo sobre los menores pudiera ser un caso de este tipo, puesto que existen elementos para que esto pueda ocurrir ya que es un fenómeno psicosocial y por ello se trata de un elemento que debe tomarse en cuenta en este trabajo.

Está también el caso del documental de Michael Moore (2003) *“Masacre en Columbine”*, ganador del Premio Oscar. El tema del documento cinematográfico es la masacre ocurrida en la población de Columbine, en la cual tres estudiantes balacearon indiscriminadamente a compañeros suyos que departían en la cafetería de la escuela e inmediatamente después, se suicidaron. El saldo fue de una decena de jóvenes muertos y varios malheridos.

En ese marco, Moore (idem) busca explicaciones al hecho. Sus primeros datos le indican que en esa población existe una inusual afición por la posesión de armas de fuego y que esa afición es alentada en los jóvenes quienes no sólo las poseen, sino que saben usarlas. Esto parece una explicación natural de la

masacre. Pero Moore (2003) va más allá, investiga que en los Estados Unidos de América existe una gran facilidad para adquirir armas de fuego y que son mayoría los ciudadanos que las poseen. Esto parece reafirmar la relación entre posesión de armas de fuego y su uso en hechos como el de Columbine.

No explica por qué, es el caso que Moore (idem) viaja a Canadá y descubre que en ese país el número de armas vendidas y en posesión de los ciudadanos es significativamente mayor que en E.U.A., no obstante lo cual, los índices de criminalidad y de hechos del tipo del de Columbine, son también significativamente menores. Su hipótesis de la relación entre número de armas en poder de ciudadanos y violencia extrema, es insostenible.

Moore (2003) busca, de manera empírica una nueva explicación, por supuesto, lo hace en el contexto de un productor de documentales cinematográficos, y propone que no es el alto índice de armas de fuego en poder de los ciudadanos lo que provoca masacres tipo Columbine, de las que han ocurrido al menos cinco en Estados Unidos de América, sino que el miedo al que se tiene sometido a los ciudadanos estadounidenses a través de los medios de comunicación por parte de los grandes líderes políticos, financieros, comerciales, sindicales y científicos.

Surge, por tanto, otra variable estrechamente relacionada con los hallazgos y conclusiones de los estudiosos de la violencia promovida por la televisión y también, con la relación entre el aborto y el abatimiento de los índices de delincuencia encontrada por Levitt y Dubner (2007), variables que no se contradicen, sino que parecen estar relacionadas.

Precisamente, en apoyo de posibles relaciones entre todas estas propuestas están las aportaciones de Huerta (2002) y Heredia (2005) en relación a las distintas formas de apego entre el niño y su madre o cuidador principal, y la conducta violenta.

Huerta (2002) refiere que la agresión es un comportamiento adaptativo, una forma de responder ante demandas del ambiente con el fin de sobrevivir. Hace notar que la violencia debe analizarse a partir de los fines que persigue, más que por sus efectos inmediatos, es decir, por la destrucción o el dolor que implica la violencia.

El análisis de Huerta plantea la interrogante acerca de qué es una autoridad y las clases de ella que existen, Cita la propuesta de Bochensky en el sentido de que hay dos tipos centrales de autoridad: La epistemológica y la deontológica.

La autoridad epistemológica es la que tiene un sujeto informado sobre uno no informado. La autoridad deontológica se basa en una jerarquía de poder y su comunicación. El tipo de autoridad que se ejerza sobre un menor, determinará un aspecto importante de su personalidad, de acuerdo con las investigaciones de Bowlby y Ainsworth, que mencionaremos adelante.

El apego se define como *“el vínculo emocional que se desarrolla entre el niño y quien lo cuida, el cual reditúa seguridad emocional al menor”*.

Huerta (2002) postula:

“Las representaciones internas del vínculo entre el padre y el hijo se vuelven una parte importante de la personalidad. Sirve como un Modelo Interno de Trabajo o conjunto de expectativas sobre la disponibilidad de las figuras de apego y las interacción con ella, así como la probabilidad de recibir apoyo durante las situaciones en las que tenga presiones o amenazas. Este modelo interno de trabajo es la base para todas las futuras relaciones que tenga el sujeto durante la infancia, la adolescencia y la vida adulta”

Menciona los estudios de Ainsworthy (1978), Main y Solomon (1986), que describen cuatro clases de apego en niños:

- a) Apego seguro (Caracterizado por protesta y llora del bebé durante la separación pero con placer y consuelo fácil, cuando regresa el cuidador)
- b) Apego inseguro elusivo (Caracterizado por ausencia de tensión al separarse de la madre y evitación cuando ella regresa)
- c) Apego ambivalente o ansioso (Caracterizado por altos niveles de ansiedad durante la ausencia y conducta de enfado, resistencia y miedo al regreso de la madre), y
- d) Apego inseguro y desorganizado (Caracterizado por evitación y búsqueda de proximidad, mantenimiento de contacto o resistencia a él, de manera azarosa)

Estas clases de apego dependen de la forma como los padres se relacionan con el menor. Huerta hace notar que, en términos generales, si la forma como tratan los padres al menor es de aceptación, se llega al apego seguro; Si esta manera es inconsistente, es decir, algunas veces es de atención y a veces de desatención, entonces el apego será ansioso, inseguro, elusivo y probablemente, ambivalente

Si la manera como los padres tratan al menor es de maltrato, el apego puede llegar a ser “desorganizado”. El factor esencial en todo esto, relacionándolo con el tema del aprendizaje de la violencia por menores de edad, es que los patrones de apego persisten y se reproducen sus efectos en el menor, generalmente, hasta la vida adulta y en la mayoría de los casos, durante toda la vida, de acuerdo con las propuestas de Huerta (2002) y consignadas también por Heredia (2005).

Huerta (2002) afirma que los menores de edad con un apego seguro tienen un concepto positivo de ellos mismos, de sus padres, de los adultos, de los demás y de la vida en general. No son agresivos, salvo en caso de que surja una

situación auténtica de defensa de una amenaza real. Esto sería una situación del tipo de Violencia Reactiva en la clasificación de Fromm quien la define como una violencia al servicio de la vida.

Los niños con apego inseguro ansioso, aunque tienen una tendencia importante a llamar la atención para ser aceptados, de acuerdo con Huerta (2002), tienen poca inclinación por la violencia. Esta puede ocurrir, sin embargo, en condiciones de gran presión contra ellos. En general, son aún más tolerantes que los niños con apego seguro y tardan más en reaccionar.

Los niños con apego inseguro elusivo, que son los rechazados por los padres suelen tener buena opinión de sí mismos, pero mala opinión acerca de los demás. Tienden a ser más violentos que los inseguro - ansiosos, sobre todo para obtener algo que necesitan y que puede ser disputado a los demás.

Finalmente, y esto es de importancia para este trabajo, los niños con apego inseguro desorganizado, acostumbrados a sufrir la violencia, tienen, señala Huerta, *“mala opinión de sí mismos, de los adultos en general y de la vida toda”*. Temerosos y desconfiados de todo y de todos, *“consideran que han de emplear la violencia para protegerse”*.

Ellos son el núcleo sobre el cual los efectos de la exposición continua y sistemática a la violencia emitida por la televisión pueden ser significativos, según podría deducirse de lo dicho hasta este punto. Además, es importante considerar que las maneras de tratar a un niño ocurren también en la escuela y posteriormente en el trabajo, en las relaciones maestro / alumno y jefe / empleado.

Un trato deficiente a menores que tenga por consecuencia un apego inseguro y desorganizado, que al parecer es frecuente en la moderna sociedad, podría ser convergente en algunos de los fenómenos de violencia reseñados por los especialistas en la violencia promovida por la televisión en los preescolares y escolares y con el planteamiento de Levitt y Dubner (2007) de la relación aborto –

disminución de la delincuencia, puesto que los abortos son, en esencia, evitación de que niños no deseados vengan al mundo y sean víctimas de apegos inseguros y desorganizados que los conducen a la violencia y frecuentemente a la delincuencia.

a) Relación entre la violencia observada en la televisión y los trastornos en la conducta del menor.

Desde la década de los 70's se han realizado investigaciones en todo el llamado mundo occidental para observar desde diferentes puntos de vistas el fenómeno de la violencia en la televisión y su efecto en la conducta, valores y percepción de la realidad, en los menores de edad.

Es altamente significativo que un gran número de investigaciones han encontrado, como punto de partida, que los niños de casi todos los países, pasan un promedio de 23 a 28 horas por semana frente a la televisión. Esto significa que los llamados "hombres del futuro" – lactantes, preescolares, alumnos de primaria y adolescentes de secundaria - pasan la mayor parte de sus horas de vigila y de su corta vida, ante el aparato de televisión.

Nielsen (2000) y Schmitt (1989), por ejemplo, encontraron que de preescolares hasta adolescentes pasan frente a la televisión 2.6 horas diarias en los días escolares y 5 horas en los feriados. Por su parte, Strasburger (1989), ha calculado que cuando estos niños cumplan los 70 años de edad habrán pasado al menos diez y siete años de su vida ante la televisión.

En general, los autores que han investigado este tema coinciden en una definición de violencia que comprende los siguientes elementos resumidos de la siguiente manera por Gerbner, Signorielli y Morgan, (1996): *"Violencia es la expresión abierta de comportamientos que implican forzar físicamente y psicológicamente a otra persona (o a uno mismo, como en el caso del suicidio), y por tanto incluye cualquier acción, en contra del deseo de uno, que cause heridas, la muerte (asesinatos), o la amenaza de herir o asesinar"*.

Corona y Quintana (2002) definen las características de la violencia de la siguiente manera:

- *Usa la fuerza física para causar lesiones o destruir, por lo cual impide a la víctima actuar en defensa de su integridad física y en su toma de decisiones.*
- *Es consciente, porque causar daño a otra persona es totalmente intencional y voluntaria.*
- *Implica emociones y sentimientos*
- *Es un medio para llegar a un tipo de solución*

Al estar tantas horas sentados frente al televisor, los niños quedan expuestos a todo tipo de programas tales como son caricaturas, series infantiles, películas, series para adultos, telenovelas, noticieros, deportes y los llamados “*reality shows*”¹, programas que se transmiten a cualquier hora y que el niño tiene oportunidad de verlos, con frecuencia significativa, sin la supervisión de algún adulto.

Además, como afirma González (2005) la televisión absorbe la mente de las personas ya que no se necesita hacer ningún esfuerzo para sentarse por horas a contemplarla aunque esto signifique ver basura, lo que ocasiona que consideren normales las conductas agresivas, violentas y otras distorsiones que les crean en una idea de la vida muy alejada de la realidad, lo que provoca comportamientos violentos los cuales no nos explicamos

Por su parte, en una conferencia, León (2000) indicó que la cantidad de información que reciben los niños a través de la televisión es impresionante, y esta está plagada por una gran cantidad de escenas violentas en las que el niño es testigo de terribles asesinatos, robos, mentiras, envidias, engaños, deslealtades, arbitrariedades, etc., que llegan directamente a la mente de los menores de todo el mundo.

¹ Se conoce con este nombre no traducido al español a programas que implican invadir la privacidad de las personas bajo consentimiento expreso de éstas, las cuales comercializan esta situación.

Los investigadores de muchos países han cuantificado la violencia que contienen diversos tipos de programas. Han encontrado que, contra lo que popularmente se cree, las caricaturas y los programas infantiles presentan un número inusualmente alto de acciones violentas. En estos estudios, de los cuales es un claro ejemplo el de Gerbner (1996), la violencia se analizó en tres niveles:

- a) El programa como un todo
- b) Cada acción o acto de violencia específico, y
- c) El protagonista.

Estos datos se cuantifican en tres sistemas de medida:

- 1- El porcentaje de programas con algún episodio de violencia;
- 2- La frecuencia de los episodios de violencia; y,
- 3- El rol de los personajes principales.

La combinación de estos datos permite obtener el *índice de violencia*.

Gerbner (1996) analizó 24 programas, con duración aproximada de 30 minutos cada uno, encontró en ellos 371 actos de violencia claramente definidos. Esto significa 12.13 actos violentos por cada hora de programación y 15.43 acciones violentas por programa.

Aunque los datos encontrados en varias investigaciones que se han realizado en diversos países, tienen algunas variaciones, estas no son estadísticamente significativas, por lo que se concluye que se trata de una situación universal.

En apoyo de lo anterior tenemos que la variación en los datos depende más de la definición de la violencia y del método para cuantificarla, que de la frecuencia

con que se presenta. Así, por ejemplo, Gerbner (1996) reporta 5 a 6 actos violentos por hora de programación, pero sólo contabiliza la violencia física. Williams, Zabrack y Joy (1982), con una definición más amplia encuentran 18.5 actos por hora de programación en EE.UU y en Canadá.

En estos dos países, Gerbner, Potter, Warren, Vaughan, Howley, Land y Hagemeyer (1997) realizaron también un estudio con una definición de la violencia que incluye tanto la de tipo físico como la de tipo psicológico y registraron 32.5 actos de violencia por hora de programación. Finalmente, Greenberg, Edison, Korzenny, Fernández-Collado y Atkin (1980), reportan 38 actos violentos bajo una definición de violencia que también incluye la psicológica.

Desde el punto de vista de los espectadores, los investigadores arriba citados encontraron que la violencia es atractiva para las personas en general y para los menores en particular. Deducen que la violencia es un fenómeno que llama la atención a tal grado, que en los 80's en Estados Unidos el 70% en horas preferenciales y el 90% en la programación infantil los fines de semana se caracterizaba por estar integrada por programas altamente violentos, considerando, como tales, a caricaturas para menores del tipo Tom y Jerry, en los cuales ocurren agresiones y actos violentos a un ritmo mayor a un acto violento por minuto.

En un estudio de la programación a la que están expuestos los niños mexicanos, López y Cerda (2001), analizaron programas de televisión con altos índices de audiencia. Encontraron que "Los Simpson" es el programa con mayor número de secuencias violentas ya que presentó un promedio de 22 agresiones por programa. Las películas que se transmiten a las 19:30 horas tuvieron 18 actos violentos en promedio.

En un muestreo hecho en la Ciudad de México, en 1998 se hizo la siguiente cuantificación: "Ciudad Desnuda" presentó nueve secuencias con violencia; "La Sirenita", un programa típicamente infantil, mostró ocho secuencias violentas;

“Primer Impacto” tuvo siete actos de violencia; “Renegado”, seis; “La Niñera”, cuatro; “El espectáculo de Mickey y Donald” también cuatro; “Ventaneando”, “Mujer, casos de la vida real”; “Winnie Pooh”, y “Hechos de la noche” coincidieron en dos secuencias violentas por programa. Finalmente, la telenovela “Pueblo chico, infierno grande”, “El príncipe del rap” y la película de que se transmitió a las 18:30 horas, presentaron un acto violento.

Singer (1985), que ha trabajado con lactantes y preescolares, concluye que la relación y el aprendizaje que les proporcionan sus padres es significativamente menor, cuantitativamente, a la que les proporciona el aparato de televisión en el cual la enseñanza – indirecta y no intencionada – les llega plagada de figuras que *“saltan, bailan, ríen, gritan, se destruyen entre ellas y, por supuesto, los motivan a salir a comprar alimentos y juguetes”*.

Estas situaciones no se circunscriben a una región o a culturas muy definidas, sino que parecen ser universales ya que se han realizado estudios en los que han participado más de 5,000 niños de culturas tan distintas como son las de Angola, Argentina, Armenia, Brasil, Canadá, Costa Rica, Croacia, Egipto, Fidji, Alemania, India, Japón Mauritania, los Países Bajos, Perú, Filipinas, Qatar, Sudáfrica, España, Tadjikistan, Togo, Trinidad y Tobago, Ucrania.

De acuerdo con Groebel, (UNESCO, 1999), los niños de todos estos países pasan la mayoría de su tiempo de vigilia ante el televisor y aunque los programas tienen ciertas diferencias, los tipos de violencia que presentan son semejantes y de frecuencia alta. Estos resultados lo llevan a concluir que la televisión está omnipresente en todas las áreas del mundo y que la mayoría de los niños responden de manera semejante ante ella y están sujetos a la misma estimulación que les ofrece la programación.

Permanecer un número excesivo de horas frente a la televisión tiene como principal consecuencia para los menores, según demuestran los estudios, el aprender a ser violento como resultado de observar una programación cuya

finalidad es presentar altos índices de actos de agresión en todas sus expresiones, con el único objetivo de elevar su audiencia, sin considerar el daño psicológico y social que provocan en los menores de edad. (Groebel, 1998).

Sanmartin (2005) ilustra dramáticamente el resultado de la exposición de los menores a los medios. En 1999, dos adolescentes dispararon contra sus compañeros y profesores en el instituto Columbia, en Denver. En total dieron muerte a 13 personas. Iban vestidos como el actor principal de la película Matrix. Y se dijeron inspirados en ese personaje.

Varios años antes se realizó, en ese mismo lugar, un estudio longitudinal sobre la influencia de la programación de la televisión en los menores de edad y sus efectos a lo largo de los años. En el estudio, llamado “Columbia Country Longitudinal Study” por sus autores, Eron, Lefkowitz, Walder y Huesmann (1972), se dio seguimiento a 800 niños desde que tenían ocho años de edad hasta que llegaron a los 18.

La variable a observar eran los efectos de “ver muchos programas violentos en televisión”. Encontraron una correlación estadísticamente significativa entre *“ver muchos programas violentos en la televisión a la edad de ocho años y la conducta ser agresivo a los 18 años de edad”*. El seguimiento mostró, por primera vez, subraya Sanmartín, la relación directa entre ver violencia y llegar a ser violento ya que en este estudio hubo menores que no veían programas con violencia, por diversas razones, y presentaron menos violencia a los 18 años.

Sanmartin reporta que se han analizado numerosos estudios longitudinales, de campo y experimentales y que todos ellos *“han puesto de manifiesto una correlación significativa entre la exposición a la violencia en los medios y la conducta violenta”*. Remite a las investigaciones de Anderson y Bushman (2002) para verificar su aseveración.

Con frecuencia se ha encontrado que para que un niño desemboque en una persona violenta ante la exposición a programas violentos en la televisión, deben intervenir variables adicionales entre las cuales destacan las características de personalidad, la biología, la cultura y la educación del individuo, así como las características de su vida familiar, social y medio sociocultural en el que se desarrolla.

Esto fue comprobado por la UNESCO, en su estudio Global Media Violencia Study, realizado por Groebel (1999). Entre otras muchas variables y factores relacionados con la violencia promovida por los medios, encontró que los niños con predisposición a la violencia, por las razones que sean, utilizan la violencia en los medios para reforzar y justificar sus creencias y actitudes y con ello se convierten en más violentos cada día.

Un ejemplo de lo anterior lo constituye el hecho, reportado por él, de que el 68% de los niños que vivían en entornos violentos tenían como ideal llegar a ser como "Terminator", en tanto que únicamente el 37% de los que vivían en entornos no violentos, tenían esta aspiración.

Los entornos violentos refuerzan y generan personalidades violentas a los que los medios masivos de comunicación proporcionan el soporte para justificarlos ante los propios niños y jóvenes. Groebel aclara que un entorno violento, es aquel en el que el menor observa malos tratos a uno de sus padres, sufre agresiones de sus padres y de sus hermanos, convive con familiares cercanos víctimas del alcoholismo o la drogadicción o sus parientes cercanos o amigos se dedican a actividades antisociales: robo, asalto, fraude, prostitución, tráfico de enervantes, etc.

En el estudio para la UNESCO, Groebel encontró que a escala internacional más del 50% de los programas de televisión "contienen algún tipo de violencia. Normalmente se trata de violencia física, pues es la más gráfica y fácil de

presentar. Calculó que se emiten un promedio de siete escenas violentas cada hora en cualquier canal comercial de cualquier país. Y agrega:

“Un niño de cualquier país del mundo al que llegue la televisión invierte, por término medio, tres horas delante del televisor: Da lo mismo que viva en Perú, Angola, Canadá o España. Además, el 93% de los niños que viven en áreas urbanas o rurales electrificadas, ven televisión. En el hemisferio norte, esa cifra llega al 99%.” (Groebel, 1999)

Sanmartín (2005) considera que la violencia en las pantallas influye en los menores de edad debido a la interacción de varios factores entre los cuales él destaca:

- Ver escenas violentas en la televisión activa en el menor emociones, pensamientos, sentimientos y conductas que quedan asociadas en su mente de acuerdo con lo que propone la *Teoría de la asociación cognitiva o Primming*.
- Esa misma observación de escenas violentas provoca que el menor se identifique con el modelo violento e imite la conducta observada, de acuerdo con la *Teoría del modelo simbólico*
- La visión de la violencia en la TV refuerza las conductas violentas previas del menor, según la *Teoría del refuerzo*.
- Ver la violencia lleva al menor a percibir la realidad como poco segura o preocupante. Si la ven con alta frecuencia, sobre estiman la cantidad de violencia en su medio y, en consecuencia, conciben al mundo como un lugar altamente peligroso en el cual es muy probable que ellos sean víctimas en cualquier momento. Esto ocurre según la *Teoría del cultivo*.
- En sentido opuesto, demasiada visión de la violencia puede llevar a lo que Sanmartín llama “embotamiento emocional” o indiferencia ante la

violencia real. Esto es, según el autor, un postulado de la *Teoría de la desensibilización*.

Sanmartin (2005) concluye que la gravedad del problema es que a todo lo mencionado, se une el hecho de que los menores tienden a imitar a sus héroes y estos son violentos, aunque en la pantalla se les da una naturaleza agradable y atractiva. Textualmente dice:

“Y así, muchos personajes buenos de la pantalla, es decir personas con móviles altruistas y beneficiosos para la humanidad, suelen ser más violentos que el más violento de los malos. Su lucha por la paz, la justicia, el bien común, etc., parece justificar sus tremendas acciones”.

No obstante el daño que hacen, los programadores no hacen caso de los clamores de la sociedad, dice este investigador, porque saben que la violencia incrementa la audiencia y es la ganancia lo único que les importa. El daño social que provocan es accesorio ante los beneficios económicos que esperan.

El problema adquiere proporciones socialmente significativas cuando se comprueba que los menores de edad se exponen a películas violentas no programadas para ellos, sino para los adultos, horarios de las altas horas de la noche, según explica Grisolia (2005).

Además, según la investigación de este autor, los niños son bombardeados con anuncios, ofertas, informaciones, modas y distracciones desde la televisión. Procesar tanta información en sucesión tan rápida genera, según Grisolia,

“... un estado de ansiedad crónica y difusa que en su faceta positiva conduce al éxtasis de la comunicación y que en su aspecto negativo llega a violar en cierto sentido nuestra integridad psíquica, causándonos un estado de estupefacción. Para impactarnos y

despertarnos de nuestro sueño colectivo, los medios de comunicación recurren a estímulos cada vez más fuertes y provocadores. La violencia es uno de los principales”

Esto se debe, de acuerdo con Grisolia, a que la violencia es altamente eficaz para llamar y fijar la atención. Sin embargo, como cualquier otro estímulo, pierde su efecto con la repetición, razón por la cual, los medios de comunicación incrementan su intensidad para volver a captar la atención y en ese afán abandonan el mundo real y conducen al espectador a una atmósfera surrealista que llama aún más la atención.

Esto tiene efectos comprobados en los adultos, en los menores, dice Grisolia, el efecto perceptivo y conductual se incrementa extraordinariamente debido a la maleabilidad del aparato neurológico, psicológico y hormonal de los menores y aún de los adolescentes.

De hecho, Grisolia considera que esa estimulación pone en contacto a los menores y a los adultos por igual con *“nuestras sensaciones más profundas y primitivas, la zona de los mitos, de los cuentos de hadas y de otras experiencias semejantes”*. Considera que quien ejerce el papel de nuestra niñera *“fiel y querida”*, es la televisión.

Grisolia postula que cuando estamos ansiosos, seamos menores o mayores de edad, sentimos atracción por los programas violentos porque estos, afirma, aplacan la ansiedad por corto plazo, tras el cual caemos en un estado de mayor ansiedad y es así como nos volvemos adictos a la violencia. El peligro es que esta adicción en los niños, con mucha frecuencia pasa de la visión pasiva a la conducta violenta activa.

De esta manera, los niños al ver programas para adultos y todo lo que ocurre en la pantalla como contexto de ellos, quedan expuestos a una influencia altamente propicia para predisponerlos a la violencia o para atemorizarlos

patológicamente con ella. El asunto es más grave porque, como dice Grisolia, la mayoría de la población de menores vive en condiciones deficientes para su desarrollo óptimo y ello los mantiene crónicamente ansiosos.

Otro investigador, Donnerstein (1995) estimó que durante sus estudios de primaria el menor de edad, además de los temas propios de su educación en la escuela, ha visto 8 mil asesinatos premeditados y al menos 10 mil actos de alta violencia en la televisión. Consigna que no es una estimación arbitraria suya, sino que ha sido confirmada por los siguientes investigadores citados por él: Gerbner Gross, Signorelli (1980), Mustonen (1997), Potter (1987) y Williams (1982)

Donnerstein (1995) participó en el más extenso y riguroso estudio sobre este tema, en el cual participaron otros diez especialistas en el tema, todos de la Universidad de California en Santa Barbará. La investigación fue auspiciada por la *National Television Violence Study*, y patrocinada por la *National Cable Television Association* y los resultados resumidos fueron dados a conocer por Donnerstein (1995) fueron publicados en su totalidad por Kunkel (1998). El objetivo fue detectar durante tres años consecutivos, mediante un estudio longitudinal, la cantidad y el contexto en el que aparecía la violencia en la televisión estadounidense.

Donerstein (1995) explica que como parte del proyecto de investigación realizaron una revisión exhaustiva de los trabajos científicos que se habían dedicado a evaluar los efectos de la violencia televisiva en los espectadores. Llegaron a las siguientes conclusiones:

1. *La violencia emitida por televisión contribuye a la aparición de una serie de efectos antisociales en los espectadores.*

Grupos de investigación de la American Psychological Association, American Medical Association, National Academy of Science y National Institute of Mental Health u U.S. Surgeon General coincidieron en señalar que <ver violencia es un factor que

contribuye de forma importante a la aparición de la violencia y la agresión del mundo real>.

2. *Hay tres tipos principales de efectos provocados por la violencia televisada:*

a) Aprendizaje de actitudes y conductas agresivas.

b) Insensibilidad ante la violencia.

c) Temor a ser víctima de la violencia

3. *No toda manifestación violenta en televisión tiene el mismo riesgo de perjudicar a los espectadores.*

El contexto de la escenificación de la violencia puede variar de forma muy significativa y las diferencias entre estos contextos pueden influir de forma decisiva en el impacto que la escenificación de la violencia tenga sobre la audiencia

El trabajo concluyó con la identificación de las representaciones violentas que incrementan el riesgo de que se promuevan conductas antisociales, en tanto que otras, al parecer lo disminuyen, lo cual depende del contexto de las escenas, lo que define su impacto en el espectador.

La investigación longitudinal de Donnerstein (1995) y colaboradores encontró que los tres efectos consistentes provocados en el espectador por la violencia, son influidos por nueve variables críticas.

Los efectos son:

- 1) Aprendizaje de la agresión
- 2) Miedo a sufrir agresión
- 3) Insensibilidad emocional

Y las nueve variables que influyen en ellos son:

- a) La naturaleza del agresor,
- b) La naturaleza de la víctima,
- c) La justificación de la violencia,
- d) La presencia de armas,
- e) La extensión y carácter gráfico de la violencia,
- f) El grado de realismo de la violencia,
- g) La recompensa o castigo de la violencia,
- h) Las consecuencias de la violencia
- i) El humor como acompañante, o no, de la violencia.

En el estudio se encontró que las acciones violentas tienen un agresor o un conjunto de ellos y una o más víctimas. El punto esencial radica en que la respuesta de los menores al acto de violencia es diferente si el agresor es el héroe del programa, o el personaje atractivo, o los “buenos” (por ejemplo, los miembros de la “Liga de la justicia”, o si el o los agresores son los villanos, los malos, los que, según la trama, deben ser castigados.

Si el agresor o agresores son los “buenos” o los “atractivos” para los niños, entonces tienen una propensión a imitar su conducta violenta y, lo que es más grave, a incorporarla como un valor. Si por el contrario, la violencia la ejercen los “malos”, entonces disminuye la propensión de los niños a imitarlos porque no quieren identificarse con ellos.

La otra cara de la moneda está en la víctima de la violencia. Si quien la sufre es la persona atractiva y simpática, los niños sufren una gran carga emotiva que los pone en tensión y que incuba en ellos deseos de venganza y de justicia que se realiza por medio de la violencia. Si la violencia es contra un grupo de personas indefensas, por ejemplo, una población bombardeada donde indiscriminadamente mueren mujeres, niños, ancianos y, en una palabra, personas inocentes, entonces los niños suelen experimentar temor de ser ellos víctimas de agresiones. Esto engendra en ellos miedo y, en consecuencia, una serie de conducta paralizantes para su desarrollo.

En cuanto a la violencia justificada, del tipo de un padre que defiende a su hija de un grupo de asaltantes o pandilleros, provoca poca imitación y se

considera justificada por los menores. Por otra parte, la violencia injustificada, del tipo de “un pistolero que mata a un cajero porque no le entrega de inmediato el dinero”, provoca efectos nocivos en los niños, en términos de imitación e incitación al uso de la violencia, en la medida en que está envuelta en espectacularidad. Sin embargo, el estudio indica que tiene menos efecto que la violencia que realizan los héroes, súper héroes y personajes atractivos.

Las armas usadas como instrumento para la violencia, también tiene efecto superior sobre la percepción de la violencia y su imitación en los menores. Es mayor que cuando la violencia se ejerce sin armas, es decir, con los puños, o los pies, excepto, cuando se trata de supuestos maestros de artes marciales que convierten a sus cuerpos en armas y que se convierten en ídolos de los menores y por tanto, en modelos a imitar por ellos.

Otra variable de la violencia en los medios que influye en la conducta de los menores es la forma como se presenta la escena violencia. Puede ser tomada de lejos y muy brevemente, o bien de cerca, con extraordinarios detalles y durante periodos prolongados. Lo que se encontró en el estudio que estamos tratando es que mientras más larga y detallada es la escena, mayores efectos nocivos tiene en los menores. Pero hay una variación importante, si en un programa o película hay demasiadas escenas violentas, largas y detalladas, los menores terminan por habituarse psicológicamente a ella y su respuesta va disminuyendo de manera que se van haciendo cada vez más insensibles a ella, lo que también es una desventaja social.

En cuestión de aprendizaje de conductas violentas se encontró que las escenas de violencia real tiene efectos significativamente mayores que la violencia irreal. La violencia real se consideró a la de los noticieros, en tanto que la irreal es la de las caricaturas y las series fantásticas. El efecto es, precisamente, que producen un mayor y más frecuente aprendizaje de conductas violentas.

Lo anterior es modificado por una variable de efectos comprobados desde hace mucho tiempo en la psicología: la recompensa y el castigo. Si en las escenas presentadas al menor, la violencia es recompensada, promueve imitación y aprendizaje de conductas de ese tipo, independientemente de que el actor sea atractivo o no lo sea, o de que la escena será rápida, lenta, cercana o lejana. Si el acto violento es castigado, tiene menos efecto en el menor pues disminuye la probabilidad de aprender esa conducta y su frecuencia, siempre de acuerdo con los datos del *National Television Violence Study*.

La octava variable indica que si en las escenas violentas se recrean el daño y el dolor que causan la violencia, en contra de lo que se ha encontrado en otros estudios, en este, los resultados indicaron que esta variable inhibe la imitación de la violencia y la tendencia a usarla.

Finalmente, aparear la violencia con el humor es una de las variables a las que más frecuentemente están expuestos los menores, porque esta es la esencia de los dibujos animados. El estudio concluye que esta combinación contribuye, de manera significativa, al aprendizaje y a la imitación de la violencia y la agresión en todas sus expresiones en los menores de edad.

Donnerstein, (1995) en sus conclusiones, lleva el asunto más lejos:

“Los análisis anteriores ponen de manifiesto que estos nueve rasgos contextuales influyen en todos los espectadores, sean niños o adultos. Es más, cada uno de estos factores afecta de la misma forma en todos los espectadores, sean niños o no. Por ejemplo, premiar la violencia es algo que aumenta la probabilidad de que se aprenda un comportamiento agresivo, sea cual sea la edad del espectador. Lo contrario se consigue castigando la violencia. Con todo, hay algunas cuestiones que concierne sólo a los niños muy pequeños”.

Urra (2005), otro investigador, hace una irónica, pero bastante exacta descripción de la situación del menor entre la televisión y sus padres. Para ello escribe la siguiente oración que pone en boca de un menor:

“Señor, vos que sois bueno y protegéis a todos los chicos de la tierra, quiero pedirte un gran favor: Transfórmame en un televisor. Para que mis padres me cuiden como lo cuidan a él, para que me miren con el mismo interés con que mi mamá mira su telenovela preferida o papá el noticiero. Quiero hablar como algunos animadores, que cuando lo hacen, toda la familia calla, para escucharles con atención y sin interrumpirles. Quiero sentir sobre mí la preocupación que tienen mis padres cuando la tele se descompone y rápidamente llaman al técnico. Quiero ser televisor para ser el mejor amigo de mis padres y su héroe favorito. Señor, por favor, déjame ser televisor, aunque solo sea por un día”

Urra hace notar que el uso de la violencia siempre ha ejercido una fascinación irresistible sobre las masas y no es ninguna aportación de los mass media. Recuerda que desde el tiempo de los romanos y al parecer desde la civilización cretense los espectáculos más importantes incluían a la violencia en todas sus expresiones. Antes de la televisión, los periódicos y las novelas de entrega semanal eran la fuente de entretenimiento por medio de la violencia.

Pero hace notar que era diferente en calidad respecto a los periódicos y las novelas de entregas, no al circo romano, el cual, desde luego, era muy superior en violencia, aunque Urra no reporta si el espectáculo era también para niños. Lo que argumenta este investigador es que la diferencia entre la mayoría de los objetos de transmisión de violencia respecto a la televisión es que en esta hay menos capacidad de selección. Es decir, consumimos lo que los productores ofrecen, no

precisamente lo que seleccionamos y si lo hacemos, tenemos un margen muy estrecho para hacerlo.

b) Relación entre los programas de televisión diseñados para niños y las conductas agresivas de los menores

Grisolia (2005) reporta un estudio realizado en una muestra de 600 menores de .edad que fueron expuestos a la visión de escenas violentas intencionalmente seleccionadas de varios programas de televisión. El resultado fue, que todos los niños respondieron con conductas de imitación de la violencia vista, cuando se les puso en una situación experimental semejante a la observada por ellos.

Concluye que los niños *“están genéticamente programados para reaccionar y aprender desde sus primeras horas de vida”* y que la televisión tiene las características necesarias y suficientes para promover en los muy pequeños un aprendizaje rápido y firme. Considera que esto es especialmente potenciado porque los menores *“no han desarrollado unas facultades críticas que les permitan diferenciar lo real de lo que no lo es”*.

Con base en su estudio, Grisolia afirma que aunque los adultos se inclinan a pensar lo contrario, lo cierto es que los niños aprenden con extrema facilidad que en cualquier situación de conflicto o de desacuerdo, *“es correcto, divertido y eficaz, reaccionar violentamente y de ese modo empezamos a fascinarnos por la violencia”*.

Grisolia considera que la exposición frecuente y sistemática a escenas violentas en televisión lleva al menor al aprendizaje de lo que él llama *“estrategias cognitivas anormales”* las cuales consisten en la propensión a formar creencias y actitudes basadas en el concepto erróneo – y por ello son anormales – de que reaccionar violentamente es la forma más eficaz de alcanzar los objetivos y metas personales.

Si esta creencia llega a consolidarse, puede convertirse en una estrategia cognitiva anormal generalizada en la cual, no sólo se considera eficaz ser violento para lograr los fines personales, sino que se concibe a los demás como seres agresivos con lo cual el menor puede sufrir un grave menoscabo en el desarrollo de sus habilidades sociales futuras.

Romero (2000) afirma, por su parte, que los programas infantiles provocan daños irreversibles en la conducta de los niños por la cantidad de violencia que presentan de manera injustificada, ya que suprimen el límite entre las imágenes ficticias y lo que sucede en la vida real.

Bustos, (2000) reporta que el daño provocado por la violencia verbal, psicológica y simbólica es una huella que puede permanecer toda la vida en los niños, más allá que la física, y puede ocasionar trastornos que provoquen que sea una persona violenta en su edad adulta.

Medina (2000) concluye que actualmente, el tema de la violencia en la televisión ha generado gran preocupación, debido a que estimularía la conducta agresiva en los niños los cuales pasan muchas horas frente al televisor viendo programas infantiles (tales como los Power Rangers o Dragon Ball Z), o para adultos, siendo los primeros seis veces más agresivos.

Entre los actos violentos que son vistos por los niños están: asesinatos, guerras, puñetazos, golpizas, cuchilladas, balaceras, patadas, accidentes violentos y destrucción de propiedades, entre otros. Los niños que ven violencia en la pantalla se comportan más agresivos sin importar su localización geográfica, su género, su nivel socioeconómico o si tienen problemas emocionales. Este efecto es interdependiente, es decir, los niños agresivos eligen programas violentos y aquellos que ven estos programas, son más agresivos. La televisión fomenta la conducta agresiva de dos modos, o imitan el modelo que observaron o llegan a aceptar la agresión como conducta apropiada

Por su parte, Clemente (2005) hace notar que con alta frecuencia, de acuerdo con los estudios por él realizados, la violencia de los dibujos animados no es considerada violenta debido a la sociedad que ya está desensibilizada ante la presencia de hechos en los cuales las escenas están realizadas de tal manera que disminuyan o justifiquen el daño.

Este autor encontró que programas de alta difusión como “Los Pitufos” y “Los Picapiedra” fueron calificados como no violentos por el público adulto entrevistado por él. Considera que esto se debe a que en estos programas unen la violencia con la risa y con la falta de consecuencias por la acción violenta y porque “los personajes no mueren ni manifiestan secuelas de las acciones violentas recibidas.

Además Clemente confirma lo que señalan la mayoría de los autores, hay una relación directa entre la cantidad de violencia y los índices de audiencia: a mayor violencia, mayor audiencia, fundamentalmente, entre la población infantil. Clemente afirma que “los dibujos animados menos violentos son los menos vistos.

Él realizó un análisis de programas infantiles y cantidad de audiencia, encontró que Ace Ventura, los Simpsons, Dragon Ball, Los 4 Fantásticos, Spiderman y Power Rangers son los más vistos por los niños de 4 a 12 años. En contraste, programas de Street Sharks y Sky Dancers, que presentan bajos niveles, tienen baja preferencia por los infantes de esa edad.

Villasmil (1999) hace énfasis en la declaración de Judy Price vicepresidente de programación infantil de la CBS, quien se ufana, en un programa de difusión nacional en los Estados Unidos de Norteamérica, de que: “Ningún niño puede ser el único de su grupo que no vea los *Power Rangers*”. Villasmil comenta al respecto:

“Esta afirmación pone de relieve uno de los objetivos fundamentales de la publicidad en los medios de comunicación. Además de hacer que las cosas parezcan conocidas y deseables, los medios deben

crear la sensación de que existe una necesidad social. “Ningún niño puede ser el único de su grupo que no vea los Power Rangers” implica que si a un niño se le impide participar de esta experiencia, al mismo tiempo se le estará impidiendo tomar parte en la vida social de su grupo”.

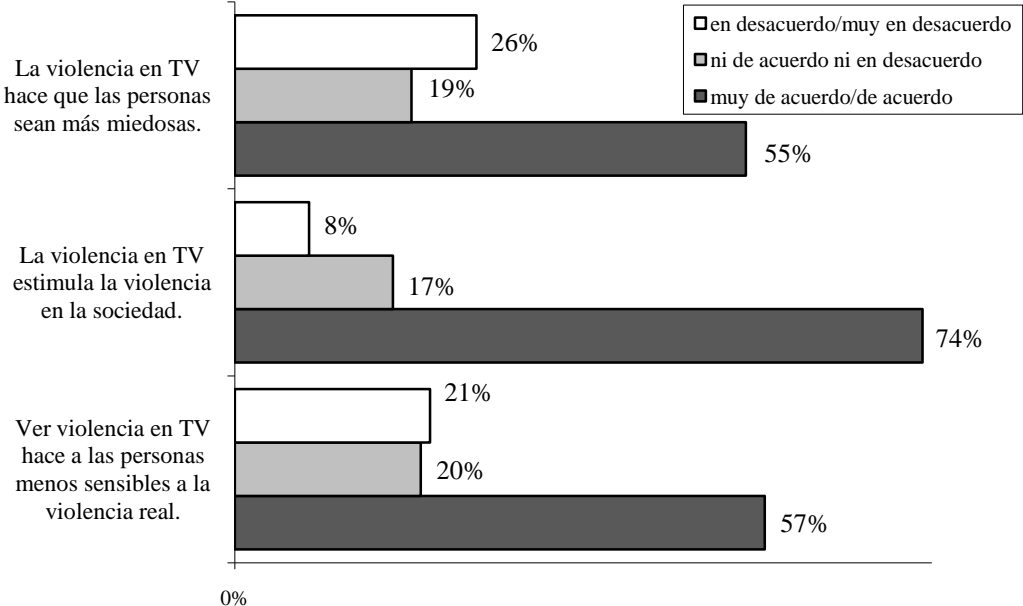
Este autor afirma que el proceso de imitación está plenamente demostrado en los menores de edad. Se ha demostrado que desde los primeros meses de vida pueden imitar las expresiones faciales de las personas que los cuidan. De hecho, afirma, aprenden a comer, vestirse, utilizar el sanitario e interactuar con los demás, gracias a sus padres y otras personas que “constantemente les muestran cómo se hacen las cosas”.

El problema surge, dice Villasmil, debido a que los niños no pueden ser selectivos respecto a lo que imitan y la escuela atiende, por ejemplo, que no emitan “malas palabras” y logran un éxito muy relativo al respecto. En contraste, no se preocupan por lo que miran los pequeños en la televisión y de lo cual aprenden, por imitación, la mayor parte de su repertorio de interacción con las personas y con las cosas. La televisión es tan efectiva para enseñarles a ser violentos como para inducirlos a comer alimentos chatarra.

En el documento “Cinco estudios sobre violencia y televisión en Chile; violencia en dibujos animados, un análisis de contenido” compilado por Armanet (1998) se reportan los resultados de un estudio que investigó la violencia en programas infantiles desde las perspectivas cuantitativa y cualitativa. Se trata de uno de los estudios más importantes que se han realizado en Latinoamérica.

El eje central de esta investigación fue la percepción del público acerca de la violencia y las variables relacionadas con ella. Aunque se trata de un estudio bastante extenso, sus principales conclusiones son las siguientes:

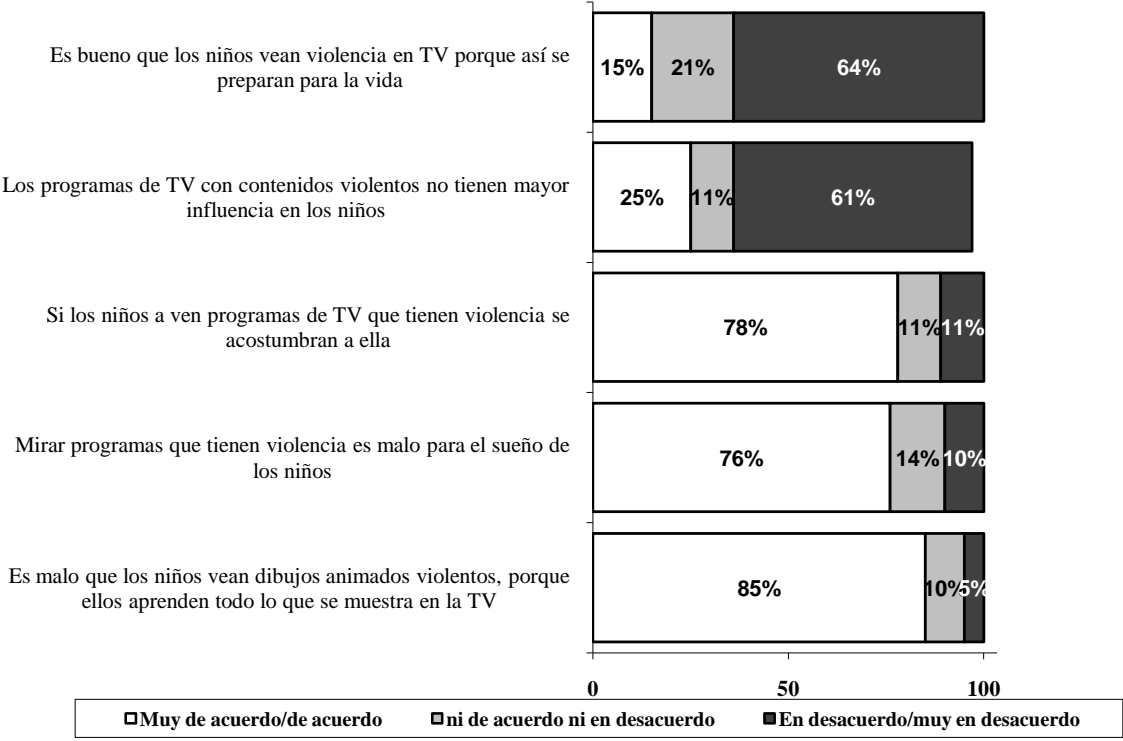
La mayoría de los entrevistados –el estudio se realizó en la República de Chile – consideran que la violencia en la televisión hace a las personas más miedosas (55%) a partir de una muestra de 800. El 74% considera que la violencia en la TV estimula la violencia en la sociedad y el 57% considera que ver violencia en la TV hace a las personas menos sensibles a la violencia real.



Gráfica 1. Nivel de acuerdo con afirmaciones sobre violencia en televisión. Fuente: Cinco estudios sobre violencia en televisión en Chile: Consejo Nacional de Televisión, Chile, 1998

Respecto a la violencia en programas infantiles, el público considera que es falso que los menores, al ver violencia en la televisión se benefician porque “así se preparan para la vida” (64%) y opinan, los programas de TV con contenidos violentos definitivamente influyen en la conducta de los pequeños (61%). Pero, sorprendentemente, que si los pequeños ven violencia en televisión “se acostumbran a ella” (78%) y además, están de acuerdo en que ver violencia en la TV, afecta el

sueño de los pequeños (76%). Finalmente, el 85% considera que es perjudicial la violencia en la TV porque los menores la aprenden y la imitan. Esto se muestra en la siguiente gráfica.

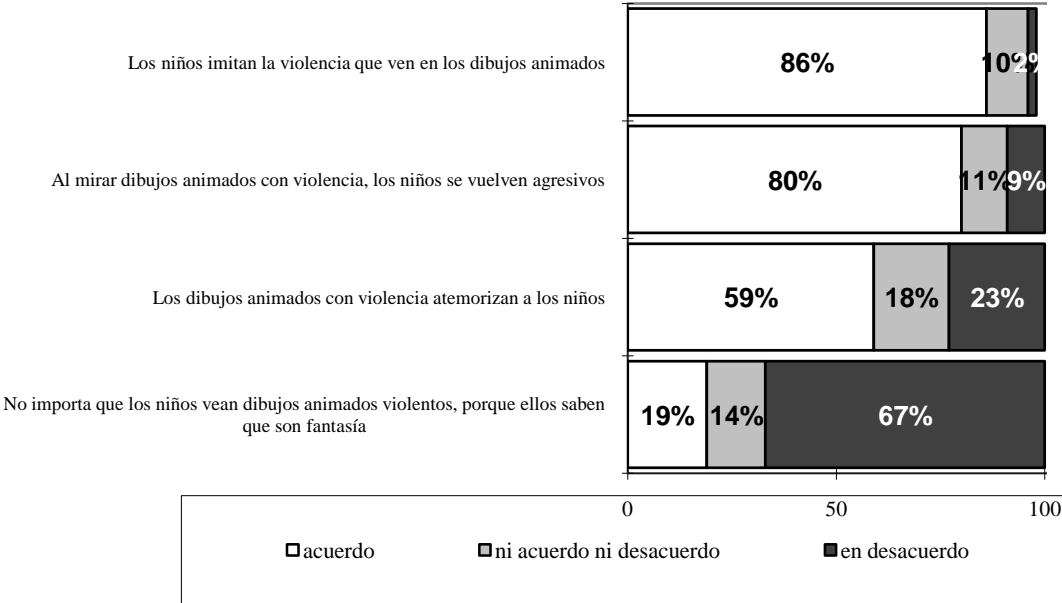


Gráfica 2. Nivel de acuerdo con Afirmaciones sobre Niños y Violencia en TV; Fuente: Cinco estudios sobre violencia en televisión en Chile: Consejo Nacional de Televisión, Chile, 1998

Es conveniente señalar que en este estudio se encontró que varían las percepciones acerca de la violencia de acuerdo con la escolaridad y la edad de los entrevistados. Las personas con mayor nivel de estudios perciben menos la violencia que las personas con menor nivel. Las personas con nivel licenciatura encuentran menos violencia que las personas con estudios de secundaria.

Pero en cuestiones de edad, ocurre una inversión: las personas de más edad perciben más la violencia que las de menos edad. Si esto se proyecta, resulta que los menores de edad son quienes menos la perciben. En este contexto “percibir la violencia” se conceptualiza como tomar conciencia de que un acto o un hecho es violento, según los parámetros dados en páginas anteriores.

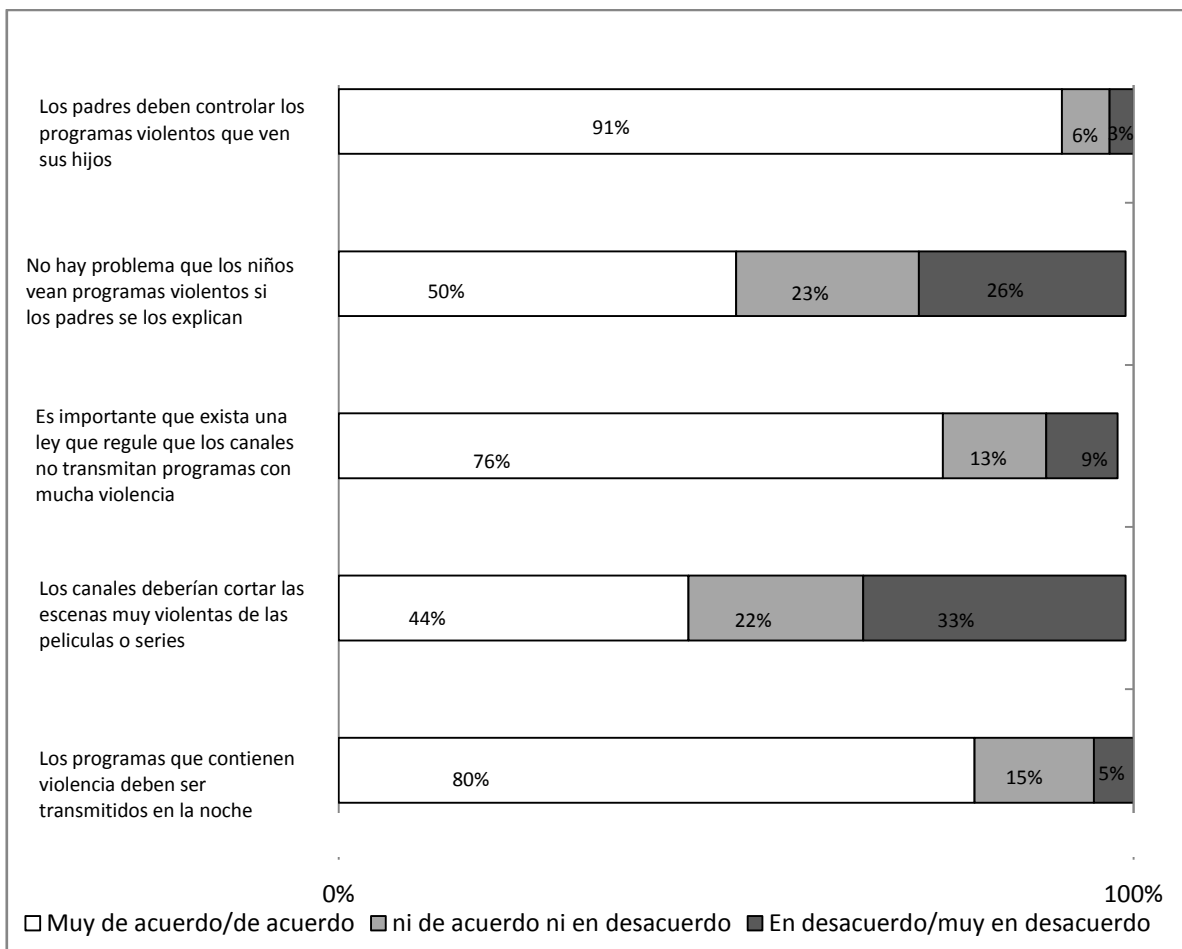
Otro resultado importante del estudio chileno es que el público (n = 800) confirma en sus apreciaciones lo que dicen los investigadores: los menores imitan la violencia que ven en los dibujos animados (86%) y en consecuencia, se vuelven agresivos (80%). Por otra parte, el 59% de los entrevistados consideran que la violencia atemoriza a los niños. Finalmente, contradiciendo las afirmaciones de empresarios de medios televisivos, sólo el 19% está de acuerdo en que “no importa que los niños vean violencia en TV, saben que es fantasía” y no les afecta.



Gráfica 3: Nivel de acuerdo con afirmaciones sobre efectos de los dibujos animados: Fuente: Cinco estudios sobre violencia en televisión en Chile: Consejo Nacional de Televisión, Chile, 1998

Si bien los resultados de las encuestas del estudio chileno confirman, desde la visión popular, lo apuntan diversas investigaciones, sobre todo en cuanto a lo nocivo de la violencia en la televisión para los pequeños, muestra también contradicciones evidentes, como es el hecho de que consideran que los padres deben controlar lo que sus hijos ven en la televisión (91%) y la mitad de ellos afirman que el problema puede controlarse en cierta medida si los padres acompañan a sus hijos al ver la TV y le explican los hechos violentos.

Tres cuartas partes de los 800 entrevistados (76%) se pronuncian porque se expidan leyes que regulen las transmisiones para niños, de tal modo que no se transmitan programas “con mucha violencia”, o bien, que los canales “corten” las escenas “muy violentas”. Finalmente, el 80% se pronuncia porque los programas con violencia, se transmitan por la noche. No se aclara si esto incluye a los dibujos animados.

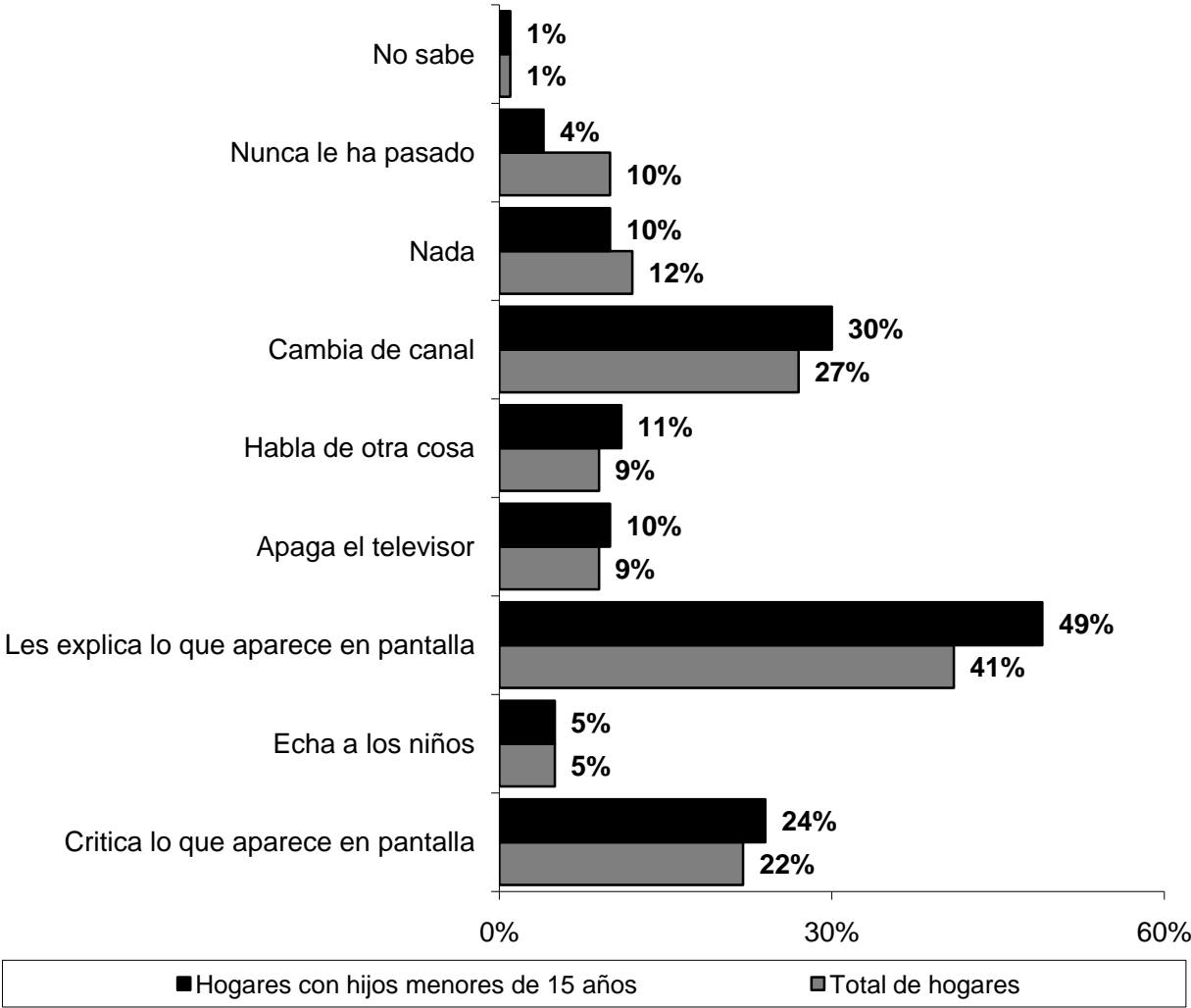


Gráfica 4: Opinión de los padres acerca de lo que debe hacerse ante la violencia en TV. Fuente: Cinco estudios sobre violencia en televisión en Chile: Consejo Nacional de Televisión, Chile, 1998

Ante la pregunta acerca de qué deben hacer los padres ante los programas violentos de la televisión que ven sus niños, las respuestas son muy interesantes: la mayoría de los padres consideran que lo mejor es dar explicaciones a los hijos acerca de las escenas que observan (41%). Cambiar de canal (27%) es la segunda opción y hacer una crítica a lo que aparece en la pantalla (22%), la tercera, que en rigor podía incluirse en la primera.

No realizar ninguna acción es la cuarta opción (12%), a la cual siguen apagar la televisión (9%), distraer la atención (9%) y, finalmente, mandar a los niños fuera de donde está la televisión (5%). Es conveniente observar, que el 10% asegura que una situación de este tipo “nunca le ha pasado” y el 1% tuvo la honradez de confesar que “no sabe” qué hacer en esa situación.

En la siguiente gráfica, que muestra a detalle este resultado del estudio, se dividen los datos por hogares y por hogares con niños menores de 15 años.



Gráfica 4. Conductas frente a programas con contenidos violentos. Fuente: Cinco estudios sobre violencia en televisión en Chile: Consejo Nacional de Televisión, Chile, 1998

En relación con los dibujos animados y series infantiles (tipo los Power Rangers y las tortugas ninja) es donde ocurre la mayor preocupación de todos los sectores de la sociedad, de acuerdo con el estudio chileno. Destacan en el estudio algunas respuestas de los entrevistados:

“Los dibujos animados de ahora son mucho más violentos que los antiguos” (dueña de casa, estrato medio, con TV cable).

“Ahora hay más violencia en los dibujos animados” (dueña de casa, estrato bajo, sin TV cable).

“Yo creo que se acabó la fantasía inocente del gato, Piolín, los Picapietra. Al Correcaminos le hacían trampas y nunca pasaba nada” (empleado, estrato medio, con TV cable).

Estas respuestas, se hace notar en el estudio, muestran que:

“... que aunque el público tiene una opinión ya cristalizada respecto del aumento de la violencia en este género, es sensible cuando se producen cambios en los contenidos. Las personas reconocen que, en ciertos períodos, la programación presenta mayores niveles de contenidos violentos que en otros:

El público de la muestra del estudio chileno hizo su propia clasificación de la violencia y discriminó cuando está estaba presente en determinadas escenas y cuando tenía como origen el argumento mismo de los dibujos animados.

El siguiente cuadro muestra la clasificación del público.

Agresión física	Consecuencias de agresión
Peleas Torturas	Heridas Sangre Destrucción Muerte
Agresión psicológica	Consecuencias de agresión
Amenazas Humillación	Miedo Sufrimiento moral

Tomado de: Cinco estudios sobre violencia en televisión en Chile: Consejo Nacional de Televisión, Chile, 1998

Los entrevistados consideraron como la más grave, la agresión psicológica y moral que la física y con mayor efecto en la conducta de los menores cuando las escenas son realistas, aunque sean en dibujos animados, y representan a seres humanos. Repudian que la violencia se recree en más íntimos detalles y se ilustre con retratos de dolor, de sufrimiento, de armas y, sobre todo, de sangre.

“En una serie de dibujos animados cualquiera, se pegan, se arman y se desarman, pero en los Caballeros del Zodiaco salen cuchillos y corre la sangre” (joven trabajador, estrato bajo, sin TV cable).

“En los Caballeros del Zodiaco es impresionante ver como matan gente” (joven estudiante, estrato medio-bajo, con TV cable)

“En los Caballeros del Zodiaco aparecen esos argumentos como “destruir el mundo, apoderarse del mundo” (dueña de casa, estrato alto, con TV cable).

Las conclusiones más relevantes que se hacen en este estudio son:

- a) Se presentan modelos de conducta bizarros que son imitados con alta frecuencia por los menores.
- b) El repertorio de conductas violentas de los menores incluye comportamientos claramente identificables en los programas de televisión que ven.
- c) Los menores se identifican con ciertos personajes de los programas televisivos, que se convierten en sus modelos. Esto, además, genera una industria de juguetes que refuerzan su agresividad.
- d) Esta fuera de toda duda y toda controversia que los menores de edad, reproducen acciones, actitudes y valores que caracterizan a sus ídolos de los programas de televisión. (“¿Se acuerdan de las Tortugas Ninja? Los profesores se quejaban que los niños se creían el Miguel Ángel, el Donatello y si el profesor les decía algo, le daban la feroz patada”) [dueña de casa, estrato medio-bajo]
- e) Los programas violentos además cautivan al niño como consumidor de juguetes relacionados con la violencia de sus ídolos y además, se asocia a ellos con productos nocivos para la salud, a los que el pequeño se hace adicto.

En el propio estudio chileno se fundamentó, con datos, la magnitud del problema de la violencia en la televisión:

En su estudio cuantitativo definieron las diversas modalidades de la violencia y las cuantificaron. Consideraron a) el tipo de acto registrado, b) los medios o armas que se usaron en ese acto y c) el daño provocado en las víctimas. Su observación se realizó sobre 85 horas de transmisión que incluyeron 325 programas.

Las características de los programas fueron: se trató de dibujos animados, de los cuales 77.2% fueron estadounidenses, 17.8% asiáticos y 4.6% europeos. Su horario de transmisión fue el siguiente: 64.4%, en días hábiles; 35.4%, en fin de

semana, 50.8%, durante la mañana (6:00-13:00), 44.9%, por la tarde (13:00-19:00) y 4.0%, horario preferencial 19:00-22:00).

De los 325 programas, el 80%, es decir 260, presentaron contenidos y escenas claramente identificables como actos de violencia, según la definición hecha en el estudio. En total se registran 2,299 actos violentos en 1,225 secuencias escénicas que tuvieron diez horas de duración en total, con un promedio de 29.5 segundos cada una de ellas.

De los 2,299 actos de violencia, el 83.5% fueron definidos como “actos conductuales de violencia”, el 13.1% como amenazas inminentes de cometer violencia” y el 3.3% como “imágenes de daño físico”.

Respecto a los medios para ejecutar la violencia, el 36% fueron medios naturales o característicos de los personajes, tales como cualidades sobrenaturales o fuerza física; el 17% se realizó con armas no convencionales; el 12.1% con armas punzocortantes o contundentes, el 15.8% con armas de fuego; el 7.6% con armamento pesado, el 3.4% con bombas y el 8.3% con medios inusitados e inclasificables.

El 87% implicaron directa o potencialmente algún tipo de daño. Dentro de estos actos violentos, el 42.8%, casi la mitad, tenían como consecuencia un daño observable por los espectadores, entre ellos, la muerte del agredido (28.1% de las escenas violentas con daño físico).

En el caso de violencia que genera muerte, la muestra y descripción gráfica que se presenta de todos los pasos y etapas de la agresión, constituye, según el estudio, una verdadera cátedra de cómo llevar al cabo actos tan violentos que tengan como desenlace la muerte, cátedra a la que son especialmente susceptibles los menores.

En la mayoría de los actos violentos, la agresión fue realizada por un individuo solitario (67.8%) y de género masculino (74.9%). Los individuos solitarios fueron humanos en mayoría de los casos (53.4%) y en el resto de los casos fueron personajes fantásticos que incluyen animales con características humanas, seres sobrenaturales con apariencia humana. En el 3.4% de los casos, los actos violentos fueron perpetrados en grupo.

En general, los agresores son adultos jóvenes de entre 20 y 35 años de edad y en algunas pocas ocasiones, por personas mayores a esa edad. Destaca el hecho de que niños, adolescentes y jóvenes rara vez son los agresores (3.4%).

En cuanto a las víctimas, también son en su mayoría individuos únicos (64%) y de sexo masculino (72%). Del total de víctimas, el 54.2% fueron humanos “comunes y corrientes”; el 37.3%, criaturas fantásticas de todo tipo y el 1.6% fueron animales con características humanas. Es de notar que el 36.7% de las víctimas fueron adultos jóvenes, el 16.5% adultos de edad media y el 12.5% a grupos. Los niños, jóvenes y adultos mayores fueron víctimas en menos del 2.7% de los casos observados.

La descripción visual de las escenas violentas en los dibujos animados tuvieron las siguientes características. El menor porcentaje lo tienen actos violentos que ocurren fuera de la pantalla (1.2%), en contraste, el 24% mostraron las escenas violentas en primer plano y con todo detalle. El 54.3% de las escenas violentas se presentaron desde un plano panorámico y el 20.5% mostró la violencia de primeros planos combinados con planos panorámicos. En el 82.3% de las escenas violentas el audio fue aumentado o respaldado por sonidos especiales.

Aunque en la mayoría de las escenas violentas la velocidad de la cámara fue normal, no faltaron los casos en que se presentan en cámara lenta y aún en cámara rápida. En cuanto al detalle en las escenas violentas, se encontró que en el 98% de los casos es mínima la presencia de sangre. Únicamente en 1.1% se

presentan escenas donde fluye sangre y en 0.5% el flujo de sangre es alto y además, con muestra a detalle de las lesiones.

El punto significativo acerca de la violencia es si se justifica que se presente en las escenas de dibujos animados. En el estudio chileno se establecieron como hipótesis tres posibles razones por las cuales justificarse o, al menos, legitimizarse, el acto violento. Las tres hipótesis fueron:

- a) Causas posiblemente justificables y legitimables: defensa propia, defensa de ajenos, defensa de la ley.
- b) Causas posiblemente justificables en contexto definidos: ira, defensa de una ideología o una creencia.
- c) Causas injustificables: asalto sexual, maldad, venganza, fines criminales, ambición.

Los resultados obtenidos fueron: en el 33.9% de los actos violentos las razones por las cuales ocurren son potencialmente legítimas. De este porcentaje, e 30.2 se realizó por defensa propia o de otros y el 3.7 por ciento como defensa de la ley. Los actos violentos realizados sin justificación alguna fueron el. 38.7% y únicamente el 15% de las escenas son remotamente justificables. El 11.4% de las escenas violentas no pudieron clasificarse en alguna de las tres hipótesis.

Puede verse que son relativamente semejantes en porcentaje las escenas justificables y las injustificables, sin embargo, al considerar las que son “remotamente justificables”, la balanza se inclina hacia la conclusión de que, en este marco extremo, el uso de escenas violencia no se justifica.

Estos datos corresponden a Chile, pero son corroborados en un estudio realizado en México (Solis, 2007), en el cual se encontró que el incremento del maltrato físico, emocional y de abuso sexual, se incrementó de 12 casos en el ciclo escolar

1999 – 2000, a 482 en el ciclo 2003 – 2004, y ha continuado el incremento de manera exponencial, por lo menos hasta el 2007.

Solís, compiladora del estudio realizado por un grupo de comunicadores llega a la conclusión de que la violencia en la televisión es responsable de este y otros hechos violentos que tienen como protagonistas a los menores de edad. Escribe:

*“En un día común y corriente, en tan solo 10 horas de programación dirigida a los niños en Canal 5 en su bloque de caricaturas, un niño está expuesto a **582 actos violentos**, de los cuales **252 (43%) corresponden a muertes violentas**., O si se quiere, un promedio de 58 actos violentos por hora, casi uno por minuto”. (Las negritas corresponden al original)*

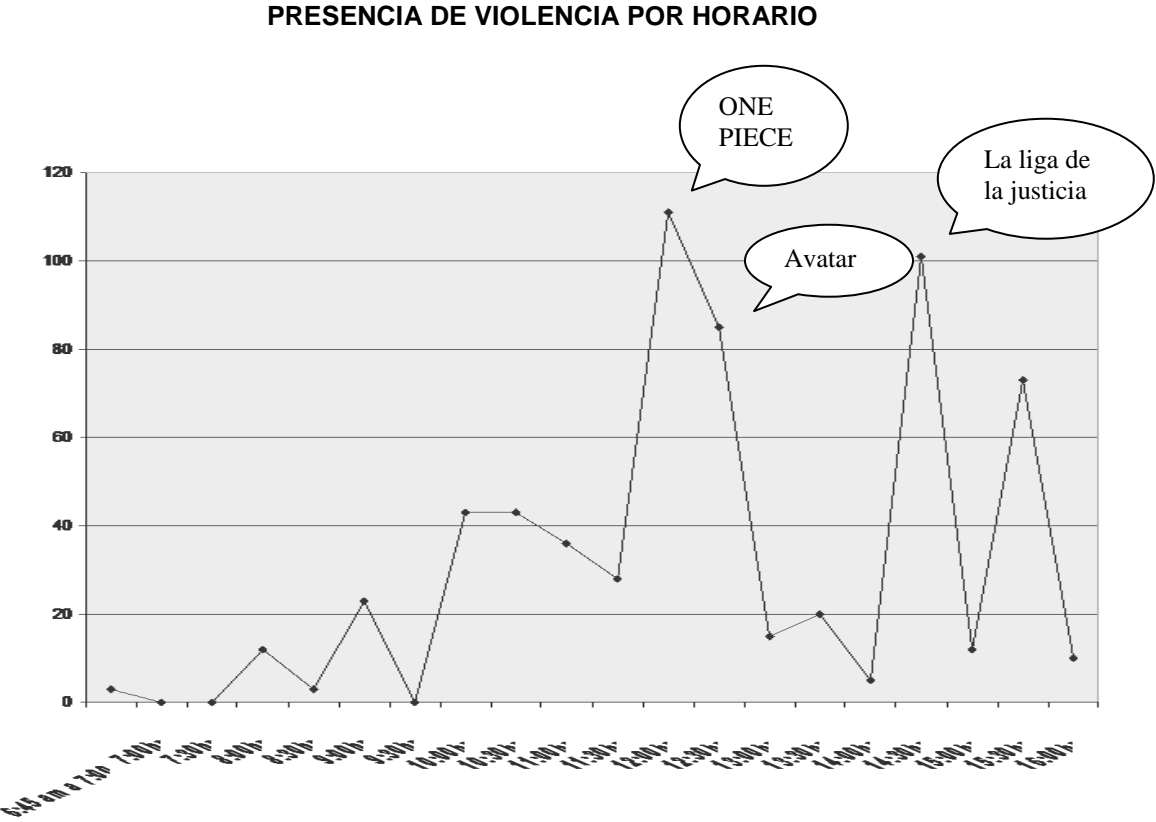
En este estudio mexicano se cita el trabajo de la catedrática de la Universidad Pedagógica Nacional, Teresinha Bartussi que en un artículo publicado en la Revista Vértigo del 1 mayo 2007, denuncia el aumento de los actos agresivos en los planteles educativos del Distrito Federal y de las capitales de los estados con mayor desarrollo. Afirma que tal incremento en la violencia está directamente relacionado con la televisión y el cine, en los que la difusión de acciones agresivas enmarcadas en el desprecio a la vida tiene amplia influencia en la conducta de los menores.

El estudio coordinado por Solís, fue patrocinado por el Observatorio de Medios de la Asociación Mexicana de Derecho a la Información (AMEDI) y se centró en la programación infantil de la empresa Televisa, con especial atención a los dibujos animados, con el objetivo de *“buscar algunas señales que puedan ayudar a encontrar las posibles causas, pero sobre todo, para enfocar los espacios en donde se debe centrar la mirada, con el fin de atender el grave problema de las conductas violentas infantiles”*.

Se analizaron 10 horas continuas de programación infantil en el Canal 5 de Televisa, de las 6 a las 16 horas, el día 7 de marzo de 2007. Además de analizar la programación, se realizaron entrevistas a niños en las escuelas. Se les pidió, además, que hiciesen una síntesis de las caricaturas que veían.

Los investigadores registraron 582 actos violentos. De ellos, 252 fueron muertes violentas, en programas expresamente orientados a los menores de edad. Las escenas de asesinatos fueron más frecuentes en los horarios de 10 a 12 am. En esa hora se registraron 183 actos violentos, lo que equivale a 3 asesinatos por minuto. Este horario corresponde a dos series de dibujos animados de aquella fecha: *One Piece* y *Avatar*.

La gráfica y el cuadro correspondiente a estos resultados son los siguientes:



Gráfica 5: Violencia en dibujos animados en el Canal 5 de Televisa. Fuente: La violencia... ¿entretenimiento infantil?, Presencia de la violencia en la programación infantil de caricaturas (AMDEI), 2007

En los siguientes cuadros se presenta los actos violentos en el programa *One Piece*.

ONE PIECE	
Actos Violentos	25
Violencia Verbal	10
Violencia verbal con acto de violencia	7
Amenaza creíble	7
Acto violento como castigo	5
Muertes	55
TOTAL	109

Los investigadores hacen el siguiente resumen del argumento de esta serie.

Esta serie relata las aventuras y desventuras de uno de esos piratas, Monkey Luffy, quien accidentalmente comió una Fruta del diablo (Akuma no Mi en japonés), en particular una Gomu Gomu no Mi que hizo que su cuerpo ganara las propiedades físicas de la goma, convirtiéndose en el hombre de goma. Después de dicho suceso, decide que se convertirá en el próximo Rey de los Piratas y para ello, deberá encontrar el "One Piece".

En cuanto a la segunda serie de dibujos animados, su estadística y argumentos son los siguientes:

AVATAR	
Actos Violentos	18
Acto violento como castigo	5
Muertes	51
TOTAL	74

El resumen correspondiente es:

Avatar.- *Varios Maestros que controlan a los elementos, como lo son: el aire, el fuego, la tierra, el agua, el maestro del aire (Avatar) es el único sobre la faz de la tierra, y como tal es la envidia de todos los demás maestros, por lo que su misión es destruirlo a toda costa.*

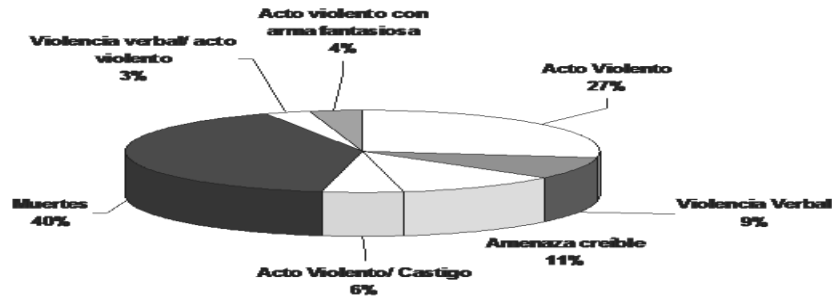
Otro hecho notable corresponde a la serie de dibujos animados *La Liga de la Justicia* en la cual registraron 75 muertes en 30 minutos de transmisión, en horario de las 14:30 a 15:00, lo que arroja un promedio de 2.5 muertes por minuto. Esta serie tiene un alto poder de influencia sobre los menores porque reúne a varios súper héroes como Superman, Batman, Robin, La mujer maravilla, etc., que justifican los asesinatos bajo el pretexto de una invasión a la Tierra.

Otro programa analizado es más moderado: ¡sólo 65 muertes en media hora!) Se trata de *Los Chicos del Barrio* que se transmitía de 15:30 a 16:00 horas. En esta serie, cinco amigos, que viven en un barrio de gente acomodada, compiten entre si para saber quién es el mejor para destruir el barrio enemigo.

Naturalmente, además de los asesinatos se registraron otro tipos de actos violentos como Violencia Verbal, es decir, "el uso del lenguaje con la finalidad de agredir, intimidar, pero sin recurrir a la fuerza física", en palabras de los autores. Como ejemplo de ello, los autores citan: "*cuál es tu último deseo antes de morir*", "*te matare para recuperar la espada*" "*por la espada serás destruido*", "*cállense todos o se mueren*," "*Son unos malditos miserables*", "*Entes malditos*", "*Ambos son basura*", "*Eres un inútil*", "*Voy a patear tu trasero*", "*Torpe*".

También se registraron 23 escenas de Violencia Verbal acompañada de un acto violento. Transcriben algunos ejemplos de ello: "*Te morirás de inmediato*", "*tu fin ha llegado*", "*acabemos con ellos*," "*pobre del hombre que interfiera en mi camino*". *Estos ejemplos corresponden a On Piece, Thundercats y El Hombre Araña.*

En este estudio se llegó al nivel de “amenazas creíbles”, “actos violentos con castigo”. La distribución total de escenas violentas es la siguiente, tomada del estudio coordinado por Solís (2007)



Distribución de formas de violencia. Fuente: La violencia... ¿entretenimiento infantil?, Presencia de la violencia en la programación infantil de caricaturas (AMDEI), 2007

Es importante considerar que el 40% de las escenas violentas incluyen muertes y que el segundo lugar lo ocupa la violencia física con el 27%. Estos datos se corresponden con los del estudio chileno, con lo cual, las conclusiones pueden abarcar a toda América Latina y, como vimos antes, a los Estados Unidos de Norteamérica.

Solis y los investigadores que ella coordinó llegan a una conclusión y propuestas concretas:

Frente a esta información es necesario recordar aquí que es responsabilidad de la autoridad, en este caso de la Secretaria de Gobernación por conducto de la Subsecretaria de Normatividad y Medios y la Dirección General de RTC quien debiera dar respuesta a la forma en que atiende lo dispuesto por la Ley Federal de Radio y Televisión y que conserva intactos los artículos 5, 59 y 63² en donde

² Ley Federal de Radio y Televisión

se establecen los principios que debieran atender los concesionarios al programar caricaturas en horarios para todo público, especialmente en programación explícitamente orientada a la población infantil. En estos artículos se destacan las características que debe tener la programación general dirigida a la población infantil, entre las que se encuentran:

- 1. Propiciar el desarrollo armónico de la niñez.*
- 2. Estimular la creatividad, la integración familiar, y la solidaridad humana.*
- 3. Procurar la comprensión de los valores nacionales y el conocimiento de la comunidad internacional.*
- 4. Promover el interés científico, artístico y social de los niños.*
- 5. Proporcionar diversión y coadyuvar el proceso formativo de la infancia.*

Y hacen un recordatorio fundamental:

Artículo 63 de la Ley Federal de Radio y Televisión: Queda claramente prohibidas³ todas las transmisiones que causen corrupción del lenguaje y las contrarias a las buenas costumbres, ya sea mediante expresiones maliciosas, palabras o imágenes procaces, frases y escenas de doble sentido, apología de la violencia o del crimen; se prohíbe, también, todo aquello que sea denigrante u ofensivo para el culto cívico de los héroes y para las creencias religiosas, o discriminatorio de las razas, queda asimismo prohibido el empleo de recursos de baja comicidad y sonidos ofensivos.

Los hechos indican que las autoridades no leyeron el artículo de Solís y colaboradores, patrocinado por la Asociación Mexicana del Derecho a la Información. Y si lo leyeron, no le dieron la importancia socio educativa que en el fondo tiene. Y se trata de una Ley en vigor, no de una conclusión.

³ Artículo 63 de la LFRTV

Con el fin de que se tenga una información más clara y completa, se reproduce aquí el cuadro de acciones violentas del estudio de Solís.

HORARIO	Programa	Acto Violento	Violencia Verbal	Amenaza creíble	Acto Violento/Castigo	Muertes	Violencia verbal/acto violento	Acto violento con arma de fantasía	TOTAL
6:45 hrs	Los lumis	1	0	0	1	0	0	1	3
7:00 hrs	Dora la exploradora	0	0	0	0	0	0	0	0
7:30 hrs	Plaza Sésamo	0	0	0	0	0	0	0	0
8:00 hrs	Los Picapiedra	6	4	1	1	0	0	0	12
8:30 hrs	Scooby Doo	0	0	3	0	0	0	0	3
9:00 hrs	El show de Porky	9	4	6	4	0	0	0	23
9:30 hrs	Aventuras en pañales	0	0	0	0	0	0	0	0
10:00 hrs	Thundercats	9	7	10	3	5	5	4	43
10:30 hrs	El hombre araña	12	6	8	5	7	2	3	43
11:00 hrs	Superman	17	1	5	7	3	0	3	36
11:30 hrs	Batman	13	2	7	3	2	1	0	28
12:00 hrs	One Pierce	25	10	7	5	55	7	2	111
12:30 hrs	Avatar	18	2	5	5	51	0	4	85
13:00 hrs	Pokemon	5	0	4	1	1	0	4	15
13:30 hrs	Dragón Ball Z	5	3	6	0	3	3	0	20
14:00 hrs	Jimmy Newtron	1	4	0	0	0	0	0	5
14:30 hrs	La Liga de la Justicia	16	4	5	0	75	1	0	101
15:00 hrs	Danny Phanton	9	1	2	0	0	0	0	12
15:30 hrs	Chicos del Barrio	17	4	0	0	51	0	1	73
16:00 hrs	Bob Esponja	9	1	0	0	0	0	0	10
TOTAL		172	53	69	35	253	19	22	623

Fuente: La violencia... ¿entretenimiento infantil?, Presencia de la violencia en la programación infantil de caricaturas (AMDEI), 2007

Como se recordará, Sanmartín (1993) y Donnerstein (1994) demostraron que en los Estados Unidos el 50% de la programación general contiene actos violentos. Ellos citan el trabajo de Rice (1977) el cual realizó un estudio que demuestra que la violencia en la televisión general promueve la conducta agresiva en los niños. Citan también un estudio de Papalia (1997) que encontró que programas infantiles como los Power Rangers y Dragon Ball Z, son “seis veces más agresivos que los programas para adultos”.

Como en los estudios chileno y mexicano, Sanmartín y Donnerstein encuentran que la situación más grave es que los programas infantiles presentan la violencia “con extrema naturalidad”, lo cual lleva a los menores a adoptarla como forma, también natural, de enfrentar las situaciones que les plantea la vida real. Esto se manifiesta, de manera más clara, en la conducta escolar que, como vimos, se impregna cada vez más de agresiones.

Medina (2000) encontró que los niños que ven sistemáticamente programas infantiles que presentan actos violentos, son más agresivos que quienes no lo hacen y que esto es una constante, en el tiempo y en el espacio. Afirma:

Los niños que ven violencia en la pantalla se comportan más agresivos sin importar su localización geográfica, su sexo, su nivel socioeconómico o si tienen problemas emocionales. Este efecto es interdependiente, es decir, los niños agresivos eligen programas violentos y aquellos que ven estos programas, son más agresivos. La televisión fomenta la conducta agresiva de dos modos, o imitan el modelo que observaron o llegan a aceptar la agresión como conducta apropiada (Rice, 1997).

Esta investigadora revisó la literatura relacionada con este problema y concluye que el proceso de imitación es, como es sabido, el primer mecanismo de aprendizaje en los menores y que existe consenso entre los psicólogos infantiles, como lo menciona Levine (1997) de que los menores no son selectivos, respecto a

lo que imitan y que toman como reales a los modelos que ven en televisión, sean personas o dibujos animados.

Un fenómeno singular, estudiado por Medina, se refiere al hecho de que la influencia de la televisión en la conducta de los menores de edad, puede generar, también conductas positivas para el desarrollo del menor, como es el caso de *Plaza Sésamo* que provoca que los menores que la ven, lleguen a la escuela con mayor vocabulario y un más rico acervo conceptual, que quienes ven programas violentos.

Hace notar que esto demuestra que los empresarios televisivos carecen de interés alguno por los menores, aunque digan lo contrario, ya que escasamente les proporcionan programas realmente educativos y sí los saturan de programas violentos que con sus súper héroes, guerras, asesinatos, balaceras, puñetazos, cuchilladas, patadas, accidentes violentos y destrucción, ejercen una mayor fascinación y por tanto permiten comercializar mejor el tiempo.

Al respecto, Medina expresa:

“Programas educativos como “Plaza Sésamo” han arrojado beneficios que consisten en que aumentan las habilidades para reconocer y nombrar letras, clasificar objetos, nombrar las partes del cuerpo y reconocer formas geométricas (Rice, 1997), además los niños llegan a la guardería con un buen vocabulario y muy bien dispuestos a aprender a leer (Hoffman, 1997). Por otra parte, estos programas pueden enseñar a los niños a cooperar, a compartir, a ser afectuosos, amistosos, a controlar la agresión, cómo afrontar la frustración y a terminar las tareas que emprenden. Se pueden presentar modelos de relaciones familiares armoniosas y de conducta cooperativa comprensiva y educativa (Rice, 1997).

También encuentra que la televisión infantil no violenta constituye un estímulo significativo en la capacidad de comprensión lectora y favorece la adquisición de destrezas cognitivas y lingüísticas. Esto es especialmente apreciable en niños de nivel social bajo porque logran entrar en contacto con contenidos que no existen en su medio.

En conclusión, aunque, como veremos más adelante, los medios de comunicación masiva niegan el hecho, la televisión infantil está saturada de violencia y de acuerdo con los datos de diversos estudios realizados en varios países, es un hecho que estimulan la violencia en general y que los niños aprenden a ser violentos por imitación de sus ídolos televisivos o por la exposición a la agresión en todas sus manifestaciones, en la pantalla de televisión que llena gran parte de sus horas de vigilia.

Esta conclusión se refuerza por el hecho de que, además de promover la violencia en los niños, la televisión también les enseña valores que no son los más convenientes para su sano desarrollo psicológico y físico y a pesar de que en México entró en vigor la Ley Federal de Protección de los Derechos de las Niñas y Niños y Adolescentes muchas de las normas que contiene no se cumplen en lo que se refiere a comunicación masiva.

- c) Relación entre homicidios y agresiones observados en la televisión por los menores de edad, sobre la formación de sus valores y actitudes.

En términos muy generales y a reserva de que en el transcurso de este capítulo aclare el término, los valores son, para la mayoría de los estudiosos del fenómeno de la violencia en la televisión convicciones profundas y no razonadas acerca de personas, hechos o cosas.

Respecto a la relación entre la violencia observada por los menores y la formación de los valores de los pequeños, ocurre que el fenómeno se ha observado desde muy diferentes ángulos.

Sanmartín (2005), por ejemplo, considera que la observación de violencia en la televisión tiene efectos sobre los menores, pero este varía en cuanto al grado de efecto que logra. Considera como falaz que se “estigmatice” a la televisión como único y principal causa del aprendizaje de la violencia en los menores de edad.

De acuerdo con él, antes de llegar a conclusiones es necesario analizar con acuciosidad al propio menor y a su entorno social.

Vivir en un hogar en el que se padezcan u observen malos tratos, - escribe -, en el que el alcohol y la droga estén presentes, donde hay relaciones agresivas entre padres e hijos, en donde se padezcan las consecuencias económica, psicológicas y sociales de estar desempleado, se habite en viviendas excesivamente reducidas o insalubres y no se tenga el apoyo de familiares o amigos, son circunstancias que pueden crear un entorno en el que la chispa de la televisión prenda con facilidad, incrementando las creencias, actitudes y comportamientos violentos ya existentes.

Además, escribe en su ensayo Sanmartín, en el efecto que tiene la violencia televisiva sobre el menor, intervienen una serie de variables que inciden en el conjunto de valores del pequeño antes de que se consoliden y se traduzcan en conductas disociales o perjudiciales para el desarrollo del infante.

Para ejemplificar lo anterior señala que cuando el agresor es un personaje atractivo para el menor y que además, según hacen creer al niño, defiende los “ideales de paz y justicia” se crea un “peligroso modelo para los niños”, que puede ser aún más peligroso si usa armas convencionales, ya que si las armas son sofisticadas, la probabilidad de imitar la acción se complica y se abandona. Pero el concepto de ser un héroe al estilo del ídolo de la TV, permanece como ideal para el menor y la forma de luchar por “la paz y la justicia” se fortalece como un valor.

La “estética de la violencia” es también generadora de valores en los menores. Un enorme esfuerzo, digno de otras causas, han desplegado los diseñadores de escenas violentas, para embellecerlas. La manera básica de hacerlo consiste en depurarla de aspectos repugnantes tales como mostrar la sangre u omitir el natural dolor que se provoca a una víctima.

Sin embargo, la manera más sofisticada y más exitosa, consiste en ocultar las consecuencias que tiene la agresión o tergiversarlas para presentarlas como diametralmente opuestas a las reales. De hecho, lo más frecuente es que el agresor nunca reciba castigo. Sanmartín explica:

“Lo corriente es, que la estética de la violencia esté muy cuidada. Además, suele estar impregnada de cierto sentido del humor que la hace mucho más asimilable. Se mata, sí, pero de una forma bella y con una sonrisa en la boca”.

Esa belleza, esos sutiles ocultamientos y esa insistencia en que los actos agresivos no tienen consecuencias nocivas para el agresor, facilitan que los menores conviertan en sus ídolos a tipos violentos y, lo que es peor, los erijan

como modelo a seguir en lo futuro, y a imitar sus acciones en lo inmediato. Tener un modelo a seguir es adornarlo de un conjunto de valores.

Sanmartin afirma que los niños menores de siete años tienen dificultades para distinguir la realidad de la ficción, de tal manera que si los actos violentos no reciben castigo, adoptan la creencia de que puede agredirse sin que nada ocurra, y las creencias son la semilla de la que surgen los valores.

De acuerdo con su estudio, la situación se agrava, en cuanto a formación de valores en el niño, cuando toda la programación que enmarca los espacios para los niños, está impregnada de escenificaciones que convierten a las bajas pasiones en el centro del argumento y en las que se viola el derecho a la intimidad, como ocurre en los “reality show”. Esto, afirma Sanmartín, afecta a los menores porque, en contra de lo que pudiera pensarse, no sólo se alimentan de programas infantiles sino que lo hacen mayoritariamente de programas para adultos.

“Los deleznable espectáculos, que despiertan nuestra curiosidad más morbosa, están enseñando a nuestros niños que, para ganar dinero, todo vale, incluso vender en público los aspectos más sórdidos de la propia existencia. Están enseñándoles, además que es un oficio cotizado el pseudo periodismo de lodazal que algunos llaman <del corazón>, y que hablar a gritos, descalificando al otro con insultos inmisericordes, es un medio adecuado para intercambiar opiniones. Sanmartín (2005)

Este investigador de los medios de comunicación masiva, clama lo siguiente:

“La degradación moral de estos programas que, han llegado a remplazar la programación infantil vespertina, es la antítesis del servicio que las pantallas deberían prestar. Hay que defender la libertad de expresión, pero a la vez hay que proteger a la infancia. Ni

en nombre de la libertad de expresión ha de atentarse contra la protección de la infancia, ni en nombre de ésta debe justificarse la censura”.

Este investigador hace notar algo fundamental: las empresas televisoras difunden su material violento, pero es decisión de los televidentes, verlos o no. Y en esto “los padres tienen su cuota de responsabilidad”, escribe. Considera que los padres mayoritariamente se han visto obligados a abandonar la educación directa de sus hijos y la dejan en manos de la escuela, de manera directa, y de la televisión, de manera indirecta ya que no cuentan con otra forma de controlar el paso del tiempo con los hijos en casa mientras ellos no están, o se ocupan de lo urgente en el poco tiempo que tienen para estar en casa.

Dejar la educación de los hijos en manos ajenas, incluyendo en ellas a la televisión, es “la esencia misma de la sociedad contemporánea”, dice Sanmartín, de tal forma que pedir a los padres que se responsabilicen de la educación de sus hijos es un disparate, ya que su dilema es educarlos o darles de comer..

El resultado generalizado es que el niño vive solitario, sin que alguien que “le haga los comentarios adecuados para neutralizar una mala imagen o para evitar que vea un espectáculo violento”. El ideal de que los padres acompañen a sus hijos cuando éstos ven la televisión está más allá de la utopía. La realidad es que el niño está solo. Sus padres, cuando pudieran atenderlos están también frente al televisor viendo eventos deportivos o telenovelas.

Si el niño está solo, entonces, propone Sanmartín (2005), debe aprender a ser él mismo el mejor crítico de lo que ve en la televisión. Esto implica que debemos enseñarle a hacerlo y puede hacerse desde la escuela y con un mínimo de esfuerzo, por parte de los padres. Sanmartín comenta:

Quienes deberán evitarse a sí mismos las imágenes violentas son los propios niños, educados para elegir libre y críticamente lo que quieren ver o no.

Los promotores de la llamada Educación para los medios, tienen la palabra

Otro investigador de habla hispana, Clemente (2005) hace notar que la violencia artificialmente colocada a nuestro alcance, se ha convertido en un elemento más de la vida cotidiana que, además, mantiene un alto nivel de presencia. En su análisis, encuentra que el más frecuente uso de la violencia, en la vida cotidiana, es como medio por conseguir un fin: desde un teléfono celular hasta un puesto político de muy alto nivel. Otro uso frecuente de la violencia es, simplemente como diversión.

Pero el más perverso uso que de la violencia se hace – Clemente lo califica de “cruel” – es para convertir a seres ingenuos, como son los niños, en seres violentos que, además, atraparlos como potencial comprador de los productos publicitados en los espacios comercializados en los cortes de los programas infantiles, violentos en un 80% de los casos.

Desde el punto de vista de generación de valores en los menores, Clemente concluye que se trastocan. Al niño se le presenta la violencia como algo positivo, como la forma de conseguir algo positivo, como es el caso de “salvar a la humanidad”. Y esto lo hace un héroe que porta armas letales, que mata a los “malos” como un Hitler virtual. Al final se le presenta como “el bueno” y como el “héroe”. No sólo el niño, sino muchos adultos caen en la trampa y sus valores se trastocan: lo malo es bueno; lo bueno es malo.

Clemente hace notar que este tipo de violencia es aceptada e inclusive estipulada por los propios padres, quienes no debiendo ser ingenuos, acaban siéndolo y también trastocan sus valores con la agravante de que muchos de ellos “inclusive trasladan su inseguridad y miedo a los pequeños.

Esta trampa de presentar lo malo como bueno, es decir, la violencia como algo positivo, trastoca los valores del niño, lo convierte en un entusiasta, es decir, fanático del falso héroe. Para el menor, un tipo cargado de armas, matando a diestra y siniestra es altamente atractivo.

Clemente afirma que está comprobado en una serie de estudios, que los niños imitan a los mayores y los convierten en puntos de referencia para su incipiente proyecto de vida. Al parecer, se trata de un comportamiento ancestral, producto neto de la evolución de la especie. Puede explicarse, así el incremento constante de la violencia de jóvenes y adultos, desde que está vigente la televisión en la vida social.

Clemente aclara:

“La violencia atrae a los mayores – y con mayor razón a los menores - por el componente ilusorio que conlleva: vemos reflejado en la pantalla aquello que no existe. Nos llama la atención cómo algunas personas son capaces de realizar lo que nadie sería capaz de hacer. Todos tenemos unos llamados sentimientos, que no son sino la inculcación de valores morales y éticos necesarios para que podamos sobrevivir y necesarios para el progreso de la humanidad”

Un factor adicional que provoca que la violencia no sea valorada en toda su magnitud es, de acuerdo con Clemente, que es tan frecuente en todos los ámbitos de la vida que nos habituamos a ella desde pequeños y al trastocarse nuestros valores, la vemos como “normal”. La gravedad radica en que los niños, al ir creciendo comprueban que efectivamente, ese es un modelo más adecuado porque es el más usado por sus familiares, los políticos, los comerciantes, los empresarios, los maestros y... los héroes de la pantalla.

“El niño poco a poco cambia el uso de la agresión como mecanismo de actuación ante quien le priva de lo esperado como positivo, por el

efecto: encontrar placer en ser así tras ver (sobre todo en la pantalla) cómo los que utilizan esa vía de acción obtienen recompensas sociales y materiales. Además, hoy ni los padres ni el colegio quieren imponerse sobre los niños, creando un dejar hacer que en muchas ocasiones está generando auténticos monstruos.” Clemente (2005)

Considera que algo que se olvida con demasiada frecuencia cuando se trata el fenómeno de la violencia es que los menores de edad son los mejores consumidores porque “posibilita y promueve la venta de muchos productos, presionando a los mayores. Además, es el promotor ideal de productos porque no maneja, ni sabe hacerlo, el dinero y tampoco sabe valorar el costo del producto. Aún más, es totalmente acrítico sobre lo que se le ofrece.

Clemente anota: “El niño carece de alternativas de pensamiento para prever que existen otras vías de diversión, de alimentación o de asistencia a espectáculos, al margen de lo publicitado. Si todos fuéramos niños, los publicitas vivirían encantados”.

También combate el mito de que hay horarios para que los niños disfruten de la televisión. En un estudio que realizó encontró que durante las horas de programación para los adultos, el 30% de los menores están frente a la televisión. Se refiere, concretamente, al horario de 22 a 23 horas. Un 15% sigue todavía ante el televisor de 23 a 24 horas, y el 5% ve televisión hasta una de la mañana. La edad de estos niños fue de 4 a 12 años. Y explica:

“A los niños les gusta la violencia, porque la no violencia sólo se puede aceptar, comprender y valorar si alguien, un adulto, explica al menor que la vía de la razón es la única válida. La televisión no explica ni razona, normalmente sólo transmite acción; normalmente los padres no ven la televisión con sus hijos, y tampoco la critican. En pocas palabras, no se explica nada a los niños, por lo que éstos no pueden entender el sentido de la no violencia”. (Clemente, 2005)

Sobre este problema incide el hecho de que la violencia en los medios de la comunicación es un negocio financiero “de enormes proporciones”, como asevera Huesmann (1995). Su virtud, desde este punto de vista, es que atrae a enormes cantidades de espectadores y es barata. Esto ocasiona que los grandes capitales que produce puedan financiar investigaciones para desvirtuar los efectos de la violencia mediante estudios elaborados ad hoc para seguir promoviendo la violencia menoscabando las voces que se levantan en contra.

Huesmann (1982, 1988) investigó la conexión entre la violencia en los medios y la violencia en la realidad, en menores de edad. Encontró que la visión de espectáculos violentos por los niños ocasiona que aprendan “pautas o guiones” de conductas agresivas complejas y, además, de creencias y actitudes que a sus ojos justifican la agresividad.

Huesmann (idem) define a las “pautas” como conjuntos de conductas, creencias y valores que usan los menores para resolver problemas de interacción social de acuerdo a modelos adoptados de las escenas violentas. Estas pautas llegan a manifestarse de forma automática, es decir, se convierten en “guiones” para dar respuestas tomadas de la pantalla ante situaciones reales.

Este investigador plantea que:

“Después de que la observación le sugiera una cierta pauta comportamental, éste recrea en su fantasía el tipo de conducta en cuestión. Esta repetición cognitiva de la pauta comportamental hace que su uso sea más probable.”

En apoyo a su hipótesis de que el proceso por la visión de escenas violentas lleva al comportamiento agresivo en menores, Huesmann (1995) realizó una investigación bibliográfica y encontró que, en ese plano, su hipótesis está respaldada por numerosos estudios entre los cuales destacan, según cita, los de

Dominik y Greenber, 1972; Drabman y Thomas, 1975; Gerbner y Gross, 1980 y, Crick y Dodge, 1994).

Todos ellos concluyen que la violencia en la televisión cambia también las creencias y actitudes de los niños en torno a la violencia misma. A medida que aumenta la frecuencia de escenas violentas que ve el niño, acepta cada vez con mayor convicción que la violencia es un medio para alcanzar fines importantes y que su uso es válido.

Thomas y Drabman (1975) y Gerbner y Gross (1980), citados por Huesmann (1995) encontraron que hay una relación comprobada entre quedar expuesto a frecuentes escenas violentas en la televisión e involucrarse en acciones violentas en la vida real. Estas acciones violentas de la vida real, están matizadas por lo visto en la televisión. También es relevante el hecho que consignan estos investigadores en el sentido de que este cambio de creencias que determina comportamientos, no es exclusivo de los niños, sino que se observa también en jóvenes y adultos.

Por las características mismas de las creencias que configuran actitudes, son más influyentes sobre la conducta, a medida que disminuye la edad del sujeto de tal modo que su efecto es muy importante en menores e importante en jóvenes (Thomas y Drabman, 1975). Esto es más evidente, en la formación de creencias y actitudes que generan conductas hacia ciertos grupos de personas, por ejemplo, contra personas de raza negra, policías y prefectos escolares. (Crick y Dodge, 1994).

En esta misma línea de investigación, Urra (1995) trató de observar la manera cómo la televisión puede generar conductas agresivas no sólo en menores de edad, sino también en adultos. En su primer análisis de la violencia en la televisión, encontró que, si bien la violencia existe por sí misma en la sociedad, la televisión la exagera, la explota, la recrea, la enriquece con colores, sonidos y movimientos, y la entrega multiplicada por mil.

Otra diferencia que encuentra entre la violencia social real y la fabricada por la televisión, es que la visión de la violencia real en el niño se restringe a su medio, que puede ser muy pacífico o muy agresivo, sin embargo, la televisión trasciende estas diferencias y lleva la violencia social real de todos los medios, a todos los niños, y además, extraordinariamente exagerada (Urra, 1995).

En la actualidad, se ha perdido la vivencia de calle, de barrio, donde crecían los niños, educados y cuidados por todos; surge ahora una cultura más individualista que supone el enclaustramiento de los niños en el hogar y poca interacción con las figuras familiares.

El niño queda en indefensión ante todo, absolutamente todo lo que le presenta la televisión y es ella la que lo educa, en el sentido de que le inculca todo tipo de creencias que generan actitudes nacidas de lo menos valorable de la televisión, es decir, de lo que es más comercial. Así han crecido varias generaciones; desde que existe la televisión, influidos por ella, dice Urra. Este investigador agrega que:

“Las televisiones, como prueba de cambio democrático, hacen gala de su libertad. Se habla de todo y se puede ver todo; todos pueden elegir y nada se oculta. Nadie parece haber pensado que los niños no tenían ni tienen capacidad crítica plenamente establecida y les hemos quitado los avisos, la protección en suma. Las televisoras comprueban que uno de sus adeptos es el niño: la publicidad debe incidir sobre él, y se producen programas que fomentan su atención.

Los valores fundamentales que aprende el niño en la televisión es “...que el motor de todo es el dinero, el egoísmo, la satisfacción individual”. Urra hace notar que el comportamiento de los niños de finales del Siglo XX hubiese sido calificado como asocial antes de la existencia de la televisión y que actualmente, esa conducta asocial, es la normal. La generación actual, dice Urra, se identifica en el individuo joven que va sentado en el metro, mientras una persona de edad avanzada va de pie. Son los valores que ha modificado la televisión.

La modificación de creencias y valores que nacen del uso de la violencia, considera Urra, no ha sido debidamente valorada por la sociedad, parece no haber conciencia de la enorme importancia que tiene el uso del cambio de valores: lo que domina es la idolatría por lo que no está vivo: autos, casas, computadoras, aparatos y un menosprecio por lo que está vivo: los niños, las plantas, los animales, la biosfera.

Según Urra, el cambio de valores que globalmente disminuyen la calidad de vida de la población, obedece, en parte, a la forma cómo se presenta la violencia. Se enseña a los niños que usar la violencia y la agresión para conseguir nuestros objetivos se pueden usar impunemente. No sólo no tiene consecuencias, sino que la agresividad y la violencia son gratificadas. Esos son los valores que el niño, abandonado a su suerte, aprende.

Urra termina por clamar por algo que parece utópico: velar por los valores que definen el desarrollo de los menores.

“Los niños son miméticos y la TV presenta la violencia como natural y cotidiana; nos acerca a un modelo de sociedad donde la vida del otro tiene escaso valor. La TV envilece. Hemos de educar a los niños haciéndoles activamente críticos ante la avalancha de mensajes publicitarios y de programas donde la violencia se recrea en sí misma”.

Para González (2005) las consecuencias de exposición de los niños a escenas violentas en la televisión son la inoculación en su mente de creencias y valores que se traducen en: aprendizaje de conductas agresivas, desensibilización, temor injustificado, justificación de la violencia y excitación.

En el aprendizaje de conductas, González coincide con Urra, en que el valor más nocivo, de mayor probabilidad de aprendizaje y más reactivo a la extinción, es el que usar la violencia conduce al logro de las metas personales, convierte al

agresor en una persona atractiva y es un comportamiento que no tiene consecuencias nocivas.

En cuanto a la desensibilización, González considera que la creencia que adquiere el niño es el poco valor que tiene la vida en general, humana, animal o vegetal. Los valores que se derivan de esa creencia, llevan a considerar al mundo vivo en dos posibilidades: los buenos y los malos. Los primeros son los que piensan como uno y los malos, quienes piensan de otra manera. Estos últimos deben ser destruidos, lo que es un valor antinatural.

El temor injustificado nace, según González, de la percepción del uso indiscriminado de la violencia para resolver cualquier situación, según se muestra en la pantalla televisiva. Esto genera creencias y posteriores valores en el sentido de que la vida es extremadamente peligrosa y que la lucha entre “los buenos” y “los malos” está presente en todo el tiempo y el espacio. El temor injustificado puede llevar a conductas de agresión contra sí mismo, por ejemplo, el aislamiento o contra los demás.

La Justificación de la violencia, escribe González, es un valor que se adquiere a partir de la creencia de que usar la violencia es el medio para lograr nuestros fines. El niño piensa que comportarse en forma agresiva es lo correcto, le sorprende que se incremine por ello y adquiere la actitud de intensificar su agresión para que no se trate de impedirle que sea violento,

Excitación es el fenómeno, comprobado en muchos estudios, de aumento de la agresividad después de ver escenas violentas. El estudio clásico consistió en mostrar a los niños una película en la que aparece un muñeco de hule, inflado con aire y un peso que lo hace levantarse por sí mismo cuando cae en posición horizontal. En una primera película los niños ven una escena en donde nada malo le ocurre el muñeco. Después, salen a un salón de juegos en el que está un muñeco igual. Lo observan y lo tocan. En una segunda película se muestra cómo

se golpea al muñeco. Salen al salón de juegos y los niños comienzan a golpear al muñeco.

Este fenómeno de excitación no es privativo de los niños y se ha comprobado en adultos. González señala que este fenómeno incide, sobre la conducta humana en general, y la de los menores de edad, en lo particular.

Este autor investigó también las variables de nivel socioeconómico, desintegración familiar y consumismo en su relación con la violencia. En el caso del nivel socioeconómico encontró que la agresividad es semejante en niños –pero no en adultos – de niveles socioeconómicos bajo, medio y alto. De hecho, comenta que en el nivel alto, los índices de agresividad van en aumento y pueden superar al nivel bajo. Aclara que agresividad no es lo mismo que delincuencia.

En cuanto a la desorganización social que frecuentemente tiene como consecuencia la desintegración del núcleo familiar, informa que el abandono de la familia por parte de su jefe, es cada vez más frecuente, lo cual aísla aun más al menor, que ve reducido el contacto con el único padre que aún está con él, tanto en cantidad como en calidad, genera angustia y frustración, que propicia la adopción de valores y comportamientos violentos.

La ausencia de la figura paterna es especialmente perjudicial para el niño debido a que se le priva de un modelo a seguir, cualquiera que este sea, y por lo tanto la probabilidad de que adopte como modelo a un personaje de la pantalla, generalmente violento y que además, resuelve frustraciones, es muy alta. El abandono de la figura paterna es un caldo de cultivo para la conducta violenta a partir de creencias y valores pervertidos.

Otras variables que promueven la adopción de creencias y valores relacionados con la violencia son el maltrato físico y el maltrato psicológico. González menciona que ambos tipos de maltrato, por definición, tienen una sobre carga de agresividad cuyo efecto, sobre el menor es la percepción de que el que infringe dolor y

sufrimiento, es el fuerte, el que domina, el que somete y el que usa la violencia. Considera que un alto porcentaje de adultos violentos fueron niños vejados física y psicológicamente. Evidentemente, todo daño físico lleva aparejado un daño psicológico, pero no toda agresión psicológica, aclara, conlleva daño físico.

Otra variable que promueve los valores emanados del uso de la violencia es la exaltación que se hace de la competitividad en el ámbito laboral y profesional. Se ha convertido a la competitividad en un valor que con apoyo de la violencia se convierte en virtud, de acuerdo con González. Todo se vale con tal de ascender, o para destruir al competidor. Los padres quieren que sus hijos “sean competitivos” y los instan a usar la violencia con tal de imponerse a los demás. Le llaman a esto “tener mentalidad de ganador”. Entonces, los valores paternos sumados a la violencia televisiva, apabullan al menor, lo convencen de que la agresividad es realmente “lo bueno”. Y su sistema de valores queda deformado.

Fabrizio (2000) afirma que es impresionante el volumen de información que reciben los menores de edad a través de la televisión y que casi el 80% de ellas contienen violencia. Manejar este volumen de información y discriminar lo correcto de lo incorrecto, lo real de lo irreal y positivo de lo negativo, es una tarea imposible de realizar por el menor. Considera que es absurdo pensar que puede llegar a hacerlo.

Lejos de ello, al no estar capacitado para discriminar, tanto por la cantidad de información por su inmadurez biopsicosocial, forma creencias nebulosas que poco a poco se configuran en valores que rigen su conducta. La información que sirve de base a la formación de estos valores, son, subraya Fabrizio, “... terribles asesinatos, robos, mentiras, envidias, engaños, deslealtades, arbitrariedades, fraudes”.

Debido a que es un hecho incuestionable que la televisión es un aparato “de gran importancia en los hogares porque proporciona entretenimiento de una manera relativamente fácil y gratuita”, explica Fabrizio, se ha convertido en la forma más

común de descansar y liberarse del estrés del trabajo. La televisión cumple relativamente bien con esta función, pero para que esta función sea completa debe evitar que el televidente razone y aún, que piense. El televidente descansa y con un aparato crítico disminuido al máximo, o inexistente, queda configurado para el consumismo.

Y concluye que el menor observa hechos que promueven valores en la pantalla y en su propio seno familiar, de manera que no está en condiciones de poner en duda las creencias y valores que le proponen y por el contrario, se convence de su veracidad y utilidad y entonces el círculo vicioso se establece.

Medina (2000) cita la afirmación de Fuenzalida (1994) de que la televisión es un agente de socialización que “afecta todo los aspectos de ésta”. Ella plantea que la influencia de la televisión en el desarrollo y socialización de los menores de edad, está fuera de duda:

“El niño, después de observar episodios violentos, puede que no actúe violentamente pero esto no significa que no haya aprendido una solución agresiva. A medida que son mayores, la conducta agresiva refleja más estilo interpersonal que cada uno está desarrollando”.

El origen de esto, explica Medina, es que los menores de edad establecen sus conclusiones morales a partir de la observación de las conductas que son castigadas y las que no lo son. En este marco, la probabilidad de que imiten las conductas que no tienen consecuencias negativas, sobre las que sí las tienen, es alta. Y la televisión falsea la realidad al no dar consecuencias negativas a los actos violentos (incluyendo los asesinatos). Creencias y valores de los niños se deforman en este escenario.

Esta investigadora se pregunta si en la vida cotidiana la violencia es reforzada. Al investigar encuentra que:

“la violencia real afecta mayormente a la gente que la violencia irreal. En un estudio se comprobó que los niños luego de ver un episodio de violencia real eran más violentos que los que vieron un episodio ficticio. A diferentes edades, los niños consideran reales cosas muy diferentes, los niños pequeños consideran como "real" todo aquello que puede ocurrir, pero comprenden a muy temprana edad que los dibujos animados son menos reales. Aunque los niños sepan que los dibujos animados no son reales, el ver frecuentes episodios de violencia igualmente aumenta en ellos la agresividad”.

Hearold (1986), otro investigador de este problema, considera ineludible que los televidentes hagan un análisis del contenido de los programas y se esfuercen por definir, al menos, “si lo que presentan es información real o es información incompleta, o desde una visión que permite conducir a la persona por donde más convenga a los intereses de las televisoras o de quienes pagan la información”. Y especifica;

“Al no hacer este análisis se convierte en un público pasivo u “hombre-masa” que recibe la información tal como se la dan y se da el fenómeno de alineación o de la anulación de la identidad y su capacidad crítica. La violencia es un medio que utilizan para que a través de la distorsión de la realidad sean más atractivos los programas para el televidente. La televisión magnifica la violencia e inculca valores en base a todo lo que llame la atención del espectador sin importar la ética o la calidad, pero aseguran una audiencia cada vez mayor”.

Hearold (idem), considera que las orientaciones culturales, la visión que se tiene del mundo y las creencias y los valores están influenciados de manera relevante por lo que se presenta en la televisión. Esto ha conducido a la “cultura de la

agresividad” que ha sido adoptada en la mayor parte de los países del mundo y que “contribuye al desarrollo de conductas y actitudes agresivas” que están constantemente realimentadas por lo que se presenta en los programas televisivos.

Tan temprano como en la década de los setentas, Bandura (1976) estableció que:

“... a través de la observación del comportamiento puede uno aprenderlo, esto se puede hacer desde modelos de la realidad o a través de imágenes y la televisión es la principal proveedora de imágenes para imitar, por lo que se puede sostener que los medios provocan comportamientos violentos, aprendizaje de actitudes violentas y la demostración de insensibilidad ante los hechos reales de violencia, al ser imitados por los televidentes.”

De acuerdo con Bandura (1986) la violencia se manifiesta en diversas formas ya que, por ejemplo, puede ser pacífica o violenta en sí misma para resolver conflictos familiares, para cometer un asesinato, premeditado o no, para justificar y ganar una guerra y tiene además diversas características que permiten clasificarla de diferentes maneras cuando es usada por niños, entre jóvenes, entre adultos, en el hogar o colectivamente. En todo caso, son manifestación, de acuerdo con Bandura, valores, actitudes y aptitudes que conducen a comportamientos violentos.

Si bien existen otras variables que influyen en hacer o no realidad una conducta violenta en un individuo dado, encontró Bandura en sus investigaciones, el hecho es que el origen está en la observación de actos violentos y en la formación, a partir de estos de creencias, que se transforman en valores los cuales conducen a actitudes en el individuo que promueven comportamientos agresivos.

Sanmartin (2005), parte de cuyas investigaciones incluimos en capítulos anteriores, hace notar que “la televisión no crea la realidad, sino que la toma y la recrea en el contexto que conviene a sus intereses, los cuales están condicionados por los aspectos culturales de donde se toma la realidad”.

Y también observa algo que es fundamental, la ambivalencia de la opinión del televidente ante la violencia de la programación de la televisión. La rechaza, pero le fascina. Por más que hable en contra de ella, no dejará de ver los programas que la contienen. Sanmartin considera que esta contradicción es un punto clave que aprovechan los productores de programas y que lleva al fenómeno de que entre más críticas recibe la violencia en la TV, más se incrementa en ella.

Este investigador propone que no se pierda de vista que la programación televisiva se integra con base en las preferencias del espectador, comprobadas bajo diversos medios, tan sofisticados como costosos y certeros. Convencidas de que la violencia es atractiva a la mayoría estadísticamente significativa, aunque verbalmente la rechacen, aprovechan esta contradicción recreando la realidad con exageración de los actos violentos pero presentándolos “como hechos normales y legales con lo cual se identifican con los personajes y situaciones”.

Lo notable de esta situación, observa Sanmartin, es que:

Las preferencias por los actos violentos en la televisión se basan en la forma como se presentan, es decir sin sufrimientos y sin consecuencias. Esta es la diferencia entre la pseudo-realidad de la televisión y la realidad de la vida. Así se explica que la mayoría de los televidentes, en franca contradicción, condenen la violencia pero sean adictos a los programas donde abundan golpes, balazos, asesinatos y riñas.

Pero ¿qué dicen a todo esto los propios niños? No se ha realizado un estudio de este tipo en México, pero sí en Chile. La revista *Corriente de Opinión*, realizó una encuesta entre los niños, con tema de la violencia.

Ocurre que a los niños de la muestra chilena tienen las siguientes preferencias televisivas: en primer lugar, los dibujos animados; en segundo, las telenovelas y, en tercer, las películas. Los niños encuestados fueron primario (segundo básico en Chile) y secundario. De los dibujos animados prefieren Dragon Ball y Sailor, los dos que presentan los mayores índices de violencia en otros estudios.

En cuanto a las películas, su género preferido es el de “acción” y, en segundo término, las de “terror”. Cuestionado acerca de por qué les gustan estos géneros, la respuesta más frecuente fue “por entretenimiento”, seguidas, en orden de mayor a menor, por “la enseñanza y la violencia que se ve” y “enseñan a pelear.

A la pregunta si les gusta o no la violencia en los programas televisivos, la mayoría (16.2%) contestaron que era la razón para elegir los programas que ven; en segundo término estuvo “por entretenimiento”. Pero en este punto hubo una diferencia, los más pequeños ponen en primer lugar el entretenimiento, y en segundo la violencia. Es decir, se da una inversión a media que los menores crecen.

También hay diferencias de género. Las niñas escogen la violencia en tercer lugar. Y en general, niños pequeños, de uno y otro género, contestaron que la violencia era una de las razones por las cuales rechazaban ciertos programas.

Queda claro en la encuesta que los dibujos animados preferidos son los más violentos. El tercer lugar lo ocupan Los Caballeros del Zodiaco. De las películas, pocos recordaron nombres de ellas, pero si escenas violentas (entre las que se incluyen las de artes marciales). De los noticieros lo que mejor recuerdan, son los asesinatos.

¿Por qué se identifican con ciertos personajes de la televisión? En primer lugar, por sus atributos físicos, en segundo, por ser exitosos (en el contexto del contenido) y, en tercer lugar, porque poseen poderes o habilidades fuera de serie. En este punto es notable su admiración por las artes marciales, que ellos identifican con un personaje llamado Gokú, de una serie de dibujos animados procedente de Japón.

Los resultados de esta encuesta confirman las hipótesis de los investigadores mencionados en este trabajo y las validan. La formación de valores en los menores de edad es, de manera cada vez más clara, la variable dependiente de la violencia televisiva. Parte de esa formación puede también estar matizada por variables “extrañas” o propias del ambiente, pero la variable independiente más claramente identificada y probablemente la principal en la formación – deformación de valores, es la programación violenta televisiva.

d) PERSPECTIVA TEÓRICA

A través de la revisión de las investigaciones, encuestas y estudios mencionados en el marco teórico, se confirman la Teoría de Bandura y de un conjunto de investigadores latinoamericanos y de habla inglesa acerca del aprendizaje de la conducta social cuando se refiere al hecho de que la observación de algunos comportamientos puede llevar al aprendizaje de ellos.

Esto es especialmente notable en los comportamientos violentos que presenta la televisión que significan, para los menores de edad, modelos de la realidad que imitan y convierten en creencias y valores. Esta exposición a las escenas violentas es constante y sistemática porque la televisión está presente en sus vidas cotidianamente y durante gran parte del tiempo que permanecen despiertos en sus hogares.

En esta perspectiva, la violencia que presenta la televisión se convierte en la promotora y educadora de conductas agresivas y violentas y en formadora de valores que dirigen la conducta de los menores.

Como se verá en este trabajo, se trata de un fenómeno universal cuyas consecuencias sociales son, de acuerdo con los estudiosos e investigadores del tema, una preeminencia de la violencia como medio para solucionar problemas, adquirir significado social en la comunidad y adquirir los bienes deseables de la vida.

Después de realizada esta investigación documental, se comprueba que existe una relación entre la violencia que difunde la televisión y los trastornos de conducta que afectan a la sociedad desarrolladas por niños menores de 12 años. De igual manera, encontramos que se han realizado investigaciones en las que se comprueba que se relacionan la agresión y la violencia presentadas en las series infantiles y caricaturas, con incrementos de conductas agresivas de los niños que las miran sistemáticamente.

Por último encontramos que varios autores han encontrado que la observación por los menores de 12 años, de homicidios intencionales y actos de violencia en los programas de televisión altera su proceso de formación de valores y actitudes.

3. PROPUESTA

Los magnates de las televisoras tienen la obligación social de preocuparse por diseñar programas para entretener y educar a los niños de una manera responsable, que apoye el desarrollo y equilibrio emocional y moral de los pequeños. Para ello, tendrían que realizar programas basados en un interés social en los que se ensalcen los valores morales y culturales, de tal manera que los niños desarrollen un sistema de valores que les permita convivir armoniosamente en su núcleo social.

Evidentemente, lo ideal sería que no basaran el diseño de su programación exclusivamente en el interés comercial, que es actualmente el verdadero y único objetivo de la televisión. Un ejemplo claro de esto es que, en el contexto de la máxima violencia histórica en la República Mexicana, dan una promoción extraordinaria a los programas de lucha libre, que promueven la violencia.

Como se mencionó antes en este mismo trabajo, está demostrado que se puede presentar programación televisiva no violenta, en la que la base principal son documentales y programas culturales que positivamente enseñan y educan a niños (y adultos) sobre temas diversos, que, además de promover el conocimiento, motivan a los menores a saber más acerca de nuestro entorno.

Mediante esta programación los menores pueden conocer las maravillas de nuestro planeta, de la vida, de la ciencia y de las artes.

Ante el daño que ocasiona la programación basada en el sexo y la violencia, tal y como está en la actualidad y, sobre todo, ante el incremento de la violencia, el cual ha sido de tal magnitud que ha llevado a nuestro país a ser el más violento del mundo, es ineludible que se reorganice la televisión y que los programas documentales y educativos, sean lo fundamental de las emisiones televisivas.

Es claro que los magnates de la televisión no cambiarán, por razones humanitarias o sociales, su programación. Pero es evidente que si pierden audiencia, harán cambios, puesto que, por su “dios”, la ganancia, harán lo que sea necesario.

El hecho de que las televisoras tengan la obligación de diseñar programas para entretener y educar a los niños con una programación tal que apoye el desarrollo y equilibrio emocional y moral de los pequeños, es una realidad incipiente en los momentos en que se realiza el trabajo.

En la República Mexicana existen al menos tres canales de la televisión y de difusión abierta que cumplen con el criterio anterior. Se trata del canal del Instituto Politécnico Nacional (canal 11), el canal del Consejo Nacional de la Cultura y la Artes (canal 22) y el canal llamado Proyecto Cuarenta (Canal 40). Los tres presentan una programación intencionalmente educativa, si bien, únicamente el canal del Politécnico tiene programas específicos para menores, para adolescentes y para jóvenes, los otros dos ofrecen una programación integrada por programas documentales, artísticos, culturales e informativos.

Pero a nivel estatal la respuesta es positiva. La mayoría de los canales estatales de las entidades federativas, tienen una programación educativa y cultural en la mayor parte del tiempo. Es cierto que no tienen la misma cantidad de audiencia que los canales de telenovelas, programas sobre la vida de personajes del espectáculo, y lucha libre. Pero el punto es que existen.

La gama se amplía significativamente en la programación de paga, vía cable o satélite. En ella existen canales dedicados exclusivamente a promover la educación y desarrollo de menores a nivel de preescolar, como lo hace el canal “Discovery Kids”, y otros que fundamentan su programación en la difusión del conocimiento y la cultura en todas sus vertientes. Por ejemplo: hay programación sobre la vida animal (Animal Planet), sobre la historia (History Channel), acerca de la salud (Home and Health Channel), relacionado con la geografía y costumbres de

la diferentes civilizaciones (Travel Channel) y los que difunden temas científicos, sociales, históricos, etnográficos y tecnológicos, como son el National Geographic Channel y el Discovery Channel.

En este sentido, los padres disponen de un espectro significativo de posibilidades para que sus hijos sean influidos de manera positiva por la televisión, aun cuando los menores permanezcan un número significativo de horas frente a ella. Pero ¿lo harán?

Es de dudarse que lo hagan. En general, por razones sociológicas y de valores, a los padres lo que suele importarles es que sus hijos no los molesten en las horas en que descansan después de la jornada de trabajo. Lo que vean en la televisión carece de importancia. Finalmente, como hemos visto, lo que es significativo para ellos es que la televisión cumpla la función de niñera. Por supuesto, no se trata de un fenómeno universal, pero si mayoritario.

Además, los padres ven a la programación educativa como una negación de lo que es la televisión, es decir, como un medio para salir del aburrimiento y la frustración. Por esta razón, los programas educativos les resultan aburridos. Parece ser que, como dice Fromm, una vida sin significado, es sustituida por una vida virtual basada en lo que ocurre en las películas y las telenovelas. Es en ese marco donde muchísimas personas realizan sus vidas.

En consecuencia, los padres transmiten sus valores a los hijos y les imponen el gusto por la programación en la que los valores están trastocados y puestos al servicio de la captación de la atención del televidente para que compre lo que se le propone en los llamados comerciales. En síntesis, no ven a la televisión como un medio de aprender, sino como un medio de emplear el tiempo libre que, de otra manera, se les convertiría en una carga insoportable.

Es un hecho que la probabilidad de que los padres cambien en su actitud ante la programación televisiva, es cercana a lo nulo. Difícilmente cambiarán y menos aún

irán a cursos, pláticas o eventos en los que se trate de concientizarlos. Sin embargo, con ellos es posible hacer algo semejante que con los magnates de la televisión: concientizarlos a través de sus hijos, o, mejor aún, simplemente concientizar a sus hijos.

A pesar de que se dice tan frecuentemente como se incumple, la solución está en la educación.

La propuesta es que se enseñe el uso de la televisión “como medio educativo”. La llamada “Educación para los medios” trata de enseñar a la población a ver la televisión con ojos críticos, a descifrar la intención detrás de la imagen, de la palabra, del hecho presentado. Pero, a nuestro parecer, eso no basta. Es necesario que los menores de edad descubran su potencial para la educación.

Lo ideal es que la enseñanza del uso de la televisión como medio educativo, se inicie con los niños en preescolar. Estos niños no sólo aprenden como jamás lo hará el mejor estudiante de doctorado, sino que, además, su resistencia al olvido es extraordinariamente alta. Su modo de aprendizaje es sencillo, directo, firme. A ellos puede sometérselos a una programación televisivo – educativa y así, enseñarles este uso novedoso de televisión.

En realidad, de lo que se trata es que aprendan el uso de los medios audiovisuales e informáticos, en los que se incluye la televisión como la de más fácil y frecuente acceso, pero que su uso educativo, deriva, en general del aprendizaje por medios audiovisuales, entre los que también se incluyen, por supuesto los recursos computacionales.

La educación audiovisual e informática, iniciada en preescolar, puede reafirmarse en la educación primaria y secundaria. Parece altamente probable que si esto se realiza, sean los niños los que demanden este nuevo uso de la televisión y quizá fueren a sus padres para que la programación que les pongan, sea la educativa.

Aunque esto puede parecer utópico, es más factible que lo contrario, es decir, que se eduque a los padres y que, a su vez, ellos lo hagan con sus hijos.

Enseñar el uso de la televisión como medio educativo no implica ni grandes inversiones, ni altos costos de operación, ni menos aún, una nueva reforma educativa. Aunque aquí se propone que la acción se realice en las escuelas preescolares y primarias, esto en realidad no implica violentar las teorías psicopedagógicas actualmente en boga, es decir, no hay que reeducar a los docentes de este nivel, sólo es necesario actualizarlos.

Esta actualización sería con respecto a lo que está ocurriendo en el ambiente, es decir, lo que ocurre en la propia televisión y en los recursos informáticos. Existe material suficiente y gratuito en Internet para mostrar de manera audiovisual a los menores los hechos tal como ocurren en la naturaleza, en lugar de platicárselos o mostrárselos en hojas fotocopiadas para que los iluminen o les pongan nombres.

El uso tan extremadamente difundido de las “monografías” compradas en la papelería no se justifica en la actualidad, cuando es posible estructurar o “bajar de Internet”, presentaciones en power point, o demostraciones en “youTube”, sobre casi todos los temas.

Es cierto que esto implica el uso de computadoras y cañones en el salón de clases. No parece algo insalvable. De acuerdo con los datos oficiales de la Secretaría de Educación Pública, en el informe presidencial, el 64% de las escuelas ya están equipadas con computadoras (aunque no con cañones y un 43% con pizarrones electrónicos). Las que aún faltan de ser equipadas, si podemos creerle a las autoridades educativas federales, contarán con sus equipos para el final del sexenio.

En cuanto a la educación particular, el acceso a recursos computacionales constituye uno de sus mejores argumentos de venta, de manera que la mayoría de sus planteles están adecuadamente equipados. Por otra parte, no son pocas las

que exigen una computadora portátil como parte de los “útiles escolares”. Y esto ocurre, hasta en preescolar.

De manera que los recursos materiales ya existen. Lo que se requiere es la actualización de los docentes, actualización de un tipo especial ya que la tradicional estrategia de enviarlos a cursos, pocas veces da resultados, ni siquiera mínimos. Lo especial consistirá en lograr un cambio de actitudes respecto a lo cual lo único que se puede proponer es que se hagan investigaciones al respecto. Ya se han hecho algunas en el marco de la Educación a Distancia, en donde se ha llegado a la conclusión de que ningún curso a docentes tendrá efectos sobre la calidad de su desempeño, si no va acompañada de un cambio de actitudes.

La propuesta es, por tanto, que se trabaje en el logro de una metodología para el cambio de actitudes y para la definición de las actitudes concretas que deben de lograrse en los docentes para que, mediante la educación, logren cambios significativos en provecho del desarrollo integral de los menores de edad. Todo esto, con especial atención de la actitud de los niños ante los medios masivos de comunicación.

Como se dijo en líneas anteriores, a los magnates de la televisión lo único que les importan son las ganancias, sin embargo, ellas dependen de los gustos y actitudes de la audiencia. Y si la audiencia cambia, cambiará la televisión y para que la audiencia cambie se requiere de trabajar con las nuevas generaciones. Las generaciones actuales, difícilmente podrán modificar sus actitudes y valores

Sin embargo, para los docentes, de preescolar a doctorado, el uso de los medios informáticos son recursos a los que no pueden estar ajenos y por lo tanto deben actualizarse constantemente en su uso, para el mejor desempeño de la labor profesional.

La lectura y la escritura pueden usarse para leer pasquines y tabloides sobre actos intrascendentes de personajes de telenovelas. O puede usarse para leer el Quijote, la Divina Comedia, a Dostoyevsky o a Kafka, a la poesía o un ensayo. El punto clave es cómo nos enseñaron a usarlo. Lo mismo puede ocurrir con la programación de la televisión.

4. CONCLUSIONES

No obstante que existe una abrumadora cantidad de estudios que indican que la violencia de los programas de televisión que ven los menores de edad, influye en su comportamiento al enseñarles mediante una representación falsa de la realidad, patrones de creencias, valores y actitudes violentas, que se incrementan en cantidad y calidad con el paso de los años, los magnates de la televisión se niegan a aceptarlo.

En general, suelen negar la validez de los estudios y exigen una investigación que muestre una relación directa entre una acción violenta determinada y acciones semejantes realizadas por menores en un número estadísticamente significativos. En general, tienden a hacer creer a la ciudadanía, que si influye, pero sólo en casos excepcionales.

Cuentan con investigadores a su servicio, capaces de sacarlos adelante. Garrido (2002) es uno de ellos. Dice que ya existe un cansancio social porque en los ámbitos sociológico, académico, familiar y hasta político existe una “medifobia” en la cual:

“... se afirma que los medios de comunicación masiva son culpables de casi todo lo malo que ocurre en la sociedad, pues se le atribuye la culpabilidad en la violencia cotidiana que reproducen niños y jóvenes, en el consumismo generalizado, en el empobrecimiento del lenguaje, en la erotización desbordada, en los escasos hábitos de cultura, en la secularización de la vida cotidiana e incluso en la españolización de los catalanes”.

Para exculpar a los medios afirma que en los estudios que culpan a la televisión de promover la violencia, no se tiene en cuenta que las personas pueden ver con distintas actitudes cognitivas los programas, tampoco, dice, se considera la forma como se presenta la violencia y, finalmente, dice:

Si verdaderamente quiere estudiarse científicamente cómo influye la televisión en la conducta, deberían tenerse en cuenta los siguientes factores:

- a) La temporalidad de la influencia, es decir, si se trata de efectos a corto o a largo plazo, y si se dan efectos de acumulación.*
- b) La distinción entre aquellos efectos derivados de la influencia por imitación y aquellos generados por rechazo social.*
- c) La diferenciación entre consecuencias esperables y consecuencias inintencionadas o sorprendentes.*
- d) La profundización en los efectos cognitivos de la violencia vista, más allá de los tradicionalmente destacados efectos imitativos.*

Según él, nada de esto se ha considerado o comprobado y por lo tanto, no es verdad lo que se afirma de la relación entre la violencia y la televisión.

Concluye que:

“ Nadie ha podido aseverar con certeza absoluta una relación causa-efecto entre el consumo de mensajes televisivos y los comportamientos sociales, pues siempre se ponen en juego un importante número de variables sociológicas y psicológicas que a veces explican más eficazmente la conducta humana que la posible parcela de influencia atribuida a los medios, especialmente a la televisión.”

Un segundo ejemplo es el artículo de Quezada (1999) quien después de hacer una revisión histórica de las investigaciones sobre la relación entre violencia mediática y violencia en menores de edad, explica que en los 60's se tenía la certeza de que existía esta relación pero que, en los 80's el educador Schramm no logró establecer, de manera contundente, el grado de influencia de la violencia televisiva en cada individuo, ni cómo esa influencia se hacía real. Además,

consigna Quezada que Schramm en los casos en que pareció encontrar violencia, concluyó que no afectaba por igual a todos los niños.

Consigna que en las décadas siguientes los estudios continuaron pero nunca han logrado la demostración, fuera de duda, de la influencia de la violencia televisiva sobre la conducta que presentan los menores. Pero agrega:

“Lo dicho anteriormente no niega en absoluto la posible influencia de los medios de comunicación en los comportamientos violentos de los jóvenes, sino que sólo pretende llamar la atención sobre el hecho de que esa influencia es mínima y, en cualquier caso, menos decisiva que otras influencias que parecen mucho más evidentes. Porque lo que sí está muy claro es que todos los niños están expuestos a las mismas imágenes violentas de televisión, pero son sólo unos pocos los que acaban cometiendo acciones violentas extremas.

Existen otros muchos estudios por el estilo centrados en la no demostración contundente de la relación violencia televisiva con violencia infantil. Casi todos estos trabajos se centran en demostrar que las investigaciones no han podido demostrar el efecto de la televisión sobre la agresividad de menores. Sin embargo, ninguno de ellos logra demostrar, lo contrario, es decir, que NO influye.

La esencia del problema es que los defensores de la violencia en la televisión exigen pruebas imposibles, es decir, una relación del tipo escena violenta X, conducta violenta X_1 manifestada por el menor. Se trata de una exigencia imposible de cumplir, dice Sanmartin (2005) y corroboran Urra (2005) y Gerbner (1996).

Esteinou (1999) revisó una amplia gama de estudios e investigaciones de defensores de la violencia en la televisión y concluye que, a pesar de los muchos argumentos para desvirtuar los efectos de la violencia televisiva sobre la conducta de los menores de edad, los hechos demuestran lo contrario. La siguiente cita

resume los argumentos de estos defensores de la violencia y presenta el punto de vista de Esteinou (idem).

“Sabemos, acerca de la violencia en la televisión, que no es una aguja hipodérmica que inyecta mecánicamente sus contenidos en los cambios de la población.

“Que existen múltiples formas de interpretar por parte del auditorio los mensajes televisivos que recibe.

“Que por parte de los emisores no existen efectos acabados sobre los auditorios como hemos creído en años anteriores.

“Que no es omnipotente para producir procesos mágicos.

“Que normalmente refuerza tendencias previamente ya existentes en el seno de las comunidades.

“Que la conciencia humana no solamente se produce por la acción simbólica de la televisión, sino por un conjunto más amplio de relaciones sociales y de redes culturales que impactan sobre la inteligencia y la sensibilidad de los individuos.

“Que su efectividad de convencimiento no depende totalmente de las imágenes que se transmiten sino de otros procesos sociales complementarios, etc.

“Pero también sabemos que, a través de las propiedades físicas que ha conquistado y de los hábitos educativo-culturales que ha formado, la televisión cuenta con un alto margen de eficacia persuasiva comprobada para crear y cambiar las formas de pensar y actuar, no sólo en México, sino en el mundo”.

Esteinou (1999), Sanmartin (2005), Urra (2000), Vidal (2000) y Blanco (2000), hacen notar la manifiesta y fundamental contradicción que existe en cualquier investigación acerca de la influencia de la televisión sobre la conducta de grandes núcleos de población. Dicen: si se llega a demostrar que la televisión NO influye en la conducta de grandes masas, entonces ese negocio ultra millonario no tiene razón de ser. Miles de anunciantes dejarían de pagar enormes cantidades de dinero por anunciarse en ella, porque carecería de sentido hacerlo si no es un medio que influya sobre los televidentes para que compren el producto.

La industria televisiva se destruirá a sí misma el día que demuestre que no tiene influencia sobre la conducta de la población en general, y de los menores en particular (Blanco, 2000).

Esteinou (2000) señala, además, que si bien no puede demostrarse matemáticamente la influencia de la televisión sobre la sociedad, hay evidencias que la demuestran. Dice que en la actualidad la televisión es la principal red educativa que cambia, con extraordinaria rapidez, profundidad y agilidad, las cosmovisiones, los valores, los sentimientos, las actitudes, los hábitos y las conductas de los receptores. Y respecto a México, dice:

“La televisión, en síntesis, dirige la cultura cotidiana en cada sexenio de gobierno. Así, la televisión se ha convertido en el principal mediador cultural, a través del cual el Estado articula ideológicamente a nuestra sociedad, convirtiéndose en la principal organizadora colectiva de la historia moderna de México”.

En 2002, en contra de todos los argumentos en defensa de la violencia en la televisión, la revista *Science*, que tradicionalmente se toma entre los científicos como la última palabra en cuestiones científicas, publicó un estudio, con el adecuado rigor metodológico, en el que se concluye:

"Existe una relación bidireccional entre la violencia televisiva y el comportamiento agresivo" En efecto, los niños que habían visto la televisión una media de una a tres horas diarias, más tarde, entre los 14 y los 16 años, tenían una probabilidad del 60% de implicarse en peleas y agresiones de diferente tipo. Y, al revés, los individuos potencialmente violentos eran los más propensos a ver la televisión" (Johnson, 2002)

Este artículo confirmó los datos publicados por Huesmann y Eron (1982), de la Universidad de Michigan, que hicieron un seguimiento a 856 estudiantes a quienes investigaron tres veces, la primera cuando tenía 8 años, la segunda, cuando esos mismos estudiantes tenían 19 años y la tercera, cuando cumplieron 30 años. La investigación se inició en 1960.

Encontraron, en la primera observación que los niños de 8 años que veían más televisión, eran más agresivos que quienes la veían menos. Cuando llegaron a los 19 años de edad, los que habían tenido problemas con la ley provenían, en mayoría estadísticamente significativa, del grupo que veía más televisión. Finalmente, a los 30 años, los de grupo de "más tiempo ante el televisor" comprendía a un número significativo de sus miembros con participación en crímenes, de maltrato a sus hijos y de maltrato a las mujeres, en especial, a sus esposas (Esteinou, 2002).

Este estudio que presenta datos razonablemente contundentes sobre la influencia de la programación televisiva sobre la conducta de los televidentes niños y jóvenes, fue difícilmente desvirtuado por los defensores de la "libertad de expresión" que trabajan para los consorcios televisivos, pero, desde luego, lo han combatido diciendo que "otras variables" pudieron haber intervenido para llegar a los resultados del estudio.

Rowell, (2005) analiza esta controversia y llega a la conclusión de que:

“Siempre habrá críticos que no aceptan que la televisión es nociva para los menores, pero la evidencia en contrario es abrumadora. El efecto de la violencia de la TV, sobre la agresividad en el público quizá no sea estadísticamente significativa, pero los hechos indican que está enseñando a las nuevas generaciones a ser más agresivas, en la peor acepción del término”.

Lo importante de la aportación de Rowell es que metafóricamente explica por qué no ocurre la significatividad estadística, mediante el tabaquismo. Dice que está demostrado que el tabaco produce cáncer, no tanto porque el número de casos de cáncer sea estadísticamente significativo, sino porque los elementos que se aspiran producen cambios químicos nocivos en el organismo. Estos cambios nocivos no ocurren de inmediato, sino a lo largo de muchos años y aunque es estadísticamente significativo el número de fumadores que contraen cáncer, hay algunos que se libran de él.

Agrega que sería imposible demostrar la relación entre tabaquismo y cáncer si la industria cigarrera exigiera que se demostrara que la persona fumara un cigarrillo y enseguida comenzara a mostrar síntomas de haber contraído el cáncer. Hace notar que esa es la postura de la industria televisiva y que por eso se ufana de que “ninguna responsabilidad se le ha comprobado”.

Sanmartín, (2005) lleva adelante esta explicación con la metáfora de la rana. Si en una olla de agua hirviente se arroja a una rana, ésta muere de inmediato, explica, pero si se arroja a la rana a esa olla cuando el agua está fría, nadará a gusto. Luego se prende el fuego y el agua se irá calentando poco a poco, la rana no morirá al instante, sino poco a poco, hasta que el agua llegue a hervir. Indica que la industria quiere una demostración del primer caso; cuando en la realidad, ocurre lo del segundo. Escribe:

“Los programas violentos influyen de manera diversa en los niños, para ellos, los que no tienen justicia son particularmente impactantes.

No se confirma que los niños violentos per se, sean más susceptibles, ello depende más de la frecuencia que de las variables históricas”.

Ante las evidencias cada vez más irrefutables sobre la influencia de la violencia televisiva sobre la formación de creencias, valores, actitudes y conductas de los menores, que al paso del tiempo, afecta a toda la sociedad, el segundo argumento esgrimido por los consorcios de la televisión es que “es responsabilidad de los padres” y no de las televisoras, lo que ven los menores de edad.

Sanmartín (2005) responde a este argumento con una evidencia social cotidiana:

“No pueden eludir su responsabilidad los programadores y productores. Los padres no pueden tener ese control ya que socialmente hay muchas televisiones en una casa y los padres están ausentes por razones laborales. Lo que en realidad ocurre es que la violencia y la acción venden. Se trata de negocios multimillonarios”.

Este hecho, irrefutable, es decir, que los padres no pueden atender a sus hijos, tiene, una vez más, el efecto de agravar el estado de indefensión del menor de edad, y el sesgo de su vida futura.

Blanco (2000) al comentar la controversia acerca de los efectos de la violencia televisiva en los pequeños hace notar que Durkheim (1928) afirma que cuando imitamos una conducta previamente observada, no nos limitamos a ejecutar la misma acción, sino que nos estamos sometiendo “a la presión directa o indirecta que la colectividad ejerce sobre nosotros para prevenir las disidencias y mantener íntegro ese sentimiento de respeto” (Durkheim, idem), es decir, cuando imitamos reproducimos la conducta más la “marca social”. Y cuando los objetos de imitación son los modelos procedentes del medio televisivo esa marca social tiene el conocido nombre de “ideología”.

Un punto clave, observa Blanco (idem), es que los medios de comunicación de masas, al ser ajenos a cualquier propósito y objetivos científicos, entrelazan hechos y valores sin necesidad de rendir cuentas a teoría o método científico alguno; tan sólo necesitan responder a su conciencia. Y agrega:

“La idea de que los medios como “constructores de actitudes” en tanto que dotados de una gran capacidad para “fijar selectivamente la atención sobre algunas partes del entorno” o “jerarquizar para la colectividad la importancia de los problemas”, constituye hoy en día un principio que sólo desde una extrema ignorancia o desde un interesado cinismo cabría poner en tela de juicio.

Concluye que los trabajos de Sanmartin, (2005), Gerbner, (1980, 1996,1997), Urra, Clemente, Vidal, (2000), Medina, (2000) y otros muchos, demuestran, sin tener que acudir a la estadística, que la televisión *“esta atravesada de parte a parte por un afán comercial sin alma”* pero con un claro fondo ideológico que se hace evidente en la programación y en la forma como presenta la información.

Considera que los trabajos del decano de la investigación sobre violencia televisiva y agresividad infantil, George Gerbner, realizó un diagnostico muy parecido tanto en el fondo como en la forma, desde su primer trabajo, en los 60's. Escribió: *“aunque ese mundo que presenta la televisión pueda parecer convencional y ‘normal’ está, de hecho, lejos de cualquier realidad que no sean los valores de consumo y el poder social”*

De especial importancia es lo que Blanco, (2000) ofrece en apoyo de las investigaciones que indican una relación entre la violencia televisiva y el comportamiento agresivo. Recuerda lo que en 1977 escribió Bandura.

“La televisión puede servir de instrumento eficaz para el desarrollo y enriquecimiento del hombre, ya que puede enseñar habilidades, ampliar su perspectiva e informarle sobre asuntos que influyen en su

vida. Sin embargo, en la práctica, se utiliza más con fines comerciales que para conseguir el desarrollo personal y cultural. Incluso en países en donde los sistemas de radiodifusión son de propiedad pública, la publicidad multinacional presiona hacia la comercialización de los mismos, y resulta difícil resistirse a las grandes cantidades de dinero que las firmas anunciantes pagan por hacer publicidad de sus productos.” [Bandura, 1977].

El objetivo de la producción es la audiencia y su mantenimiento. Para lograrlo, concluye también, no importa en absoluto el daño que puedan hacer a la sociedad o a los menores de edad. Cita que cuando la serie Pokemon recibió críticas y se generó una polémica, los productores sólo atendieron a un elemento, que la violencia generaba mayor audiencia. Y la aumentaron en los capítulos subsiguientes.

“La televisión – agrega Blanco - convierte en valor central el consumo, el consumo suntuario, aquel que crea de manera artificial la producción y en torno al cual se ha erigido toda una parafernalia mediática con el fin prioritario de provocar su demanda cerrando de esta manera un círculo perfectamente artificioso que se nos quiere vender como ‘natural”

El problema esencial es que existe una relación innegable entre violencia televisiva y comportamiento agresivo, éste se incuba a partir de la exposición a escenas violentas en la pantalla televisiva, que incluye obras de la cinematografía, y se desarrolla, con alta frecuencia, a medida que la persona pasa de la niñez a la juventud y a la adultez. ¿Qué tan fundamentado es esto, independientemente de la controversia entre investigadores a favor o en contra?

Se ha visto, hasta aquí que numerosos estudios indican que la conducta violenta sí es inducida por las escenas violentas de televisión, y que este hecho es cierto aún cuando los defensores de la industria televisiva exijan pruebas bajo una

metodología que ellos mismos consideran la única válida y que es inaplicable al fenómeno estudiado. También se ha dicho que si las pruebas que piden sus defensores se llega a realizar, sería el fin de la industria televisiva, demostraría que es inútil anunciarse en la televisión porque no induce conducta alguna en los televidentes.

A partir del hecho que sí existe una relación entre la violencia televisiva y la conducta agresiva, Blanco (2002) busca el fundamento psicológico de esta relación. Recurre en primer término a la obra de Bandura, quien desde los principios de los setentas estudió el fenómeno y estableció principios que continúan vigentes.

Bandura, (1973) dice que con la violencia, tal y como se manipula en la televisión, *“se consigue en nuestra sociedad lo que al parecer no se puede conseguir por otros medios, y deja en claro que la violencia no será racional en muchos casos, pero ciertamente es útil en casi todos”*. Bandura se apoyó en escenas presentadas en televisión para generar su Teoría del Aprendizaje Observacional.

Uno de los principios básicos de esta Teoría, dice que existe evidencia masiva de que:

“Los modelos puede dar forma a distintos tipos de conducta, como los estilos lingüísticos, los juicios morales, los modelos de autogratificación, el comportamiento altruista, las habilidades cognitivas, inhibiciones, conductas de transgresión, actitudes, gustos y preferencias, así como modos de respuesta agresiva”

Demostró, a partir de experimentos realizados ex profeso, que es un hecho real la fuerza del modelado sobre el aprendizaje a partir de la imitación de la conducta agresiva. Bandura uso películas exhibidas a menores para realizar las observaciones. Blanco consigna que los resultados de Bandura siempre han

demostrado – y siguen demostrando - una única dirección: la exposición a la violencia televisiva incrementa la agresión interpersonal

La Teoría del Aprendizaje Social, también de Bandura (1973), explica a partir de la imitación deviene al aprendizaje social que se desarrollo prácticamente de manera automática con el paso del tiempo y el desarrollo del sujeto. Este procedimiento se basa en evidencia empírica obtenida por Bandura en sus experimentos. Algunas variables implicadas en este Aprendizaje Social son:

- a) *“Los modelos de conducta que se adoptan dentro de una determinada cultura, son aquellos que han probado poseer un valor funcional, de tal modo que comportarse como otros lo hacen, es reforzante, lo cual mantiene y aumenta la frecuencia de la conducta.*
- b) *“Los modelos pueden producir efectos reforzadores o desinhibidores de respuestas presentes en el repertorio conductual de los sujetos, observar la conducta de modelos que han recibido por ello un castigo, suprime generalmente la imitación en los observadores. Observar, por el contrario, modelos implicados en actividades amenazantes o censurables, sin que de ella se siga ninguna consecuencia adversa, reduce las dudas y restricciones del observador para actuar de esa misma manera.*
- c) *La conducta de los modelos dirige la atención hacia objetos concretos, (los medios fijan selectivamente la atención sobre algunas partes del entorno en que ocurre un hecho o de las víctimas y los victimarios). Esta es una condición indispensable para la activación del Aprendizaje Observacional, a partir del modelo.*

Bandura consideraba, desde los años setentas, que la televisión ha sido, una de las fuentes más importantes en modelos de conducta social y desde ese primer momento estableció que *“el impacto de la violencia televisada sobre los espectadores se entiende mejor en términos de influencia social que en términos*

de factores caracterológicos". Y estableció, mediante experimentación, que *"la exposición a los modelos televisivos es antecedente de la conducta agresiva"*. Y el llamado de atención más importante de su Teoría del Aprendizaje Social: el grave daño que es ocurre psicológicamente en los televidentes, cuando se les presenta un modelo de sociedad en el que los violentos son siempre ganadores.

Eron (1972) fue también pionero en la investigación de los efectos de la violencia televisiva sobre la conducta agresiva en los niños y al parecer, fue el primero que obtuvo datos contundentes al respecto. Su investigación tuvo una muestra suficientemente grande para satisfacer a los metodólogos (427 sujetos), fue de carácter longitudinal, del tipo test – retest, el primero en 1960 y el segundo en 1970 y su tema fue sobre las variables predictoras de la agresión.

La primera parte de su trabajo se realizó cuando sus sujetos tenían 8 o 9 años de edad. Trabajó con 18 variables presumiblemente relacionadas con la violencia. La medida era la estimación de amigos y diez años después, cuando sus sujetos tenían 18 ó 19 años, además de la estimación de amigos, uso un auto informe y la predisposición hacia la delincuencia a partir de los resultados del MMPI-49S. El tratamiento de los datos fue correlacional.

Los resultados indicaron que hay una correlación positiva a nivel 0.21 de la preferencia de programas violentos a los 8 - 9 años con el comportamiento agresivo a esa misma edad. También encontró una correlación positiva alta, del orden del 0.38, entre el comportamiento agresivo a los 8 o 9 años y la conducta violenta a los 18 ó 19 años. Finalmente, hubo también una correlación positiva relativamente alta (0.31), entre la preferencia por programas agresivos y la conducta agresiva a los 18 o 19 años.

Los estudios y propuestos tratados en este trabajo de tesis, están en correspondencia con las propuestas tempranas, pero aún vigentes de Bandura y Eron, que en los casi cuarenta años que han pasado desde que estos autores

publicaron sus investigaciones, han sido referencia necesaria para todos los estudios relacionados con violencia televisiva y conductas agresivas.

Bandura fue también quien planteó, desde hace cuarenta años, el problema de los padres. No los exculpó totalmente como ocurre, por ejemplo, con Sanmartín (2005) y Urra (2005). Aunque tuvo plena conciencia de que los modelos familiares de finales del siglo XX y principios del XXI implicaban que tanto el padre como la madre debían abandonar entre 10 y 12 horas al día a sus hijos, opina que esto es tanto un hecho incontrovertible, como un pretexto.

Expresa que los padres pueden enseñar a sus hijos a seleccionar lo que ven, tarea que no requiere de que a diario los padres acompañen a los hijos ante el televisor, sino de un programa relativamente sencillo para que aprendan a seleccionar lo que les es útil de lo que no lo es, en la programación televisora.

También se refiere al hecho de que bajo diversos pretextos los padres eligen programas violentos y permiten a sus hijos que los vean. Es muy frecuente que la exposición de los menores de edad a programas violentos sea una acción promovida por los padres, no por los menores.

En el citado trabajo de Bandura (1973) los padres mencionaban que de ninguna manera elegirían para sus hijos una educación a base de programas de televisión donde hubiese asesinatos, traiciones, golpes, prostitución, tiranía y humillaciones. Y sin embargo, es lo que suelen hacer.

En este sentido, dice Bandura, si bien no se aminora en nada el hecho de que las escenas violentas propicien las conductas violentas en los menores televidentes, se hace evidente que los efectos de ello son mayores porque una parte significativa de la exposición a la violencia por los menores, es evitable, pero no se evita, sino que se propicia.

Desde los estudios pioneros de Gerbner, Bandura y Eron, hasta los más recientes de Sanmartín, Urra y Grisolia, entre otros, un hecho gravita al margen de las discusiones sobre la metodología de las investigaciones de la violencia en la televisión y de la participación de los padres: el hecho de que el menor de edad está en estado de indefensión.

Es cierto, como dice Bandura, que en última instancia el televisor puede desconectarse, pero es cierto también que esto es difícil, no tanto para el menor, sino para los adultos, ya que la televisión hace las veces de niñera y se usa masivamente para deshacerse de la presencia y “molestia” de los hijos, cuando los padres regresan del trabajo o toman sus días de descanso.

Para los padres, apagar el televisor es provocarse a sí mismos un problema, y un problema más grave que ver trastornado su descanso: el problema de atender a sus hijos. Sanmartín (2005) dice que no se trata de un problema generalizado, pero sí de un hecho altamente frecuente.

Una vez más, el resultado es que el menor de edad es tratado como objeto y no como sujeto.

Los magnates de la televisión lo usan como medio para cautivar, mantener e incrementar su audiencia y de esta manera vender más caro el espacio publicitario de los programas violentos; se les trastorna negativamente su vida al mal educarlos con el uso de la violencia; se les abandona a su suerte en su tiempo libre ante un televisor encendido que se constituye en la cadena virtual que los mantiene en la casa mientras los padres trabajan; cuando estos llegan la situación del menor apenas cambia, sus padres se apoderan de la televisión y ven en compañía de sus hijos programas no aptos para menores, ó, si quieren descansar del ajetreo laboral, los dejan tan abandonados, como cuando no estaban.

Las televisoras, metidas en sus millonarios negocios, se defienden e incrementan la violencia; los investigadores acumulan datos contra ella; los políticos expresan su interés en el fenómeno, los padres protestan. Pero los niños siguen en la misma situación: frente a un televisor que les enseña cada vez con más refinamiento y más tecnología, a ser violentos.

Si desde la década de los 60's y 70's Gerbner, Bandura y Eron iniciaron las investigaciones acerca de la violencia en la televisión, quiere decir que han transcurrido, al 2009, cuarenta años de tratamiento del problema en todos los ámbitos, se sabe ahora mucho más que entonces, pero el menor sigue exactamente igual. Ni las emisoras de televisión, ni los políticos, ni los padres, han hecho algo significativo en su favor.

Pero ¿existe realmente una relación directa, del tipo causa – efecto, entre la televisión y la conducta violenta?

Es en este punto en el que deben analizarse los resultados encontrados por Levitt y Dubner (2007) sobre la relación entre el aumento de abortos y la disminución de la delincuencia, y los efectos del estilo de relación entre los padres y el niño que influye en la agresividad o no agresividad en el niño.

También deben considerarse los hechos que, respecto a la violencia, encontró el cineasta Moore (2003), en el sentido de que no es tan importante que muchos ciudadanos tengan armas, sino que tengan miedo y eso las lleve a usarlas, como propone en su documental.

Además, debe atenderse a la predisposición del niño a la violencia como resultado del tipo de apego del que es sujeto, tal y como lo proponen Huerta (2002) y Heredia (2005).

Al parecer, los tres elementos están más relacionados de lo que parece a primera vista.

En primer lugar, si la relación encontrada por Levitt y Dubner (2007) es verdadera y no se trata sólo de una coincidencia notable, confirmaría las propuestas de Heredia (2005) y de Huerta (2002), en el sentido de que un niño no atendido adecuadamente por sus padres en su primera infancia, es decir, un niño sin lazos afectivos consistentes y sanos, será un niño que, con alta probabilidad, desarrollará conductas violentas.

Bowlby y Ainsworth demostraron, con distintas metodologías, de acuerdo con lo que consigna Heredia (2005), que el tipo de atención que reciben los menores determina en muy alto grado, si no es que de manera definitiva, la manera como enfrentará la vida el individuo.

Si el bebé es atendido con auténtico afecto, desarrolla un apego seguro que lo lleva a un desarrollo físico, cognitivo y emocional que le permite hacer realidad sus potencialidades. Pero, si no es atendido adecuadamente, crece con un apego inseguro el cual es de tres clases: elusivo / evitativo - ansioso / ambivalente - desorganizado.

Como consigna Heredia (2005), el trato “adecuado” que conduce al apego seguro tiene su origen en una atención materna (o de quien cuida al niño) atenta y sensible, responde a sus intentos por resolver la tarea de modo servicial y alentador y da información sobre el modo que debe actuar.

Lo inadecuado del trato puede ser elusivo, cuando la madre presta poca atención a lo que el niño hace o siente y desalienta activamente o rechaza los intentos del niño por conseguir su ayuda o estímulo. Puede no ser elusivo, sino impregnado de ansiedad, caracterizado por una actuación materna “pasiva y desdichada, poco atenta e insensible al desempeño”. En su trato al niño, la madre da respuestas inoportunas y poco o nulamente estimulantes para el pequeño.

Las consecuencias de este trato que conducen al apego inseguro, cuando el niño se convierte en joven y adulto son, según consigna Heredia al resumir un conjunto

de investigaciones al respecto, las siguientes: opinión negativa de si mismo y de los demás, desconfiado y defensivo, controlador, poco asertivo, temeroso, cauteloso del contacto físico, sin aceptar responsabilidad personal.

Todo esto, de acuerdo con la investigación de Huerta (2002), conduce a un comportamiento violento en el menor, el cual se inicia tan temprano como la edad preescolar y se consolida en la adolescencia y la adultez.

Ante estos hechos, no resulta tan “sorprendente” la relación entre la práctica del aborto legal y el abatimiento de los índices de delincuencia. Los niños que hubiesen sido víctimas de un apego inseguro de cualquiera de sus clases, simplemente no nacieron, y las estadísticas delictivas disminuyeron. Muy probablemente Levitt y Dubner (2007) tienen razón.

Por otra parte, está la aportación de Moore (2003) en el sentido de que la verdadera causa de la violencia en los Estados Unidos de América no es la posesión masiva de armas de fuego, inferior en número a la que existe en Canadá, en donde el índice de violencia es significativamente más bajo que en E.U.A, sino que es el miedo, el cual es infundido masiva y constantemente por los medios de comunicación: prensa, radio y televisión.

El miedo tiene un campo propicio en los menores con un historial de apego inseguro, de acuerdo con lo descrito por Heredia (2005) con base en los estudios de Bowlby y Ainsthworth. Los menores con apego inseguro son mal atendidos en sus necesidades psicológicas y vivenciales básicas y una expresión básica de esta mala atención es que los padres dejan que sea la televisión la que se haga cargo de ellos.

De esta forma a su inseguridad, que de acuerdo con Heredia, es producto del miedo se agrega la exposición a la televisión, uno de los medio masivos de comunicación que se caracterizan por atemorizar a las personas inseguras y además, promueve el aprendizaje de la violencia por imitación o como valor para

hacerse de respetabilidad ante los demás. Esto es especialmente cierto en los menores con un apego inseguro desorganizado.

De manera que las aportaciones de Levitt y Dubner (2007), de Michael Moore, de Huerta y de Heredia, fortalecen las aportaciones de todos los estudiosos de fenómenos de la violencia en la televisión y su influencia en los menores de edad.

La investigación de Levitt y Dubner (idem) indica, según los conceptos expresamente enunciados por ellos, que la delincuencia disminuye cuando hijos no deseados, aquellos que serían víctimas de las diferentes clases de apegos inseguros, simplemente no nacen.

La aportación de Moore (2003) establece que es el miedo al que están sometidos los ciudadanos, en especial, los menores y jóvenes, las causas de actos violentos del tipo de la masacre de Columbine y otras del mismo corte. Y es una vida en temor constante la de quienes sufren de apegos inseguros. Y estos sujetos de apego inseguro tienen las condiciones propicias para que la violencia en la televisión, a la que están sobre expuestos, precisamente por el abandono afectivo de sus padres, para que la violencia de los programas televisivos constituya una fuente de aprendizaje social.

Las aportaciones de Huerta, en el sentido de que los apegos inseguros llevan a conductas agresivas en los menores que lo sufren, es especial, cuando es del tipo desorganizado, indica que si a un menor con conductas violentas a causa del tipo de apego inseguro, se le expone a un aprendizaje televisivo de miedo y de violencia, su agresividad puede incrementarse y llegar a niveles altos.

Finalmente, la aportación de Heredia (2005) es fundamental en cuanto a que los tipos de apego tienen consecuencias definitivas en el futuro de los menores de edad, las cuales se reflejan en su calidad de vida, su agresividad y el tipo de relaciones afectivas que establecen cuando adultos.

Esta situación del menor, en la que sufre de abandono físico y afectivo, encuentra en la exposición constante y sistemática a la televisión, a causa de la falta de interés de sus padres en su persona, un terreno propicio para el desarrollo de conductas violentas cuando se trata de menores con apegos inseguros, producto, como consigna Huerta (2002), de la actitud de padres que no responden adecuadamente a las necesidades básicas de los hijos. Es el caso clásico del uso de la televisión como niñera.

Al parecer son más los menores que sufren de apego inseguro, que aquellos que son adecuadamente atendidos por los padres.

Podría decirse que hay una posible ecuación: *(Nacimiento No deseado + mala atención al menor + exceso de horas ante el televisión + exposición a altos y frecuentes niveles de violencia) = (Conductas disociales).*

Por supuesto, es una ecuación que se cumple en la mayoría, pero no en todos los casos. Huesmann (2005) hace una analogía entre aprender violencia a través de la televisión y el fumar y contraer cáncer. Dice:

“No todo el mundo que tiene cáncer de pulmón fumaba y no todo el mundo que fuma tiene cáncer de pulmón. De igual forma, no todo el mundo que se comporta de forma violenta contemplaba de niño habitualmente escenas violentas y no todo el que ve películas y TV violenta se vuelve agresivo. Sin embargo, al igual que fumar aumenta considerablemente las probabilidades de desarrollar cáncer de pulmón, la contemplación habitual durante la infancia, de películas y TV violentas aumenta las probabilidades de ser una persona violenta”

Huesmann (idem) aclara que “un aspecto clave” es que esta situación de mayor vulnerabilidad ante la televisión es más frecuente en los niños que en los adultos. Y agrega que:

“Los niños que se exponen año tras año a la violencia en los medios de comunicación desarrollan hábitos agresivos, con el tiempo se vuelven más y más duros. El niño más agresivo será un adulto más agresivo”.

Por consiguiente, concluye, la exposición durante la infancia a la violencia en la TV puede desarrollar un efecto que perdura a lo largo de la vida. Es otro camino para llegar a las conclusiones de Levitt y Dubner (2007), Huerta (2002), Moore (2003) y Heredia (2005).

El panorama general, sin embargo, puede no ser tan pesimista. Existe una alternativa altamente positiva a todos estos problemas, alternativa que está al alcance de los padres de familia y de los magnates de la televisión: los programas documentales educativos que en forma de programas completos o series, presentan canales de televisión cuyos objetivos de programación son de difusión de la cultura, la educación y la difusión en la ciencia.

En el caso de México están los canales de televisión abierta 11, 22 y 40. En el caso de televisión por cable, la mayoría de las empresas ofrecen por lo menos tres del siguiente conjunto: National Geographic, Discovery Channel, Discovery Kids, Animal Planet, History Channel, TV UNAM, Travel Channel, etc.

En casi toda la República Mexicana, la televisión por cable ofrece estas opciones y lo mismo la televisión abierta. De hecho, en el Distrito Federal, una parte significativa de los documentales de National Geographic, Discovery Channel, History Channel y Animal Planet, pueden verse en la televisión abierta, en los canales ya mencionados, 11, del Instituto Politécnico Nacional, 22 del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes y 40, de la organización Azteca.

Estos canales presentan una programación a base de documentales de alto valor educativo que en su mayoría están enfocados a la comprensión de lo que ocurre en el mundo, a partir del punto de vista de científicos y de cómo transcurre la vida en sus diferentes ámbitos y especies. Casi todas las disciplinas se tratan en algún momento.

No existen investigaciones mexicanas que definan si estos programas son o no del gusto de los menores de edad mexicanos. Discovery Channel, en su versión para América Latina, tiene un programa diario que se llama Discovery en la Escuela, acerca del cual el propio canal presenta testimonios de escolares menores de edad que afirman que les ha sido de utilidad.

En observaciones informales realizadas por la autora de este trabajo, encontramos que los documentales, especialmente los relacionados con la vida de los animales, las plantas y los fenómenos naturales, les llaman poderosamente la atención y los prefieren ante programas tradicionalmente colocados en la programación infantil de la televisión abierta.

Estos canales tienen la ventaja de usar todos los elementos que favorecen la educación involuntaria que ofrece por sí misma la televisión, con un resultado positivo: motivar al niño a conocer y explicarse el mundo, factor no considerado en los dibujos animados y películas violentas, obviamente.

Aunque la observación no metódica indica que gustan a los menores de edad, tanto o más que los programas y películas violentas, esto deberá investigarse, tal vez como tema de una tesis. De ser verdad, surgiría una alternativa con enormes posibilidades a favor de los niños. Podría hacerse de su indefensión, un factor educativo de alto nivel.

Otra alternativa podría ser Internet. Es una posibilidad con ángulos peligrosos y aún no comprendida en su aspecto educativo. Sin embargo, es un hecho que Internet ha desplazado a un número significativo de menores de edad, especialmente entre los 12 y los 16, desde la televisión hacia la computadora. En este campo existe, también una gama extraordinariamente de posibilidades de investigación.

Es probable que la introducción de la computadora en el aula bajo la visión de que las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTICs) puedan sustituir las tareas de “papel y lápiz” por las realizadas en la computadora. Investigadores como Chan (2004), Echeverría (2000), Mungaray (2005) y Rueda, por citar a algunos del ámbito educativo latinoamericano, hablan de la revolución que implica el uso de los recursos computacionales en la educación.

De hecho, consideran a estos recursos, no como una herramienta, sino como parte integral del proceso enseñanza – aprendizaje. Su hipótesis es que las NTICs formarán un estudiante activo, inmerso en un universo informativo diverso, en el que será autor y lector y podrá expresarse en lenguaje hipertextual e hipermedial. Esto alejará al menor, muy probablemente, de la televisión y su violencia.

El otro camino que parece evidente es el que implica la tarea de educar a los padres para que controlen lo que ven sus hijos o los acompañen cuando están ante el televisor para explicarles las escenas violentas y hechos relevantes. Esta es una posibilidad que tiene todas las características de utopía, porque requeriría una acción masiva sin precedentes y porque los padres quizá no estén tan dispuestos a ello, según se deduce de los datos de esta tesis.

En conclusión: la televisión utiliza la programación para menores de edad para lograr sus fines exclusivamente comerciales, sin el menor respeto por la integridad psicológica de los niños. La situación social y cultural actual obliga al menor de edad a estar frente al televisor un número excesivo de horas, por lo cual la violencia lo afecta en su desarrollo al convertirlo, en un número considerable de

casos, en un ser joven o adulto, agresivo. Los padres no pueden y no quieren, por no estar educados para ello, controlar lo que sus hijos ven en la televisión o acompañarlos al verla para explicarles lo real y lo irreal y orientar su configuración de creencias, valores y actitudes.

Sin embargo, la propia televisión ha propuesto la vía de solución más viable y prometedora de soluciones radicales: orientar su programación hacia documentales que además de entretener, enseñan y promueven valores y actitudes positivas a la vida y al entorno. Esto requiere de investigaciones que demuestre que es más atractiva la verdad acerca de la vida y la naturaleza, que la violencia irracional de los superhéroes y personajes de los dibujos animados.

Internet parece ser un potencial elemento que alejará a los menores de la televisión violenta, pero se trata de una situación que tiene algunos problemas graves y que por lo tanto, aun exige de mucha investigación que se llevará varios años.

Finalmente, la participación activa de los padres para enfrentar el problema parece, a estas alturas, una causa perdida. Tal vez pronto surja algo que la resuelva, pero no lo prevemos.

Es cierto que al terminar esta tesis, la situación del menor es de indefensión, pero, afortunadamente, lo que parecía perdido, parece tener en su horizonte una solución, irónicamente, surgida de la propia programación televisiva. Por otra parte, se abren numerosas interrogantes que, posiblemente en futuros estudios, puedan continuar el proceso de entendimiento de este problema.

5. Referencias bibliográficas

- Anderson C., Bushman B., (2002), *The effects of media violence on society*, Science: 2377, DOI: 10.1126/science.1070765.
- Alfonzo I., (1994), *Técnicas de investigación bibliográfica*, Caracas, Contexto Ediciones.
- Armanet, (1998), (1998), *Cinco estudios sobre violencia y televisión en Chile*, República de Chile, Consejo Nacional de Televisión.
- Aparici R., (Compilador), (1997), *La educación para los medios de comunicación*, México, UPN -ILCE.
- Aran S., Barata F., Busquet J., Medina P. y Morón S., (2001), *Infancia, violencia y televisión: Usos televisivos y percepción infantil de la violencia en la televisión*, Cataluña.
- Artehistoria, (2000), *La violencia en los "Mass Media"*. www.artehistoria.com.
- Ávila O., Briseño R., *Percepciones y realidades de la violencia en la televisión*, Infoamerica.org/documentos pdf/violenciatv03.pdf, consultado en internet 18 enero 2008.
- Baena G., (1991), *Instrumentos de investigación*, México, Editores Mexicanos Unidos.
- Bandura A., (1973), *Agression. A social learning analysis*, Eaglewood Cliffs, New Jersey, Prentice- Hall.
- Bandura A., (1977), *Teoría del aprendizaje social*, Madrid, Espasa Calpe.
- Bandura A., (1976), *Modificación de conducta: análisis de la agresión y la delincuencia*, México, Editorial Trillas.
- Bandura A. y Walters J., (1986), *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*, Buenos Aires, Alianza Editorial.
- Bazalgette C., (1997), *La enseñanza de los medios de comunicación en la educación primaria y secundaria*, México, D.F, Universidad Pedagógica Nacional.
- Bettetini G., (2005), *La televisión, ¿espejo o cristal de aumento?*, Humanitas No. 8 Ministerio de Educación y Ciencia, Televisión. Infancia y Violencia, Argentina, Centro Nacional de Información y Comunicación Educativa.
- Blanco A. (2000), *La polifacética relación entre violencia televisiva y comportamiento agresivo, en Televisión: impacto en la infancia*, España, Siglo XXI Editores.

- Bunge M., (1972), *La ciencia, su método y su filosofía*, Argentina, Siglo Veinte.
- Bustos O., (2000), *Televisión infantil y violencia: Análisis desde un enfoque de género*, México, Segundas jornadas sobre infancia UNAM.
- Camps V., (2003), *La violencia en la televisión: ¿Qué debemos hacer?*, Consejo Audiovisual de Cataluña, Quaderns No.17 Septiembre-Diciembre.
- Cañavera E. (2000) *Trastornos de la Conducta Social*, México, Biolúdica.
- Castillo I., (1992), *La televisión y los niños*, Guadalajara, México, Universidad Pedagógica Nacional Unidad 141.
- Chan M., (2004), *Modelo mediacional para el diseño educativo en entornos digitales*, México, Universidad de Guadalajara.
- Clemente M., (2005) *Violencia, medios de comunicación y niños y jóvenes*, España, Ariel.
- Corona R. y Quintana P., (2002), *Percepción de los tipos de violencia en programas de televisión. Un estudio exploratorio*, México, UNAM.
- Crick N. y Dodge K., (1994), *A review and reformulation of social information processing mechanisms in children's and justment*, *Psychological Bulletin*, 115, 74-101.
- Dominick J. y Greenber B., (1972), *Attitudes toward violence: The interaction of television exposure, family attitudes, and social class*, en G.A. Comstock y E.A. Rubinstein (eds.), *Television and social behavior* (vol. 3). Television and adolescent aggressiveness, Washington, U.S., Government Printing Office.
- Donnerstein E., (2005) *¿Qué tipos de violencia hay en los medios de comunicación? El contenido de la Televisión en los Estados Unidos*, España, Ariel.
- Donas S.,(2001), Comp., *Adolescencia y juventud: en América Latina, Costa Rica, Libro Universitario Regional*
- Drabman R. y Thomas M., (1974), *Does media violence increase children's toleration of real-life aggression?*, *Developmental Psychology*, 10, 418-421.
- Durkheim E., (1928), *El suicidio*, Madrid, Editorial Reus.
- Echeverría J., (2000), *Un mundo virtual*, Barcelona, Plaza y Janes.
- Esteinou J., (1999), *Medios de Comunicación y Violencia*, enero-marzo, Unidad Xochimilco, México, D.F., Razón y Palabra, Comunicación Educativa XIII, Año 4, No. 13, Departamento de Educación y Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana.

- Esteinou J., (2000), *Globalización, medios de comunicación y cultura en México a principios del siglo XXI*, Sevilla, Ambitos No. 5, pp. 749.
- Esteinou J., (2002), *La reforma del estado y el acceso a los medios de comunicación*, México, Economía, Sociedad y Territorio, Vol. III. No. 12, enero-junio, pp. 639-674.
- Eron L., Huesmann L., Lefkowitz M.C Walder L., (1972), *Does television violence cause aggression*, *American Psychologist*, 27, 253-263.
- Fabrizio N., (2000), *Nueva crudeza mexicana*, México, UNAM, Letras Libres.
- Falcón C., (2005) *Impacto televisivo de violencia y factores influyentes, en la conducta de los menores*, Guadalajara, México, Centro Universitario de Ciencias de la salud, Universidad de Guadalajara.
- Flavell J., (1987) *La psicología evolutiva de Jean Piaget*, México, Siglo XX, Paidós.
- Fromm E., (1985), *Ética y psicoanálisis*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Fuenzalida V., (1994) *Motivación de los niños hacia la TV: Una mirada desde la recepción*. Documento de trabajo CPU, N° 32. Santiago: CPU.
- Garrido M., (2002) *Estrategias de la Comunicación Empresarial e Institucional (M.A.E.C.E.I.)*, Madrid, Razón y Palabra., Junio.
- Galtung J., (1997), *Violencia, conflicto y derechos humanos*, (Entrevista por Natascha Batic), Enero 1997, El Correo de la UNESCO.
- Garza A., (1981) *Metodología de la Investigación*, México, Colmex.
- Gerbner G., Gross, L., Jackson-Beeck, M., Jefries-Fox, S. y Signorelli, N. (1978). *Cultural Indicators: Violence Profile*. N°9, Journal of communication, 28 (3).
- Gerbner G., Gross L., Morgan M., y Signorelli N., (1996), *Crecer con la televisión: perspectiva de la aculturación*, en J. Bryant y D. Zillmann (comp.), *Los efectos de los medios de comunicación. Investigaciones y teorías*, Barcelona, Paidós.
- Gerbner G., Potter, Warren, Vaughan, Howley, Land y Hagemeyer, (1997), *The image of children in prime time television*, en Yearbook Clearing House, Gotenburgo, UNESCO.
- Gerbner G., Gross L., Morgan M. y Signorelli N., (1980), *The mainstreaming of America: Violence profile* no. 11, Journal of Communication, 30, 3, pp. 10-29.
- González R., (2005), *Hijos de la pantalla*, www.dsalud.com/número17-3.

- Greenberg, Edison N., Korzenny F., Fernández-Collado C. y Atkin C., (1980), *Antisocial and prosocial behavior on television* en Greenberg (ed.), *Life on television. Content analysis of U.S., TV Drama*, New Jersey, ABLEX Publishing.
- Grisolia J., (2005), *Nuestra oscura fascinación por la violencia*, España, Ariel.
- Groebel J. (1999) “*Conferencia mundial sobre ciencia para el siglo XXI*”, Budapest, UNESCO.
- Groebel J., (1998), “*¡Cuidado los niños están viendo!*”, Fuentes N° 102, junio, p-p 4-5.
- Hearold S., (1986), *A synthesis of 1043 effects of television on social behavior*, en G. Comstock (ed.), *Public Communications and behavior*, Vol. 1, New York, Academic Press.
- Heredia B., (2005), “*Relación Madre – Hijo*”, México, Trillas.
- Huerta J., (2002), “*La escuela como extensión del hogar y la disciplina y la violencia en las escuelas*”, Ponencia presentada en el Congreso Nacional de Psicología Clínica y Educación en la Salud Comunitaria, FES Iztacala, UNAM, México
- Huerta J. y Ezcurra M., (2005), *Desarrollo de valores y régimen de verdad en el niño mexicano*, México, IFIE/UNAM.
- Huesmann L. y Eron L., (1982), *Cognitive processes and the persistence of aggressive behavior*, en *Aggressive behavior* No. 10, pp. 243-251.
- Huesmann L., (1988), *An information processing model for the development of aggression*, en *Aggressive behavior* No. 14, pp. 13-24.
- Huesmann L. y Miller L., (1995), *Long-Term effects of repeated exposure to media violence in childhood*, en L.R. Huesmann (ed.), *Aggressive behavior*, New York, Plenum.
- Huesmann L., (2005), *La conexión entre la violencia en el cine y la televisión y la violencia real*, España, Ariel.
- Johnson J., Cohen P., Smailes E., Kasen S. y Brook J., (2002), *Televisión y conducta agresiva en la adolescencia y la edad adulta*, EEUU, *Scienc Rewiew*.
- Kaufman M. y Rodríguez E. (2001). *La escuela y los textos*, Argentina, Santillana.
- La Jornada, (2000), *La tv, en México, educa para entretener mediante la violencia*, 25 de junio, México, www.jornada.unam.mx.

- León F., (2000), *La tv, una droga peligrosa. Analizan expertos los daños que puede causar en la mente infantil*, México, Servicio de información Electrónica en Humanidades y Ciencias, 9 -15 octubre, Tecnológico de Monterrey.
- Levine, M., (1997), *La violencia en los medios de comunicación: cómo afecta al desarrollo de los niños y adolescentes*, Bogotá, Norma.
- Levitt S., Dubner S., (2007), *Freakonomics*, Barcelona. España, Zeta
- López I. y Cerda C., (2001) “Indicadores básicos de violencia en T.V” en *Hipertextos #2* <http://www.mty.itesm.mx/dcic/hiper-textos/>, Monterrey, ITESM Campus Monterrey.
- Masterman L., (1997), *La enseñanza de la publicidad*, México, D.F., Universidad Pedagógica Nacional.
- Masterman L., (1997), *La Revolución de la educación audiovisual*, México, D.F., Universidad Pedagógica Nacional.
- Medina C., (2000), *La televisión y su influencia en los niños*, www.intec.edu.do.
- Ministerio de Educación y Ciencia, Centro Nacional de Información y Comunicación Televisión, (S/F), *Infancia y violencia*, www.pntic.mec.es.
- Molina B., (2002), *Trastorno disocial de la conducta*, Buenos Aires, Argentina, Psicología comunitaria.
- Montenegro A., y cols., (1997), “*Violencia y medios de comunicación*”; en: *Violencia en sus distintos ámbitos de expresión*, Chile, Dolmen Ediciones.
- Moore M., ((2003), “*Masacre en Columbine*”, Pelicula, Productor Michael Moore, EUA.
- Morales O. y Espinoza N. (2000).*El desarrollo de la lectura y la escritura en la universidad. Una experiencia de integración docente*. Foula, 1(1), 67-88.
- Mungaray A., (2005), “*Sujetos virtuales de conocimiento: Los retos de la información en el hipertexto*”, Revista Electrónica de Comunicación Educativa No. 7

- Mustonen A. y Pulkkinen L., (1997), *Television violence: a development of a coding scheme*, Journal of Broadcasting and Electronic Media. 41: 168-189, en Krippendorff K. y Bock M., The Content Analysis Reader.
- Nielsen (2000), *Investigación sobre medios de comunicación*, New York, Harper.
- Papalia D. y Olds S., (1997), *Psicología del desarrollo: de la infancia a la adolescencia*, México, Mc. Graw-Hill.
- Pérez C. Rodríguez M, Navas S. y Polycesco M., (1999), “¿Por qué los niños ven televisión?”, Caracas, Cyber-Pediatría.
- Pérez E., (2003), *Aprendizaje significativo y constructivismo. Conceptos básicos*, México, DGIT.
- Potter W. y Ware W., (1987), *An analysis of the context of antisocial acts on prime time television*, Communication Research, 14, pp. 664-686.
- Quesada M. (1999) *Violencia mediática y reacción Social*, en *Revista Latina de Comunicación Social*, número, La Laguna, España.
- Ramos A, (2002), *A solas con el asesino*, El Semanal, 29 diciembre.
- Rice F., (1997), *Desarrollo humano: el estudio del ciclo vital*, México, Prentice Hall.
- Romero F., (2000), *La proyección mediática de la televisión en la edad infantil*, Madrid, Universidad de Nacional de Educación a Distancia, Revista de alumnos.
- Rueda R., (2007), *Para una pedagogía del hipertexto; una teoría de la deconstrucción y la complejidad*, Barcelona, Anthropos.
- Rowell, L. (2005) *La conexión entre la violencia en el cine y la televisión y la violencia real*, España, Ariel.
- Sanmartín, J., Grisolia J. y Grisolia S., (2005), *Violencia, televisión y cine*, Barcelona, Ediciones Ariel.
- Sanmartín J., (2005), *Violencia, televisión y cine*, en *Violencia, televisión y cine*, Barcelona, Ediciones Ariel.
- Sartori G., (1997), *Homo videns; la sociedad teledirigida*, México, Taurus.
- Schmitt B., (1989), *Cómo reducir la influencia negativa de la televisión*, en *Contemporani Pediatrics* (Edición en español), Vol. 2.
- Singer J., (1985), *Handbook of children and the media*, Sage Publications, London

- Solís B., Maya F., Romero J. y Sánchez A., (2007) "*La violencia ¿Entretención infantil? Presencia de la violencia de la programación infantil de caricaturas*", México, UAM-AMEDI.
- Solum D., (1998), *Televisión y violencia: su impacto sobre niños y adolescentes*, Consultor OPS/OMS Salud Integral del Adolescente, 2 de julio.
- Strasburger V., (1989), *Children, adolescents and television*, en *Pediatrics* No. 83, pp. 64-94.
- Trejo R., (1998), *Violencia en los medios: La televisión, ¿espejo o detonador de la violencia en la sociedad?*, en *El mundo de la violencia*, México, D.F, FCE y UNAM.
- Thomas M. y Drabman R., (1975), *Tolerance of real-life aggression as a function of exposure to television*, Merrill- Palmer Quaterli, No.21, pp. 227-232.
- Urra J., (2005), *Violencia y medios de comunicación*, España, Ariel.
- Urra J., Clemente M. y Vidal M., (2000), *Televisión: impacto en la infancia*, España, Siglo XXI.
- Vigotsky L., (1995), *Pensamiento y lenguaje*, Madrid, España, Paidós.
- Villasmil J., Barrios G., Monzón E., Rojas R., y Villacreses C., (1999) *Influencia de los programas de televisión en niños y adolescentes*, Caracas, Instituto Universitario de Profesionales Gerenciales.
- Williams T., Zabrack M. y Joy L., (1982), *The portrayal of aggression on North American television*, *Journal of Applied Social Psychology*, 12pp. 360-380.